A photograph of four people standing on a sandy beach, seen from behind, looking out at the ocean during a golden sunset. The scene is bathed in warm, orange light. The people are wearing casual beach attire: a man in brown shorts, a woman in a patterned bikini top and denim shorts, another woman in a bikini top and denim shorts, and a man in dark patterned shorts.

# LA PLAYA DE LOS CRISTALES

PEDRO RAMOS

**edebé**

PEDRO RAMOS

# LA PLAYA DE LOS CRISTALES

¿Cuántas formas tiene el amor?

Todos merecemos una segunda oportunidad

#estonoesunahistoriadeamor



**edebé**

© Pedro Ramos, 2017

Autor representado por la agencia literaria AMV.

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1ª edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-683-3289-5

*Por Lau y por todos mis compañeros.*

## Presentación

Amigos lectores:

*La Playa de los Cristales* es mi primera novela juvenil. Para escribirla necesité la siguiente banda sonora:

01. *Wild Wild West*. Will Smith
02. *Walk*. Foo Fighters
03. *Fergalicious*. Fergie
04. *No Surprises*. Radiohead
05. *Whispers in the Dark*. Mumford & Sons
06. *Young, Wild & Free*. Snoop Dogg
07. *Street Spirit*. Radiohead
08. *A Thousand Years*. Christina Perri
09. *Car Radio*. Twenty One Pilots
10. *Big Girls don't Cry*. Fergie
11. *Hero*. Family of the Year
12. *Castle*. Macklemore & Ryan Lewis
13. *Madness*. Muse
14. *Young and Beautiful*. Lana del Rey
15. *Demons*. Imagine Dragons

Me recomendó estos temas una amiga. Seguro que, durante la lectura, adivinas a qué parte corresponden.

Si se te ocurren mejores canciones, puedes compartir tu banda sonora (#BSplayacristales) aquí:

[dosgatosymedio.tumblr.com](https://dosgatosymedio.tumblr.com)

Y si al terminar el libro, quieres decirme algo a mí o a alguno de los personajes, puedes enviar tu mensaje a [elchicodelaisladearena@gmail.com](mailto:elchicodelaisladearena@gmail.com).

**PRIMERA PARTE**

**LA ISLA DE ARENA**

Soy la siguiente. Cuando U tire la pelota en la cesta de plástico, tendré que correr a toda velocidad hasta el mar, lanzarme, nadar hasta la barca, pasar por debajo, agarrar una de las pelotas de colores, volver a bucear bajo la barca, nadar lo más rápido posible hasta la playa, recorrer los cincuenta metros a los que está la cesta y lanzar la pelota dentro.

Yo no quería ser la última de mi equipo. Lo del sorteo es tan mala idea como todo el juego. No me gusta que dependan de mí. No me gusta ser la líder ni nada de eso. No quiero ser yo quien decida el equipo ganador. Y ahora mismo vamos empatadas con las Spoilers, un grupo de niñas pijas que no paran de reírse mientras me miran. Tengo ganas de acercarme a ellas y darles un empujón; terminar con esta angustia. Pero me las tendría que ver con Óscar, el monitor que coordina este juego. No lo entiendo. ¿Para qué sirve? ¿Para pasar el rato? ¿Para demostrarme que no sé nadar tan bien como esas niñas mimadas? Eso lo sé sin tirarme al agua; no hace falta que me lo restriegan. Además, ¿de qué serviría ganar?

La cabeza de U aparece junto a la barca. Lleva una pelota roja, de las que más puntúan, y saca bastante ventaja a la otra chica. Jéssica, la líder de las Spoilers, le grita a su compañera que vaya a toda hostia.

—¡Esa boca, Jéssica! Está bien que quieras animar, pero sin palabras malsonantes.

Este es Óscar, el monitor jefe del campamento. Y así es como habla: como si fuera uno de esos libros que estudiamos en el instituto.

Jéssica, directamente, le ignora y vuelve a gritar a la otra Spoiler.

—¡Acelera!

Ella es la siguiente de su equipo, lo que significa que yo tendré que nadar contra ella, que todo se decidirá entre nosotras. Y U no lleva tanta ventaja como yo necesito. Se lo advertí: no se me da bien nadar. Mis tres compañeros, U, MO y Guille, se encogieron de hombros. Como si no les importase. Pero sé que les importa. A mí este juego, y casi todo, me da igual; pero ni mi familia ni los pocos amigos que me quedan lo entienden. ¿Cómo van a entenderlo si a veces no me entiendo ni yo? Este maldito juego solo pretende eso: mantenernos entretenidos y que hagamos algo de ejercicio.

U sale del agua concentrada en no perder un solo segundo. La Spoiler está a menos de diez metros de ella, lo que me parece insuficiente ventaja. Noto la mirada de Jéssica. Me dan ganas de girarme y lanzarle un puñado de arena a la cara; de salir corriendo, pero en dirección contraria al mar, recoger a mi hermano, la poca ropa que hemos traído y marcharnos de aquí.

Pero no puedo.

Y todavía falta más de una semana para que termine el campamento.

U lanza la pelota de plástico a la cesta y yo echo a correr hacia el mar. Jéssica grita: «¡Corre, gorda!», pero pienso que se refiere a su compañera. Me cruzo con ella cuando sale del agua y yo entro. Avanzo un par de zancadas. El agua está helada, tan fría que creo que mis piernas se van a separar del resto de mi cuerpo. Sin embargo, no dudo en lanzarme y empezar a nadar hacia la barca. Entonces, hago lo peor que puede hacer una persona insegura en una competición: mirar atrás. Y veo que Jéssica casi ha llegado al agua. Nado lo más rápido que puedo, intento no pensar en el momento en que tendré que bucear y pasar bajo la barca, pero lo hago. Llevo pensando en ese momento desde que empezó este maldito juego.

Me concentro en mover un brazo a la vez que la pierna contraria, la pierna contraria con el otro brazo... Jéssica me adelanta; juraría que, cuando lo hace, busca mi mirada, la misma que no le devolví en la playa. Tampoco ahora. Ya tengo bastante con pensar que tendré que pasar bajo la barca. Todavía estoy a la mitad del recorrido cuando Jéssica desaparece de mi vista de una forma

casi inhumana. Lo reconozco: se ha sumergido como si fuese un delfín. Quizá lo lleve haciendo toda la vida; quizá practique todos los días en la piscina del chalet de sus padres, que tienen unos trabajos superimportantes y se quieren y la quieren hasta el infinito.

Jéssica vuelve a la superficie con una pelota roja en su mano izquierda. Y lo que pasa a continuación, lo prometo, no está planeado. Es un accidente.

En mi siguiente brazada golpeo, sin querer, la cabeza de Jéssica.



Cuando consigo volver a la playa, a Jéssica le han puesto una bolsa de gel frío en un ojo y le están curando varios arañazos en la mejilla. Óscar está muy enfadado: cree que lo he hecho adrede.

—Juana, me gustaría que te disculparas con Jéssica —dice—. Quiero..., *queremos* creer que ha sido un accidente.

«Claro que ha sido un accidente», digo para mí. Lo que más me molesta es que supongan que lo he hecho aposta.

—Esto es solo un juego, nada más —continúa Óscar.

—Por supuesto, yo no quise golpear a nadie —digo.

U y los dos chicos de mi equipo, Guille y MO, me miran sorprendidos.

—Juana, todavía no he oído que le hayas pedido perdón.

—Lo siento, Jéssica, no quería golpearte de esa manera; pero nadar no es lo mío.

Doy un paso hacia ella y le ofrezco mi mano. Ella remolonea, aunque al final me la estrecha, mientras su ojo sano me mira con un poquito más de desprecio y Óscar nos suelta su discurso sobre la importancia de la convivencia pacífica.

—Uno de los objetivos de este campamento es precisamente que personas de muy distinta procedencia aprendáis a convivir y disfrutéis de unos recursos que, normalmente, no podéis utilizar. Gracias, chicas. Ahora, por favor, recoged todo el material y dejadlo en su sitio.

U está más satisfecha que si hubiéramos ganado y Guille sigue con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera dar crédito a lo que acaba de ver.

—Ha sido sin querer, os lo juro —insisto.

Guille recoge una por una las pelotas de plástico que hay en la arena.

—Da igual, Pirata, ya está hecho y creo que a ella no le importa si fue intencionado.

¿Pirata? ¿Me ha llamado «Pirata»? No será por lo bien que nado. Aunque lo del mote es un problema menor si me he convertido en el objetivo de Jéssica.

—¿Crees que...? —ni siquiera atino en las palabras.

¿Qué debería decir? ¿Se tomará la justicia por su mano? ¿Se vengará?

U ataja mis dudas.

—Que venga...

U, aparte de la única chica con la que me llevo bien aquí, es lo más parecido a una amiga que he tenido en mucho tiempo. Ni a ella ni a mí nos importa demasiado la moda: vestimos pantalones anchos y una talla más de camiseta de la que necesitamos. Todo lo contrario de las Spoilers, siempre vestidas como si cada una fuese una *it-girl*.

Los otros dos miembros del grupo son Guille y MO. Guille tiene un coeficiente intelectual más alto de lo normal, aunque no le gusta que lo digamos, y es muy bueno poniendo apodos: lo de Spoilers fue idea suya y parece que ahora le ha dado por llamarme Pirata. El cuarto del grupo es MO, que siempre está haciendo o diciendo algo divertido.

Ninguna de nuestras cualidades nos servirían de mucho en una pelea, así que la mejor estrategia es pasar desapercibidos.

U termina de recoger y me ofrece un libro que ha sacado de su mochila.

—¿Lo has leído?

Miro la portada. Es negra y tiene un círculo con un pájaro dentro. El título, en mayúsculas: *Los juegos del hambre*.

—No, no lo he leído. ¿De qué va?

—La protagonista me recuerda a ti.

Sonrío. Me suena que hicieron una película con el mismo título. Ahora mismo no recuerdo cuál fue el último libro que leí y no me apetece mucho leerme uno que debe de tener, por lo menos, cuatrocientas páginas. Pero no me atrevo a decírselo.

—Gracias. Aunque no creo que me dé tiempo a leerlo antes de que acabe el campamento.

—Inténtalo.

Terminamos de guardar todo el material en una de las barcas. U debe de haber enloquecido si cree que me voy a leer semejante libro en lo que queda de campamento.

—Una vez lo empiezas, seguro que no puedes parar —continúa—. Te digo que me recuerdas mucho a la protagonista.

Y dale. Seguro que la autora no ha tenido nada mejor que hacer que utilizar mi vida como modelo. Si U supiera... Como no quiero defraudarla, tomo el libro y no digo nada mientras regresamos al albergue.

El albergue es un edificio de tres plantas, bastante destartado, donde estamos casi todo el tiempo que pasamos bajo techo. Allí comemos, allí dormimos y nos duchamos, e incluso jugamos a videojuegos; en la planta baja hay una sala con varias televisiones y una sábana para proyectar películas. Es el mayor de los lujos al que podemos aspirar aquí.

El campamento debió de vivir épocas mejores, porque este año la segunda y la tercera planta están cerradas. Diría que llevan cerradas mucho tiempo.

Subimos las escaleras de entrada al edificio, donde ya hay gente trasteando con sus móviles.

—¿Estás bien? —me pregunta U.

—Sí.

—Son idiotas.

Al menos, no soy la única que lo piensa. Sin decir nada más, entramos en el edificio y caminamos hacia el Banco de Móviles, que no es otra cosa que una caja cerrada con llave y administrada por un monitor.

Todos los días, a partir de las ocho y media, puedes recoger tu teléfono. Y todos los días se repite la misma situación: el monitor te mira de arriba abajo, como si fuera la primera vez que te ve, y dice:

—¿Nombre?

Llevamos más de la mitad del campamento y todavía no se sabe el nombre de ninguno de nosotros, ni siquiera el teléfono que usamos. Para él es como si todos fuéramos iguales. Le digo mi nombre y apellidos mientras busco yo misma en la caja.

—Aquí está.

El monitor marca con una equis la casilla correspondiente a Recogida y me pide que firme. Lo saco de la bolsita de plástico transparente, donde también está el cargador, y lo enciendo. U recoge el suyo.

Lo siguiente es encontrar un enchufe. Sé que suena raro, pero es fundamental para sobrevivir, sobre todo si tu móvil es tan viejo como el mío. Los enchufes de la sala de reuniones ya están ocupados. Por eso es importante venir a primera hora, para evitar el *overbooking*. Además, así tenemos más tiempo para estar conectados antes de irnos a las duchas. También podríamos hacerlo al revés, pero nos pueden las ganas de móvil.

U y yo volvemos al vestíbulo y nos abalanzamos sobre el primer enchufe libre que vemos. A pesar de que ella llega antes que yo, me lo cede y pongo el mío a cargar. Se lo agradezco: su teléfono es más moderno y no la va a dejar tirada en cualquier momento. Al mío le da igual estar apagado todo el día; en cuanto lo enciendo, es como si la batería se evaporase.

—Mira esto...

Le enseño la foto que acabo de recibir de Jéssica: un *selfie* de ella y las Spoilers haciendo el signo de la victoria y mirando desafiantes a cámara.

—Te lo he dicho: son idiotas. Si quieren venir, que vengan.

Me gustaría estar tan segura como U. ¿Y si vienen a por mí? Mientras contesto los mensajes que he recibido, pienso en qué haría si no me dejan en paz... ¿Qué podría hacerles yo a esas niñas tan felices que tienen nombres tan rimbombantes como Jéssica, Noa o Sheila? Es curioso que todas tengan nombres de ese estilo. Yo soy Juana, ni Joana, ni Jenny, ni cualquier otra variante. Mis padres me pusieron Juana y no pienso dejar que me llamen de otra manera. Por muy antiguo que parezca, por mucho que me acosen aquí o en el instituto, no van a salirse con la suya.

¿Qué pensaría U si le contara lo del accidente? Cuando se enteraron en el instituto, todo el mundo empezó a mirarme de otra manera. Siempre me ha resultado difícil contar cosas sobre mí misma, pero es todavía peor cuando la gente cree que lo sabe todo sobre ti porque conoce un detalle que ha marcado tu pasado. Empezaron a referirse a mí, a definirme, por ese suceso: el accidente. Les inspiraba tanta lástima que, a sus ojos, ya no podía ser otra cosa que la chica cuya madre había muerto en un accidente de coche.

Por eso cuando mi hermano y yo llegamos al campamento, le dije que no podía contarle. Y es que si de una cosa estoy segura es de que, cuando te han dicho tantas veces que no vales nada, terminas por creerlos. Sus palabras son un peso que te impide avanzar, incluso seguir a flote. Llega un momento en que ni siquiera tienen que decírtelo. Basta con su mirada. Y hay una mirada peor que la de superioridad: la condescendiente.

—¿Algo? —me pregunta U.

—Nada.

U me enseña un par de fotos graciosas. Sin embargo, no consigo quitarme de la cabeza el *selfie* de Jéssica y sus amigas desafiándome con su mirada altiva. Cómo odio esta sensación de acoso. Me hace recordar... De repente, siento la necesidad de respirar aire fresco, así que recojo mi móvil y la mochila y salgo del vestíbulo casi sin despedirme.

S algo lo más deprisa que puedo y las primeras bocanadas de aire marino consiguen tranquilizarme un poco. El nivel de la batería de mi móvil no llega ni a la mitad, lo que es bastante desalentador, pero necesito permanecer en el exterior. Camino sin rumbo hasta que veo a Jéssica y al resto de las Spoilers con la cabeza metida en sus teléfonos último modelo. Están en el extremo del aparcamiento, junto a la carretera, que es la zona con mejor cobertura en los alrededores del edificio. Como no quiero problemas, me marchó en dirección contraria y atravieso las pistas de deporte, intentando no mirar en esa dirección.

No ver y no ser vista. La mejor estrategia: pasar desapercibida.

Llego a unas mesas de piedra que están medio escondidas entre los árboles, en la parte de atrás de las dunas que limitan con la playa. Aquí no hay cobertura, por lo que no me queda más remedio que leer el libro que me ha dejado U. Cualquier cosa con tal de dejar de pensar por un segundo. No he leído la primera página cuando oigo pasos.

—¿Hola? —digo en voz alta para que sepan que estoy ahí.

Detrás de unos arbustos aparece Marcos, uno de los monitores de los pequeños. Lleva un libro y un cuaderno.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Cómo vas? —me pregunta mientras se acerca.

—Aquí.

Marcos se fija en la portada del libro.

—¿Estás leyendo *Los juegos del hambre*? Me gustó mucho.

—Lo acabo de empezar. Dicen que me parezco a la protagonista —digo algo orgullosa, no sé por qué.

—¿Tú? A mí no me lo parece.

No me he leído el libro, cierto, pero el comentario de Marcos me suena arrogante. ¿Acaso me conoce? ¿Por qué cualquier idiota con unos pocos años más que tú puede decidir cómo eres?

—Si tú lo dices...

Marcos se pone muy serio, como si intentara aparentar más de los dieciocho años que tiene.

—¿Sabes que no puedes estar aquí, verdad?

—¿Y tú?, ¿qué haces aquí? —contraataco.

Mi hermano me ha hablado bien de él, pero me temo que no es más que otro monitor que quiere ganar un poco de dinero en verano para pagarse sus tonterías durante el curso.

Marcos se recoge el pelo en una coleta, mientras mira a nuestro alrededor algo nervioso.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunto divertida.

—Juana, sabes que no se puede estar aquí. Si estás buscando un sitio para leer, OK, hacemos como que no nos hemos visto, te escondes por ahí y vuelves al albergue a la hora de la cena. Me da igual.

Sí, debe de estar esperando a alguien y le molesta que yo esté aquí. ¿A quién estará esperando? No hay ningún rumor sobre él y otra chica.

—Pues yo no me pienso esconder.

—Va a ser verdad que te pareces a la protagonista del libro —un mechón de pelo se le suelta de la coleta; todavía no lo tiene lo suficientemente largo—. Ella también es una rebelde.

Entonces, recuerdo la película. *Los juegos del hambre* cuenta la historia de una chica que se ofrece voluntaria para salvar a su hermana en una especie de *reality* del futuro, donde tienen que matarse unos a otros. La chica es muy buena con el arco porque salía a cazar con su padre, que murió en un accidente en la mina donde trabajaba. ¿En qué me parezco yo a ella?

—¿Rebelde? ¿YO?

—Algo, sí. Katniss, la protagonista, tampoco se creía nada especial, pero resulta que sí lo es. Imagino que tendrás que ver las cuatro películas.

—Son tres libros, no cuatro —le digo, satisfecha de poder restregarle su error.

—Sí, pero el último libro lo dividieron en dos películas.

No sé si es cierto, ni me importa. Tampoco voy a discutir con él sobre libros o películas porque, la verdad, es que me da igual su opinión. Abro el libro y voy otra vez a la primera página. Marcos sonrío. Tiene una sonrisa bonita, es verdad; sin embargo, algo le hace gracia, y no me gusta pensar que soy yo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

La sonrisa desaparece completamente de su cara. Luego suelta una gran carcajada. Tiene unos enormes dientes blancos, perfectos.

—Eres...

No puedo soportarlo y me pongo en pie, y le grito, sin darme cuenta, sin haberlo pensado; le estoy ladrando si le hace gracia la situación o soy yo quien le hace gracia. De todas las personas del campamento, ¿tiene que ser precisamente él quien se ría de mí? La ira se acumula en mi cara, noto como se me acaloran las mejillas y las lágrimas que están a punto de escapárseme.

—Perdona, Juana. No me estaba riendo de ti...

Sigue hablando, pero no le escucho. No quiero oír sus excusas, le sigo criticando su actitud, le digo que no es mi hermano mayor y mucho menos mi padre, y él me contesta que tengo razón, que lo entiende...

—¿Qué entiendes? No puedes entender nada porque no sabes nada de mí. ¿Qué sabes tú? Tú no has perdido a tu madre en un accidente de coche. Tú no tienes que cuidar de tu hermano de once años, ¿o sí?

Tengo el libro agarrado con tanta fuerza que mis nudillos están blancos. Marcos lo toma con suavidad y, al principio, dejo que se lo lleve. No me importa. Ya no quiero leerlo, aunque sea una vía de escape. Porque no puedo escapar, como no puedo dejar de recordar. Y recordar duele mucho.

Sin embargo, antes de soltar el libro del todo, me doy cuenta de que no. El libro es mío, me lo ha dejado U a mí y, de un movimiento brusco, me lo llevo junto al estómago.

—Perdona, creo que...

Marcos alarga un brazo y me toca el hombro.

—No importa. No te preocupes.

Cuando estoy más tranquila, Marcos insiste en acompañarme al albergue. Le digo que estoy bien, pero no consigo deshacerme de él. Caminamos hacia el edificio, mientras me cuenta que Tomás, mi hermano, juega bastante bien al baloncesto y que se ha dado un golpe en un dedo esta mañana; nada importante.

—Pues en casa a lo único que juega es a los videojuegos.

No es del todo verdad, pero no tiene por qué saberlo.

—¿Estás mejor?

Marcos me mira y sonrío. Automáticamente bajo la cabeza como si estuviera con el móvil. ¿Acaso cree que me gusta? ¿Cuántos años tendrá? ¿Dieciocho? ¿No estará pensando que me gusta? Solo faltaba.

Me despido de él con indiferencia al ver que U está en la puerta del albergue.

—Está bueno el Marcos ese, ¿no? —me dice U.

Finjo no haberme dado cuenta de que Marcos existe.

—Es el monitor de mi hermano. Por cierto, ¿lo has visto?

—Pues no, pero si hace falta, dile a Marcos que yo le ayudo a buscarlo, que no se preocupe.

En realidad, a U le gusta MO. Le encanta hacer este tipo de comentarios cuando estamos todos. Cree que así le da envidia y conseguirá que se fije en ella, pero MO no le sigue el juego.

—Pues fichale para la Secta —dice.

La Secta. Lo había olvidado. MO nos explica las reglas, otra vez, para que tengamos alguna posibilidad. No entiendo muy bien lo que quiere decir y tampoco me detengo a pensarlo. MO lleva el pelo largo, mucho más largo que Marcos, recogido en una coleta, y hace algo muy extraño, algo que nunca había visto en un chico antes: se ruboriza; casi diría que lo que acaba de decir le ha hecho ruborizarse. Mira para otro lado y, como yo hice antes, finge que contesta un mensaje salido de la nada.

Me marcho hacia el interior del edificio para buscar a mi hermano. Tengo el presentimiento de que debo encontrarlo, pero no le veo; ni a él ni a su mejor amigo, Gonzalo. Oigo el rumor de la gente que va llenando el comedor y pienso que lo más probable es que esté allí. Es un tragaldabas; le gusta mucho la comida, incluso la del campamento. Afortunadamente. Y encima no engorda, todo lo contrario que yo, que en cuanto me paso un poco... Y encima los granos. Adoro el chocolate, las chucherías y creo firmemente que los gusanitos deberían ser considerados parte fundamental de la dieta; pero no puedo comer nada de esto sin que me salgan espinillas del tamaño de un platillo volante.

Cuando entro en el comedor, ni Tomás ni Gonzalo han llegado, pero mis amigos ya se han sentado a una de las mesas, junto a la ventana. U levanta la cabeza y me hace un gesto hacia la zona de bandejas. Allí está Marcos hablando con otros monitores. Qué pesada, tampoco creo que esté tan bueno. Si lo comparas con el resto, quizá destaque por el pelo largo y rizado, muy rizado, y castaño. Ahora que lo pienso, siempre le he visto con las mismas bermudas desmontables, de esas que tienen mil bolsillos, y botas de montaña de las baratas. Creo que la camiseta le queda un poco ajustada de más y que lo hace adrede para marcar músculo. Bueno, sí, quizá esté por encima de la media. Pero no podría decir ni el color de sus ojos... Verdes. Verde tirando a marrón, es cierto.

—Pues vosotros diréis —MO intenta que le prestemos atención—. Yo creo que se lo han buscado.

—Yo no quiero peleas con nadie —dice U.

Yo tampoco quiero ponerme a malas con las Spoilers. No quiero tener nada que ver con esas

niñas pijas. La verdad es que me dan igual. Completamente igual.

—Pirata, tenemos algo para ti —me dice Guille.

¿Otro regalo? Como sea otro libro, ¿qué hago? Y, además, qué manía con llamarme Pirata. Me llamo Juana.

—Llamadme Juana, ¿vale? —intento decirlo en un tono amable, que no suene amenazador, sin llegar a perder los estribos como antes con Marcos.

—Entonces, no sé si te va a gustar nuestro regalo —dice MO, mientras desliza por la mesa una especie de cordón enrollado.

Los tres me miran. Tardo en tocar lo que sea que han puesto delante de mí. Es un trozo de cuero, dos tiras, dos tiras anudadas a un trozo de cuero casi redondo; debe de estar cortado a mano. Es de tamaño un poco más grande que un ojo... Lo sujeto de una punta y lo estiro. Uno de los trozos de cuero es más largo que el otro.

—¿Un parch...? —no llego a hacer la pregunta porque los tres empiezan a reírse a la vez.

—Hemos pensado que se lo puedes regalar a tu nueva amiga.

U es la primera en taparse un ojo con la mano. Entiendo que es una broma sobre Jéssica, cuando le pusieron el hielo en la playa. A mí también me da por reír y me doy cuenta de que todo el comedor nos mira. Me da igual: es bueno sentirse parte de un grupo, aunque sean unos lumbreras inadaptados.

Me termino el filete de pollo. Tiene una textura entre el plástico y el papel: plástico porque es imposible cortarlo con el cuchillo, y papel por lo fino que es. La comida del campamento no está mal, pero lo que más ayuda a que comamos es el hambre que produce el ejercicio físico. Imagino que no tiene que ser fácil cocinar para unas cien personas; sin embargo, este puré de patata podía llevar algo de sal. No me extraña que todos nos sirvamos ensalada. MO ha cogido dos yogures y me ofrece uno. Le doy las gracias.

—¿MO viene de Moisés?

—Claro.

Y tanto U como Guille se ponen a soltar palabras que empiezan por MO: *mojigato*, *molino*, *Morticia*, *monicaco*, «*mojino...*» Todos reímos a cada nueva aportación y explotamos cuando U suelta: *Morcos*, el tío bueno.

Ahora soy yo la que se ruboriza, pero intento que nadie se dé cuenta.

Los dormitorios están en la primera planta del edificio. Cada dormitorio tiene dos literas, aunque en nuestra habitación solo somos tres: U, yo y una chica que está todo el tiempo callada, escuchando música en unos cascos enormes, y a la que Guille ha bautizado como Chica Emo.

Yo duermo, o lo intento, en una de las literas de arriba; pero el colchón de espuma es demasiado fino y, entre eso y que mi madre aparece a cada momento en mi cabeza, no consigo quedarme dormida.

Lo más parecido a un armario que tenemos en el dormitorio es una barra para colgar la ropa. Debajo están amontonadas las maletas, las mochilas, los zapatos... y junto a la cabecera de las literas hay dos mesillas de madera. Tengo suerte de no tener muchas cosas. Y de que no sean valiosas. Así no tengo que preocuparme.

No habré conseguido dormir ni una hora cuando U me llama en voz baja desde la litera inferior. Nos hemos acostado vestidas, así que salimos sin despertar a la Chica Emo y nos reunimos con Guille y MO, que ya están en el pasillo, junto a nuestra puerta. Todos tienen, supongo que yo también, una cara de sueño que no pueden con ella. El peor es MO, pero no le digo nada.

Nos dirigimos al rellano de la primera planta, donde Óscar nos pide que hagamos un círculo alrededor de él para explicarnos cómo conseguir nuevos miembros para su «Secta». Nuestro objetivo es pintar las uñas de aquellos que queramos que entren en nuestro grupo o «Secta», insiste, pero debemos tener cuidado: hay que asegurarse de que no tienen las uñas de la mano pintadas, lo que significaría que esa persona ya pertenece a algún bando. Después, reparte varios botes de esmalte verde. Una chica, que siempre les está haciendo la pelota a los monitores, pregunta cómo vamos a ver en la oscuridad.

—Podéis usar esto...

Óscar nos ofrece unas linternas que funcionan con manivela. Nos hacemos con una por grupo y ya estamos preparados para conseguir nuevos miembros para «la Secta del pintaúñas verde», que es como la ha bautizado MO.

Nos dirigimos hacia el primer dormitorio, abrimos la puerta, entramos a hurtadillas y nos acercamos a una de las bellas durmientes iluminando solo el suelo. No hemos llegado a tocarla, cuando la chica de la litera superior empieza a darnos golpes con la almohada y tenemos que contraatacar y huir como podemos.

En el segundo dormitorio que asaltamos, conseguimos sujetar a uno de sus ocupantes y le embadurnamos de verde. Sus compañeros se dejan mansamente, por lo que solo les pintamos las uñas de la mano derecha. Yo no me dejaría pintar ni loca, sobre todo porque sospecho que han comprado la laca en los chinos y no se lo van a poder quitar ni con doscientos litros de acetona.

—Y ahora a por ellas —dice MO.

—No entiendo.

—Vamos a por las Spoilers.

—Yo paso, de verdad —les digo—. Óscar dijo que solo teníamos que convertir a quien quisiéramos. ¿Y si pasamos de ellas?

—Va a ser divertido —dice MO.

—¿A qué te refieres?

MO y Guille se revuelven. Entonces me doy cuenta de que van a utilizar el juego de la Secta como coartada para atacar a las Spoilers. No sé lo que han tramado ni me importa; no quiero saber nada de esas pijas, ni siquiera darles un susto. Pero a ellos sí parece hacerles gracia. Vaya con los empollones.



—No sabía que fuerais tan vengativos.

—Encima que lo hacemos por ti —dice MO.

—Es una broma inocente —añade Guille.

Les pregunto qué van a hacer, pero ninguno me responde. U abre despacio, muy despacio, la puerta del dormitorio.

Y entonces, desde dentro, alguien tira con todas sus fuerzas de la puerta y U cae de bruces hacia el interior, y los demás nos quedamos paralizados mientras Jéssica y sus secuaces vacían un extintor sobre U. Todavía no hemos reaccionado, cuando las Spoilers se marchan a toda velocidad escaleras arriba.

Ayudamos a U a limpiarse la espuma antiincendios. Tiene las palmas de las manos desolladas por la caída y media sonrisa en la cara.

—Serán...

Y a grandes zancadas, muy cabreada, se dirige tras sus pasos.

Me sorprende que la puerta de la segunda planta esté abierta.

—Puede ser una trampa, chicos, yo no me fiaría.

Son capaces. Lo tenían todo preparado ahí abajo y ahora nos están llevando hacia algo peor. ¿Por qué no han salido al exterior del edificio, donde no habríamos podido atraparlas?

En los laterales del pasillo de la segunda planta, impidiendo el paso a lo que debían de ser los dormitorios, hay literas, sillas y mesas apiladas y cubiertas de polvo. Avanzamos, en la única dirección posible, hasta una habitación de gran tamaño donde U pulsa el interruptor de la luz. Los fluorescentes no se encienden. Ni siquiera amagan con encenderse.

—¿Funciona aún la linterna? —me pregunta U.

—Es una trampa, seguro. ¿Por qué no nos vamos?

—Tú puedes irte, Juana.

¿Cuáles son las alternativas? ¿Entrar a la caza y captura de las Spoilers en una habitación iluminada solo por una linterna? ¿Irme y quedar como una gallina con los únicos amigos que tengo en todo el campamento?

La luz de la linterna parpadea.

U extiende la mano para que se la deje, pero, en lugar de eso, me pongo en cabeza del grupo y voy iluminando nuestro avance. Nos encontramos con la misma chatarra del pasillo y alguna curiosidad: una antigua canoa con un agujero en el casco, remos, botellas de oxígeno que supongo inservibles, una pizarra con la pata derecha rota y que casi tira MO al chocar con ella, más sillas y más mesas de distinto color a las anteriores, de esas verdes que usan los más pequeños...

Ni rastro de las Spoilers.

Seguimos a la deriva mientras escucho la respiración agitada de los otros. Casi puedo sentir las ganas que tiene U de cazar a Jéssica o alguna de las Spoilers. Y pienso que lo mejor sería que eso no sucediera. ¿Qué está tramando U? No la conozco lo suficiente como para saber cómo reaccionará en una situación como esta. ¿Quiero ser cómplice de lo que suceda? ¿Y si me expulsan del campamento? ¿Qué pasará con Tomás?

De repente, escuchamos un movimiento. Todos lo hemos oído; estoy segura porque todos hemos reaccionado al mismo tiempo y en la misma dirección. Al girar, me golpeo contra el extremo de algo y dejo caer la linterna. Consigo atraparla en el aire, antes de que se estrelle contra el suelo. Durante un par de segundos, estamos casi a oscuras y escuchamos pasos atropellados que se dirigen hacia la puerta.

Pasado el susto, comprendo que no me he golpeado contra algo: alguien ha empujado algo contra mí y me ha dejado sin aire. Me duele tanto la parte de las costillas donde he recibido el golpe o que no puedo moverme. Intento aspirar una gran bocanada de aire, me doblo sobre ese costado, como si eso fuera a aliviar el pinchazo que siento. Si al menos pudiera hablar, pero tampoco soy capaz de articular palabra y veo, a cámara lenta, como mis compañeros salen detrás de varias sombras que han dejado su escondrijo y escapan por la puerta.

Ilumino el montón de chatarra sobre el que me he apoyado y distingo, tras la pared de objetos, a alguien en cuclillas. Está encogido sobre sí mismo, con la cabeza entre los brazos, asustado. No puede salir. Todos los objetos olvidados en la segunda planta del albergue forman una cárcel para aquella figura triste y asustada que, aunque pudiera escapar, no lo haría. Observo con atención sus movimientos, creo reconocer su camiseta, el pelo... Son mis movimientos, mi camiseta, mi pelo... No entiendo lo que está pasando. Soy yo desde fuera. Alargo mi mano para tocar la figura, a mí, mientras todo se vuelve cada vez un poco más oscuro.

**D**esperto en mi dormitorio, en la cama de U. Me duele mucho el costado derecho y tengo un sabor de boca horrible. Me estiro con cuidado, muevo los brazos, solo para comprobar que puedo hacerlo. Tengo un vendaje que rodea todo mi estómago. No hay nadie más en la habitación. Despacio, busco las zapatillas y el pantalón del chándal. Están en su sitio. Sin embargo, no recuerdo haberme metido en la cama. Lo último que recuerdo es que perseguíamos a las Spoilers. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Avanzo por el pasillo vacío hacia la sala de reuniones, donde escucho a alguien hablando. La puerta está abierta, pero llamo suavemente con los nudillos antes de asomarme.

—Hombre, la Bella Durmiente —dice Óscar y, dirigiéndose a la persona con la que estaba hablando, añade—: Esta es Juana, doctor.

—Encantado de conocerte, Juana.

Óscar y el médico me explican que me desmayé jugando a lo de la Secta, mientras perseguíamos a Jéssica y sus amigas. Entiendo que esta es la versión que les ha contado U, seguro que ha sido U, así que no digo nada y escucho atentamente para no meter la pata más adelante.

—Como sabes —continúa Óscar—, está prohibido subir a la segunda planta, precisamente porque es peligroso. Estamos investigando quién ha conseguido las llaves y, mientras lo descubrimos, hemos creado un grupo de voluntarios, entre los que estás tú, Juana, para ordenarlo y limpiarlo.

—Así que... ¿estamos castigados? —pregunto.

—No —contesta Óscar, que es todavía más pedante en presencia del doctor—. Habéis sido elegidos para acondicionar la segunda planta. Era algo que estábamos estudiando.

Agacho la cabeza y me toco el vendaje por debajo de la camiseta.

—Tienes un buen hematoma. El ATS pensó que, aunque no es nada, sería mejor vendarte hasta que pudiera examinarte el doctor. Por si acaso.

—Me duele —digo, porque es verdad y porque quiero hacerle sentir mal.

El doctor mira unos papeles que tiene delante y me hace una serie de preguntas sobre si he estado enferma, si he sufrido mareos o si he estado deprimida.

Me gustaría saber qué es lo que hay escrito en ese informe. Supongo que sus preguntas tienen trampa y ya sabe la mayoría de las respuestas. Le contesto que no he estado enferma desde hace mucho tiempo, si exceptuamos que la psicóloga insistía en que tenía un principio de ansiedad; que no he sufrido mareos, y que podría decirse que, desde el accidente de coche de mis padres, me siento muy triste y traicionada, también según la psicóloga, lo que vendría a ser estar deprimida.

—Nada del otro mundo, entonces —diagnostica el doctor.

Su indiferencia no me sorprende, ni me hace gracia: otro médico que se cree gracioso y está deseando desaparecer.

—Supongo. ¿Están enfermos U, MO y Guille? Estaban conmigo ahí arriba.

—Y también se han presentado voluntarios —me guiña un ojo Óscar.

Miro a Óscar como si pudiera hacerle desaparecer, mientras el doctor me explica que necesitaría tener todos los datos sobre mí, y que es estrictamente confidencial.

Sin embargo, no le creo.

Si hay algo que he aprendido después del accidente es que los adultos pueden hacer lo que quieran y nosotros no. Así de fácil. Si quieren morirse, se mueren. Si no quieren que salgas de tu habitación, no sales. Si quieren que vayas al instituto, vas. Y punto.

Vuelvo a mirar al doctor, que todavía espera mi respuesta.

—Juana, ¿te importaría que te examinara? —repite.

—¿Aquí? ¡No! Bueno, quiero decir, si lo tiene que hacer...

Óscar sale de la sala de reuniones y el doctor continúa haciéndome preguntas al tiempo que me quita el vendaje. Tiene las manos frías y ásperas; no son precisamente las manos delicadas que esperarías en un médico.

—Me llamo Roi —dice.

Roi tampoco es el nombre que esperarías para él. Es un nombre demasiado redondo, pienso, para una persona tan alta y demasiado delgada, como un espagueti estirado con voz nasal.

—Encantada. Creo que sabe más de mí que yo misma.

Sonríe y me cuenta algo que ha sucedido en el pueblo y a lo que no presto atención. Entre frase y frase tiene que tomar aire, porque respira solo por la boca y como si estuviese a punto de morir asfixiado.

—Pólipos —me explica—. Ya deben de ser del tamaño de un yorkshire.

Reconozco que eso ha tenido algo de gracia.

—¿Así qué?, ¿consiguieron cazar a Jéssica?

El doctor me mira extrañado y pregunta:

—¿Cazar?

—Bueno, para la Secta. Si consiguieron *captarla*...

—No es lo mismo, ¿no crees? ¿Me podrías contar lo que pasó en la prueba de natación?

¿Todavía con eso? Me da tanta pereza que se me escapa un bufido.

—¿Otra vez? Seguro que lo tiene ahí, en mi expediente.

—Sí, pero preferiría que me lo contaras tú. ¿No crees que es mejor?

—Pues no lo sé. Podría mentirle.

—Claro que podrías, pero ¿por qué ibas a hacerlo? ¿Para qué?

El doctor me observa desde el fondo de sus ojos azules, muy claros, como el agua de la ría cuando le da el sol de lleno, y espera a que conteste.

—¿Para parecer inocente?

No me había fijado en sus ojos. Su mirada es tranquila. No se me ocurre otra forma de definirla. Aunque todavía no sé si me cae bien o mal.

—Entonces, ¿eres culpable? —dice.

—¿Culpable de qué? Creo que me está liando. ¿Es usted médico o psicólogo?

El doctor vuelve a sonreír, se aplica un espray nasal que saca de la chaqueta y contesta:

—Depende.

—¿Cómo que depende? O bien es una cosa o bien es otra —ahora sí: está empezando a cabrearme.

—¿No puedo ser las dos?

—¿Por qué no? Claro, usted puede ser...

No llego a terminar la frase porque alguien llama a la puerta y, sin esperar a que le den permiso, la abre y entra. Es Marcos. Yo estoy sin camiseta y, aunque el doctor casi ha acabado de ponerme el vendaje, me tapo el pecho con los brazos. ¡Marcos! ¿Quién si no iba a ser tan oportuno?

—Perdón —dice mientras vuelve detrás de la puerta entornada—, ¿me ha llamado, doctor?

—¿Eres Marcos, el monitor de Tomás?

—Sí, es él —contesto yo, violenta por lo que acaba de suceder.

—OK. Espérame fuera, quiero hacerte unas preguntas. ¿Me has oído?

Marcos dice que sí desde el otro lado de la puerta y la cierra con suavidad. El doctor aprieta diferentes costillas y me pregunta un par de veces más si me duele.

—No mucho.

Aunque ya no estoy atenta al dolor ni a sus manos ásperas y frías. Estoy avergonzada. ¿Pero es que este chico no me va a dejar en paz?

—Si las tuvieras rotas, créeme, te dolerían. Hemos tenido suerte y es solo el golpe. Aun así, será mejor que te dejemos el vendaje un par de días más. Si notas que te mareas o que se te nubla la vista, díles que me llamen. ¿OK?

Me pongo la camiseta sin decir nada más.

Fuera, al cruzarme con Marcos, no soy capaz de levantar la vista del suelo.

Él tampoco se atreve a decir nada.

El médico me ha pedido que espere a Óscar en mi habitación. Me tumbo en la litera de U con el libro, pero no puedo concentrarme. ¿Qué me importa a mí la historia de una chica que participa en un *reality* del futuro? De acuerdo, tiene que matar al resto; pero me interesa más la historia de amor, y como no acaba de decidirse por uno de los dos... ¿No estará así los tres libros?

No me puedo quitar de la cabeza las preguntas del doctor. ¿Cómo ha encajado Tomás el campamento? ¿Qué solíais hacer en verano cuando estaban tus padres? «Cuando estaban», así lo dicen. Todo el mundo habla de mis padres, en plural, como si se hubieran ido. Sin embargo, yo sigo teniendo la sensación de que van a aparecer juntos en cualquier momento. Se va a abrir la puerta de mi casa y van a ser ellos, que vuelven de aquella cena de la que nunca volvieron y después de la cual mi hermano y yo no hemos dejado de pasar de unas manos a otras. Primero, nuestra abuela y un montón de preguntas y pruebas de unos psicólogos que entraron en nuestra vida para no salir. Profesores, médicos y policías. Personas que querían ayudarnos, pero que no pueden sustituir a nuestros padres, que no nos pueden dar su cariño o consejo, que no te esperan en casa para ayudarte con los deberes o para escuchar lo que te ha sucedido en el recreo.

Y todavía siento que en cualquier instante van a aparecer juntos por la puerta.

O veo una pareja por la calle y creo que son ellos.

Y no sé cuánto tiempo va a durar esta sensación.

El peor momento, desde el accidente, es la mañana del domingo. No tienes que levantarte rápido para ir al instituto, puedes quedarte un poco más en la cama, remolonear. Igual que *cuando estaban ellos*. Y eso es lo que más me molesta. Que los domingos ya no sean domingos, aunque todavía crea, en esos segundos en que no sabes si estás dormida o despierta, que ellos van a estar ahí, durmiendo todavía en su cama. Y yo voy a ir a tumbarme con ellos y Tomás va a saltar sobre ellos.

Y mi madre va a decir «basta» sin decirlo muy fuerte. Y mi padre nos va llevar a comprar el pan para hacer tostadas. Y el sol, aunque sea invierno, se va a colar por la ventana de la cocina y me va a dar en la cara.

—Papá, ¿quieres otra tostada?

Y él va a decir que no, inflando los mofletes como si fuera un muñeco hinchable y estuviera a punto de estallar.

—¿Una a medias?

Se abre la puerta de mi habitación, mi habitación en el campamento, y entra Óscar. Le miro todavía sin verlo, porque me aferro al recuerdo de mi casa, con mis padres, un domingo por la mañana.

—¡Estás aquí! ¿Qué lees?

Sí, estoy aquí, pero no quiero, no quiero estar en ningún sitio porque no puedo estar con quien yo quiero estar.

—Me lo ha dejado U.

Óscar me quita el libro y lo hojea, como si pudiera valorarlo al peso.

—No lo he leído, pero he visto la película. ¿Te gusta?

Hombre, alguien que lo confiesa. Un punto para Óscar. Decido seguir la conversación.

—No está mal. Ya sabes lo que dicen...

—No, ¿qué dicen?

—Que el libro siempre es mejor que la película.

Óscar sonrío de esa forma en que sonrían los adultos cuando no te están escuchando y solo

esperan la oportunidad de decirte lo que quieren decirte.

—Si quieres otro, tenemos un acuerdo con la biblioteca del pueblo.

Asiento con la cabeza. Acabo de quitarle el positivo. Su cuenta queda a cero. ¿O tiene negativos?

—Para nosotros es importante que lo paséis bien, pero también que aprendáis. Sobre todo el tipo de cosas que no hacéis normalmente en el colegio —Óscar se sienta en la litera de enfrente y continúa—. ¿Sabes? El doctor me ha dicho que está todo bien y que puedes incorporarte a las actividades con normalidad. Pero solo si te apetece.

El «solo si te apetece» es un trato especial que también empezó después del accidente. Otra frase hecha que solo sirve para que algunos adultos se sientan un poco mejor y tú te quedes en tu habitación hasta que se les agota la paciencia y te dicen que tienes que salir.

—Imaginamos por lo que estáis pasando y queremos ayudaros todo lo posible.

Dudo que lo primero sea verdad; estoy segura de lo segundo.

—Gracias. ¿Sabe Tomás lo que me pasó?

—Creo que no lo sabe. Mejor así, ¿no crees?

—Sí.

—Te gustó el cursillo que hicimos de biología, ¿no? ¿Te gustaría apuntarte a una salida que hay mañana? También hay otra de buceo esta tarde, aunque imagino que esa te apetece menos.

Óscar medio sonrío. Sé que no quiere ofenderme: recordar lo que sucedió con Jéssica también me hace reír a mí.

—Sí, me gusta la biología. Y creo que se me da mejor.

—Vale, entonces puedes tomarte la tarde para descansar. Y mañana, a la salida de biología.

**D**urante la comida, descubro que las Spoilers se han estado jactando de la emboscada que nos tendieron. U propone que contraataquemos lo antes posible porque, si las dejamos humillarnos de esta manera, seguirán haciéndolo lo que queda de campamento. Guille no está de acuerdo en que debemos actuar igual que ellas; yo tampoco, pero reconozco que U tiene parte de razón en lo de que seguirán haciéndolo.

—¿Qué vamos a hacer la próxima vez? —dice—. Con personas así, solo hay dos opciones: agachar la cabeza cada vez que te digan que lo hagas o que sepan que no la vas a bajar nunca.

—Siempre podemos cambiar de campamento —bro-  
mea MO.

—Tenemos que idear un plan —continúa U, indignada— y dejar bien claro que no pueden hacer con nosotros lo que les dé la gana. Solo digo eso.

Al final, consigo convencerla de que es mejor esperar a que las Spoilers muevan ficha y le den la razón, cosa que espero que no suceda, aunque no se lo digo.

Termino mi filete de pescado, empanado igual que el filete de pollo que comimos ayer, y rebaño el puré de patatas mientras U utiliza su segundo móvil, el que los monitores no saben que existe y podemos usar sin restricciones, para buscar fotos de Elle Driver en Internet, un personaje de Tarantino que Guille ha dicho que usaba un parche.

—Pues sí que se parece a Jéssica.

Nos enseña una foto de Elle Driver en *Kill Bill*. Lleva un parche en el ojo, como el que estos me han regalado.

—¿Todavía lo llevas? —me pregunta U.

—Claro —digo mientras lo saco del bolsillo del pantalón.

La sonrisa maliciosa de U no presagia nada bueno.

—¿Me lo prestas?

Por la tarde, mientras el resto del campamento se dedica a actividades deportivas que yo nunca seré capaz de dominar, me dirijo al merendero que hay en el bosque, detrás de las dunas. Aquí estamos, señor Tiempo Libre. Un buen susto, unas costillas magulladas, un libro y toda la tarde para hacer lo que quiera. Suena bien.

Empiezo a pillarle el tranquillo a *Los juegos del hambre*. La protagonista tampoco sabe lo que se le da bien, va improvisando, y no le sale mal. Bueno, lo podía hacer un poco mejor si decidiera de una vez por todas si se queda con Gale o con Peeta; pero si lo hiciera, ¿para qué iba yo a seguir leyendo? Además, que se te declaren en un programa de televisión en directo es un poco traicionero, ¿no? Un poco melodramático.

El sol se cuela entre las ramas de los árboles. Siento su calor como una caricia, el olor y los sonidos del bosque hacen, por un instante, que esté a punto de disfrutar del momento cuando, inevitablemente, aparece alguien. Y ese alguien no puede ser otro; tiene que ser él: Marcos.

—Juana —dice, ajeno al momento que acaba de fastidiar—, te estaba buscando.

Ni siquiera levanto la mirada del libro.

—Pues aquí estoy. Óscar me ha dado permiso.

—Lo sé.

—Vale, pues aquí estoy —repito.

—Es tu hermano.

Cierro el libro y, por primera vez, le miro directamente: Marcos está a tres pasos de mí, nervioso.

—¿Qué pasa con mi hermano?



—Nada... —Marcos recapacita, vuelve a empezar—. Que anoche no durmió en su cama. No puedo creer lo que oigo. Mejor dicho: puedo creerlo, pero no acabo de entenderlo. ¿Tomás anoche no durmió en su cama?

—Pero... eso es imposible. ¿Dónde va a estar? ¿Has hablado con Gonzalo?

Gonzalo es el compañero de cuarto de Tomás, con el que juega al baloncesto, con el que va a nadar, a patinar, a montar en bici, con el que se sienta a comer... No recuerdo un momento desde que empezó el campamento en el que Tomás y Gonzalo se hayan separado.

—Él tampoco está.

Sopeso dos posibilidades. La primera, Marcos se ha vuelto loco. La segunda, me está gastando una broma de muy mal gusto. En cualquier momento, mis amigos van a salir de detrás de los arbustos y se van a reír en mi cara. Nada de esto tiene sentido.

—¿Qué dices? Anda ya. Menuda broma...

—Juana, no estoy de broma. Tomás y Gonzalo no durmieron anoche en su habitación. Tú estuviste con él, ¿verdad?

Recapitulemos. Anoche, antes de la cena, no lo encontré. Después de la cena, sí: Tomás y yo estuvimos jugando con Gonzalo a matar zombis en la sala de videojuegos. Hasta que nos fuimos a dormir, bueno, a intentar dormir mientras llegaba la hora de la Secta.

—¿Notaste algo raro?

¿Cómo se lo explico? Lo raro, en mi hermano de once años, es algo habitual.

—Estuvieron en la Playa de los Cristales de excursión —contesto—. Hacían bromas sobre eso, pero estábamos matando zombis, no en terapia de grupo.

—Ya, pero...

—No, no me dijeron que pensaban escaparse, si es a eso a lo que te refieres. ¿Crees que estaría aquí tan tranquila? Entonces, ¿desde anoche no sabes nada de ellos?

Marcos asiente con algo de vergüenza en su rostro.

—¿Y qué dice Óscar?

—No lo sabe.

—¿Cómo? ¿No se lo has dicho? ¿Pero estás loco? —otra vez le estoy gritando a Marcos, pero es que este chico no para de buscarme y al final me encuentra—. ¿Mi hermano lleva un día desaparecido y nadie lo sabe? ¿Cómo es posible? ¿Estás drogado?

Marcos toma aire, vuelve a hacerse la coleta, y tira de su cabeza hacia delante en un intento de no perder los nervios.

—No. Ni estoy drogado ni loco. Tu hermano y Gonzalo se han escapado —Marcos habla muy despacio, con un nudo en la garganta—. Es cierto: yo soy su monitor y son mi responsabilidad. La he fastidiado. Por eso te estaba buscando. ¿Sabes dónde pueden haber ido? Desde que estamos aquí, ¿te ha hablado de algún sitio especial? Estoy seguro de que es una chiquillada y están a la vuelta de la esquina, escondidos, observando cómo me vuelvo loco buscándolos.

—Mi hermano no haría eso.

Y lo digo porque lo creo, pero también quiero creer que Marcos tiene razón, que mi hermano va a aparecer de detrás de los arbustos y va a estar riéndose hasta la hora de la cena. No, Tomás no me ha hablado de ningún lugar: no hay una casa en el árbol ni un refugio nuclear ni siquiera un centro comercial abandonado.

—¿Cómo es posible que nadie sepa nada? ¿Y sus compañeros?

—Alguno ha preguntado, pero con tanta actividad no tienen mucho tiempo de ponerse a pensar.

—¿Qué hacemos?

—Estoy convencido de que están muy cerca, Juana. Piensa. ¿Dónde pueden haberse escondido? Recorremos la segunda planta del albergue sin éxito. Hacerse con las llaves no es tan complicado: están en la sala de reuniones, en un armario pequeño junto al resto de las llaves y perfectamente etiquetadas. Cualquiera, con algo de discreción, puede llegar a ellas. Eso es lo que debieron de hacer las Spoilers.

Retrocedemos sobre nuestros pasos, lanzando miradas aquí y allá por si hubiéramos dejado escapar alguna pista. A medida que avanza la tarde, me voy poniendo más nerviosa, pero Marcos sigue convencido de que los vamos a encontrar y su confianza me hace ser más fuerte.

En la tercera planta hay menos barullo que en la segunda; aun así, es tal el caos de mesas de colegio, literas y objetos inservibles que no puedes adivinar qué hay al final del pasillo. Lo recorremos. Entramos, una por una, en todas las habitaciones. Nada.

Marcos me pregunta en qué curso estoy. Me hace gracia, porque piensa que tengo dos años más de los que tengo y que ya estoy en el último año de Bachillerato. Por lo visto, le recuerdo mucho a una chica. No en el físico, me explica; me parezco en la forma de ser, en la actitud.

—Como a Katniss, la de *Los juegos del hambre* —bromeo.

Y mis palabras vuelven a hacerle reír de esa manera tan adorable.

—Tocábamos en un grupo. Éramos cinco —continúa—, aunque nos llamábamos El Trío Maravilla: Ángela, que tocaba el piano; Iago, con el que ahora está saliendo; Tony; yo y... Lau. El último nombre le ha costado pronunciarlo.

—¿Lau? ¿Qué nombre es ese?

—Bueno, solo yo la llamo así. La llamaba.

Empiezo a atar cabos.

—¿Lau es tu novia?

—Podría decirse que lo fue. Ya no estamos juntos.

La verdad es que no quiero saber más. No me importa lo más mínimo su vida amorosa, yo lo que quiero es encontrar a mi hermano, asegurarme de que está bien. Y cuando habla de esa chica, Lau, Laura, como se llame, Marcos pone una expresión que no le he visto antes. Y no me gusta.

Miramos en la última habitación con el mismo éxito, es decir, ninguno, y llega la hora de tomar una decisión.

—Deberíamos decírselo a Óscar —propongo.

Marcos, sin levantar la vista, busca las palabras para convencerme de que esa no es la mejor idea. Se intenta hacer la coleta.

—No sé. Puede que tengas razón —admite al fin con la voz temblorosa—. Seguramente me despedirán, pero qué más da. Con el año que llevo...

Si le tienen que despedir, que le despidan. Él era el responsable de mi hermano y mi hermano lleva un día entero desaparecido. Mi hermano y Gonzalo.

—Lo siento. Creo que es lo que tengo que hacer.

Marcos no dice nada más. Bajamos por las escaleras hasta la planta baja, donde nos cruzamos con un montón de chicos y chicas que se dirigen a recoger su teléfono al Banco de Móviles. Decido darle una última oportunidad y recojo también el mío. Lo enciendo mientras avanzamos por el pasillo, con nuestros brazos uno muy cerca del otro. No sé si el resto puede percibirlo, pero yo noto como me suben los colores a las mejillas. Estoy segura de que algunos me miran, se vuelven y miran como la niña sin madre avanza por el pasillo al lado de Marcos. Me dice que le

siga y lo hago, sin dudar, hasta el exterior.

Un monitor nos dice que Óscar está en el aparcamiento y seguimos hacia allí.

Son unos minutos muy largos, casi tan largos como aquella mañana de domingo en la que mis padres ya tenían que haber vuelto. Y que fue el comienzo de todo.

Reviso los mensajes: ninguno nuevo.

Llegamos al aparcamiento, no hay señales de Óscar. Todo el mundo tiende a desaparecer. Miro a los ojos a Marcos; lo sé, en el fondo, espero encontrar la solución de esa forma tan sencilla. Tiene la mandíbula apretada, podría decirse que está tan tenso como yo. ¿Le preocupa perder el trabajo? ¿O lo que le pueda haber pasado a mi hermano? ¿Las dos cosas?

Entonces, mi teléfono hace *bip*: tengo un mensaje nuevo.

**S**ea quien sea quien me envía el mensaje, su número no está en mi agenda. El mensaje es solo una línea. Vuelvo a leerlo, despacio:

Estoy en la Isla de Arena. Tomás

Automáticamente pulso *Responder* y empiezo a escribir.

—¿Por qué no le llamas directamente? —me pregunta Marcos.

Buena idea. Pulso el número que aparece en la pantalla y, mientras suenan los tonos, en mi cabeza se suceden un millón de imágenes que me esfuerzo en borrar. «Tomás está bien», me digo a mí misma. «Todo va a salir bien», me repito. Marcos pone una mano en mi hombro y mi corazón se acelera. Las emociones no se anulan unas a otras; se amontonan dentro de mí y podrían desbordarme: mis padres, Tomás, Marcos, toda la gente que hay a nuestro alrededor. ¿Cómo interpretar lo que está sucediendo? Su mano en mi hombro y yo que no sé dónde meterme, pero a él parece no importarle lo que piense el resto de la gente. Compartimos el silencio hasta que los tonos de llamada dan paso a una voz femenina que me dice que el número de teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura.

Vuelvo a llamar y esta vez no hay tonos de llamada; solo esa voz artificial. Sigo escribiendo el mensaje de texto:

Tomás, vuelve ahora mismo al campamento.

¿De quién es este móvil? No te preocupes, todo va a salir bien. Pero dinos...

¿Por qué he puesto «dinos»? Borro la última frase y envío el mensaje.

—¿Tú sabes dónde está la Isla de Arena?

—Es la isla que se ve desde la playa.

—Eso está aquí al lado —digo sorprendida.

—Sí, creo que hay un refugio o algo parecido. Vamos a buscar a Óscar y le contamos todo esto.

—¡No!

Casi he gritado. Ahora soy yo quien no quiere avisar a Óscar: si se entera de que mi hermano se ha escapado del campamento, seguro que lo expulsa. *Game over*. Pero si soy yo quien va a por él a la Isla de Arena y regresamos antes de que nadie más se dé cuenta, es como si nunca hubiera pasado.

—¿Cuánto se tarda en llegar hasta allí?

—¿Pero qué dices? —Marcos ya sabe de lo que estoy hablando y no parece estar de acuerdo—. Vamos a hablar con Óscar ahora mismo.

—Yo no voy a hablar con nadie. Hazlo tú, que eras el responsable de Tomás y de Gonzalo.

Tocado: algunas palabras duelen más que los hechos.

—Lo sé y por eso tengo que contárselo.

—O no. ¿Cuánto se tarda en llegar allí?

—A buen ritmo: unas cuatro horas.

Calculo mentalmente la hora a la que tendría que salir para regresar antes de la comida de mañana y le pregunto a Marcos si hay algún mapa de la zona. Me señala el teléfono móvil. Lo odio (porque vuelve a tener razón) y, en la aplicación Mapas, hago *zoom* sobre el edificio en el que estamos ahora mismo. Localizo la Isla de Arena y vuelvo a hacer *zoom*. La isla es muy pequeña, muy muy pequeña. En su interior solo se ve una casa, bastante grande en comparación, rodeada de árboles.

—¿En serio estás pensando en ir tú sola? —me pregunta Marcos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a chivar? Puedo ir y volver antes de la comida de mañana. Solo tienes que encubrirme a mí también. Y nadie se enterará de nada.

—Pero puede que no esté en la isla. No sabemos quién te ha enviado el mensaje. ¿Y si es una broma?

¿Será eso lo que está sucediendo? ¿Es alguien que me está tomando el pelo? ¿Las Spoilers?

—En ese caso, mañana a la hora de comer lo contamos todo.

Tiendo la mano derecha y Marcos me la estrecha con firmeza. Su mano es suave, delicada y precisa como la de un pianista.

Durante la cena, mi cabeza es un olla a presión. Mil ideas se disparan en su interior, pero intento escuchar el nuevo episodio de la serie *Piratas vs. Spoilers*.

Al parecer, no les ha parecido gracioso que U le regalase un parche a Jéssica y casi se pelean. Guille explica alguna teoría sobre las relaciones humanas. Sin embargo, soy incapaz de concentrarme, incluso para ganar el combate contra unas salchichas que no podrían pasar por comida para perros ni aunque les echase todo el ketchup del mundo.

Dándome por vencida, aparto mi plato y Guille me pregunta si puede terminárselo. Me reafirmo: no hay nada como el ejercicio físico para que cualquier comida parezca comestible.

—¿Y tú, qué has hecho? —me pregunta MO.

—He estado leyendo. Me cae bien la Katniss esa.

—¿Todo el tiempo? Te habrás acabado el libro.

Intento adivinar si la pregunta de MO tiene que ver con la desaparición de Tomás. ¿Qué saben ellos? La teoría de la broma vuelve a mi cabeza; lo que dijo Marcos de que mi hermano podría estar escondido, observándonos... ¿Y si mis propios amigos son sus compinches? ¿Me harían algo así?

—También estuve viendo vídeos.

¿Cómo reaccionarían si les dijera la verdad? Que planeo escaparme esta madrugada para ir a buscar a mi hermano a la Isla de Arena. Pero si se lo digo, también los estoy metiendo a ellos en un lío, los estoy haciendo cómplices. Y podrían contárselo a Óscar, aunque lo hicieran creyendo que es lo mejor para mí, lo mejor para Tomás... Yo me basto para protegerle y cuidarle hasta que él sea capaz de cuidarse solo. Eso es lo que mi madre habría querido.

—Ahí vienen esas —dice U.

—Pensábamos que estarías muy enferma para bajar a cenar —dice Jéssica con el tono más falso del que es capaz—. ¿Echas de menos a tu mamaíta?

Y entonces sí. Noto cómo dentro de mí se acumula toda la rabia, cómo va desde mi pecho a la mandíbula y a mis ojos. Y cuando voy a levantarme, Guille me susurra una palabra al oído y yo le miro y él me mira, y entonces lo entiendo, entiendo lo que acaba de decirme y miro a Jéssica y a sus secuaces y no puedo evitar soltar una carcajada hueca y redonda, perfecta, porque Guille tiene razón: ketchup.

Así que termino de ponerme de pie, lo que también hacen U, Guille y MO, y le señalo a Jéssica su pantalón blanco y divino: desde la cintura hasta el muslo.

—Creo que te has manchado. ¿Quieres que te preste algo?

Jéssica, desconcertada, se mira el pantalón y entonces es ella la que, llena de ira, mete la mano en las patatas con ketchup de MO y, cuando va a lanzarlas contra nosotros, Óscar la detiene:

—Vosotros cuatro, a vuestras habitaciones. Vosotras, lo mismo. Excepto tú, Jéssica, que te vienes conmigo. Tenemos que hablar.

En la habitación, U tarda en quedarse dormida. No deja de llamarme Pirata y de reírse, una y otra vez, cuando me cuenta, como si yo no hubiese estado allí, la cara que puso Jéssica al ver la mancha de ketchup en su pantalón. En cada versión, la mancha es más grande, crece hasta que casi ocupa el muslo completo, incluso cambia de forma y se convierte en el símbolo pirata: la calavera y dos tibias en rojo ketchup sobre el pantalón blanco, de marca, de Jéssica.

—Eres la mejor Pirata que hemos tenido —dice entre la risa y el sueño.

Le pregunto si puede prestarme su batería portátil y, casi dormida, me dice que está en su mochila, en el bolsillo pequeño.

—¿No me vas a decir lo que estás tramando?

U no es tonta. Esta noche, al ir a devolver los móviles, le he pedido que entregase su segundo móvil como si fuera el mío y ha aceptado sin hacer ninguna pregunta. Ahora, con lo de la batería, supongo que está atando cabos.

—Da igual. Si necesitas algo, ya sabes...

Espero en silencio hasta que el ritmo de su respiración se vuelve rítmico y uniforme, como el rumor de un río a lo lejos. Cuando creo que U lleva unos minutos dormida, busco algún movimiento en la litera de enfrente.

—¿Hola?

No hay respuesta. Insisto:

—Kurt Cobain acaba de entrar en la habitación...

Nada. Parece que la Chica Emo también duerme.

Entonces, me levanto.

Cuando salgo del edificio son más de las cuatro de la mañana y todo el mundo está acostado. Me he puesto un impermeable oscuro que me aísla de la humedad y me sirve como camuflaje. Llevo una linterna y también he guardado en la mochila una botella de agua, una sudadera y la batería externa que le he pedido a U. Pienso utilizar el móvil como mapa y, si son cuatro horas de viaje, la necesitaré. Como seguramente me quedará sin cobertura, me he descargado el mapa. No creo que fuese capaz de orientarme sin él.

Me sorprende lo fácil que es llegar a la playa. Esperaba encontrarme con alguien que me preguntara a dónde voy, pero esto es un campamento; no una cárcel ni un campo de concentración. No hay guardias ni vigilantes apostados con rifles y metralletas. Tengo suerte: el cielo está despejado y la luna ilumina la playa. No he recorrido ni cien metros por ella, cuando siento frío y me pongo la sudadera. Avanzo por el medio de la lengua de arena, donde es más uniforme y lo suficientemente firme, acompañada por el sonido de las olas al subir y bajar a solo unos metros de mí. Al otro lado, por encima de las dunas fósiles, se eleva el bosque, una gran mancha negra desde donde llegan sonidos que no reconozco.

Llego al extremo norte de la playa y, antes de iniciar el ascenso, busco algún rastro del cadáver del delfín que encontramos a los pocos días de comenzar el campamento.

Debía de llevar muy poco tiempo muerto porque todavía no olía a podrido y a las gaviotas no les había dado tiempo a comérselo. Solo tenía una herida en el lomo, del tamaño de mi mano, y el interior estaba como cristalizado. Dicen que los delfines son animales muy inteligentes, pero que a veces se desorientan y acaban varados en la playa. También que, cuando están enfermos, se separan del grupo para morir.

Aquel delfín muerto en la playa no tenía ningún misterio. Unos chicos del campamento, a los que Guille había bautizado como los Mastuerzos debido al uso de su única neurona, le aplastaron la cabeza con una gran roca solo para ver qué pasaba. Y lo que pasó fue lo que tenía que pasar: la cabeza del delfín estalló en todas direcciones y nos salpicó a todos los que estábamos alrededor. Las gaviotas, al ver aquel nuevo acceso, se abalanzaron como locas sobre el cadáver y los Mastuerzos, que no tenían nada mejor que hacer ni monitor que se lo impidiera, se liaron a pedradas con ellas. Las gaviotas estaban como histéricas, recibían las pedradas, pero no se alejaban del delfín muerto y lanzaban el pico contra las otras gaviotas que intentaban adelantarse.

Y el delfín seguía allí, muerto.

Ahora no hay ninguna prueba de que alguna vez hubo aquí un delfín muerto.

Ni vivo.

Según el mapa, la única forma de seguir avanzando hacia el norte es subir por una especie de camino que hay entre las rocas. La pendiente es bastante pronunciada, tanto que tengo que ayudarme de las manos para ascender por ella. Cuando llego arriba, necesito tomar varias bocanadas de aire. Desde abajo no parecía que hubiese tanto desnivel. Contemplo toda la playa que acabo de recorrer y, al fondo, las luces que iluminan la entrada al albergue, diminuto desde esta distancia. El paisaje que me rodea, que durante el día es una mezcla infinita de verdes, ahora es una gran mancha oscura que parece dispuesta a devorarlo todo en cualquier momento. Impresiona.

Sigo el sendero que, según el mapa, me lleva al interior del bosque. Es un bosque denso, los árboles llegan hasta los laterales de la vereda por la que camino y apenas dejan pasar la luz de la luna. A diferencia de la playa, aquí no tengo mucha visibilidad. Los troncos de los árboles y sus ramas forman sombras cuando los ilumino con la linterna. El viento mueve las ramas y las sombras tiemblan.

Juraría que he visto una luz entre los árboles. Me detengo y observo con atención.

Apago mi linterna y me escondo tras un tronco. Apenas estoy a un metro de la vereda, pero es imposible que me vean a no ser que alumbren en esta dirección. Unos instantes después, el camino se ilumina tenuemente y la luz va ganando intensidad a medida que se acerca a donde yo estoy escondida. Contengo la respiración e intento concentrarme en el sonido de las pisadas. Espero que lleguen hasta mí y sigan. Tengo la mandíbula tan apretada que podría hacerme papilla los dientes y no me quejaría. Intento pensar en el libro que estaba leyendo esta mañana. ¿Qué habría hecho Katniss en esta situación? Ella llevaría un arco, lo que le daría algo de ventaja, claro.

El haz de luz avanza; por la inclinación debe de ser un frontal, como el de los mineros. Espero un poco más para ver quién anda a estas horas de la madrugada por el medio del bosque y, al reconocerlo, una parte de mí se alegra y otra tiene ganas de matarlo inmediatamente: Marcos.

—¿Qué haces aquí?

—Hace una buena noche, ¿no crees? —responde, sin apenas inmutarse porque le haya descubierto.

No, no creo, pienso mientras me acerco a él. Lleva las mismas bermudas, pero les ha añadido la parte inferior, por lo que ya no son bermudas sino pantalones. En la parte de arriba se ha puesto una sobrecamisa y, en efecto, lleva un frontal de espeleólogo. Se quita la mochila del hombro y me ofrece una barrita de cereales y un poco de agua. Le doy las gracias, pero no lo acepto. Quiero que sepa que estoy enfadada, a pesar de que me alegra verle. No quiero que sepa que me alegro de que esté conmigo.

Saco mi propia botella de agua y bebo. Mejor así, mucho mejor. Nos observamos a la luz de su frontal, sin avanzar, sin decir nada. Él se limita a encogerse de hombros y sonreír.

—Entonces, ¿así no quieres probar esta *delicatessen*? —me dice, con voz amable—. También tengo frutas deshidratadas.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quiero que estés bien.

—Tu parte del plan era quedarte en el campamento y encubrirnos a mí y a mi hermano.

—Pensé que te sería más útil aquí —responde.

No acabo de comprender sus razones.

—¿Por...?

—Ya veremos.

Enciendo la linterna y me pongo a caminar a grandes zancadas sin esperar a que me siga. Ahora que Marcos no está en el campamento es más fácil que me descubran. Cuando U se levante, aunque siempre suele levantarse primero la Chica Emo, espero que vea la nota donde le explico que mi hermano se ha escapado a la Isla de Arena y que, para que no le castiguen, he ido yo misma a por él. Le pido que no le diga nada a nadie, que solo confíe en Marcos, que él también lo sabe —porque yo no sabía que Marcos estaría conmigo, claro—, y que nos vemos a la hora de comer.

Estoy segura de que, si no hemos vuelto a la hora de comer, U es capaz de avisar al Ejército.

Confío en que no me odie por dejarle una nota y no habérselo dicho en persona.

El haz del frontal de Marcos se mantiene a mi derecha, a una distancia constante. Tengo ganas de girarme hacia él y decirle lo cabreada que estoy con su decisión, lo estúpido que creo que ha sido. Sin embargo, he de reconocer que desde que él está a mi lado avanzo más deprisa por el bosque, con más confianza. Me giro hacia él con el ceño fruncido y los dientes apretados para que sepa lo molesta que estoy, y él se conforma con hacerme burla. Arruga el entrecejo y aprieta los labios, alargándolos en un gesto que me da ganas de darle con la linterna; pero antes de que decida



hacerlo, tropiezo con una rama atravesada en el camino y me caigo. El dolor es ínfimo comparado con la vergüenza que siento al escuchar su risa ahogada.

Me incorporo, busco la linterna e intento amenazarle, pero no puedo evitarlo y yo también me río de lo torpe que he sido. La risa relaja mis nervios, los músculos de mi cuerpo, pero mi cabeza vuelve a asfixiarse con la posibilidad de perder a mi hermano y siento muchas ganas de que me abracen. No sé cómo lo adivina, porque, cuando quiero darme cuenta, Marcos me refugia en un abrazo silencioso.

Caminamos una hora más mientras le cuento las vacaciones del año pasado. Yo tenía quince años y mis propios planes, pero tuve que pasar medio mes en la playa con mis padres y mi hermano pequeño. Todo empeoró cuando a mi madre le picó un escarapote y tuvo que quedarse en el piso que habíamos alquilado. Pasó allí casi todo el tiempo, leyendo en la terraza y vigilándonos.

Me sorprende estar tan locuaz y hablar de este recuerdo. Duele, aunque creo que me ayuda el hecho de que Marcos parece no juzgar lo que digo. Solo escucha, hace alguna pregunta y me indica las partes difíciles del sendero por el que avanzamos.

Luego le cuento el incidente de la cena con las Spoilers, con algunos matices; Marcos saca una manzana de su mochila y la corta por la mitad. Ya me he fijado antes en sus manos, en sus dedos largos que se mueven con agilidad y precisión. Guarda la navaja en uno de los mil bolsillos que tienen sus pantalones y me sonrío. Finjo concentrarme en donde piso, aunque, en realidad, intento apartar mi vista de la manzana, de sus ojos verdes, y que no se note cuánto me apetece. Trato de mirar al frente, pero siento que su sonrisa enciende mis mejillas, así que estiro el brazo hacia él, sin mirarle, y él, sin decir nada, pone media manzana en mi mano.

Estoy a punto de devolvérsela. Cuando el primer bocado se deshace en mi boca, confirmo que no merece la pena ser tan orgullosa. Tiene un sabor ácido, me gusta, y, la verdad, empezaba a tener hambre.

—Gracias.

—No hay de qué.

—En serio, puedes volverte cuando quieras. No quiero meterte en ningún lío —le digo con toda la tranquilidad de la que soy capaz.

—Encontramos a Tomás y nos volvemos.

El cielo empieza a clarear. Marcos se sube a una roca, que es casi tan alta como yo, y me ofrece su mano para que haga lo mismo. Subo sin su ayuda. El saliente es tan estrecho que estamos muy cerca el uno del otro. Intento girarme, sin tirarle, en la dirección que me señala y oteo el horizonte hacia la Isla de Arena.

—¿Qué pasará cuando se den cuenta de que no estamos? —pregunto.

No contesta. Siento su respiración detrás de mí, muy cerca de mí, así que me bajo de la piedra en dirección hacia la Isla de Arena.

—¡Ey, espera, por ahí no! —dice a mi espalda.

—¿Cómo que no? La isla está ahí.

—Sí, pero no.

Atravieso varias filas de pinos y descubro a lo que se refería Marcos: ante mí, un acantilado de, por lo menos, veinte metros de altura y, al otro lado, la Isla de Arena; incluso adivino una casa entre los árboles que llenan la isla, pero por aquí va a ser imposible llegar. Marcos contempla el paisaje a mi lado.

—Impresiona, ¿eh?

Asiento con la cabeza.

—Me gusta despertar con los primeros rayos de luz del día —dice con una voz que no había utilizado hasta ahora—, cuando se deshacen las sombras y empiezan a arrancar los colores a la vegetación. Sentirme insignificante frente a la inmensidad del mar y contar las olas interminables contra la base del acantilado. La naturaleza que nos recuerda lo pequeños que somos.

Lo que acaba de decir parece parte de un libro, como un poema.

—Es bonito.

Sin embargo, ahora es Marcos el que parece muy lejos de aquí.

—Vamos —me dice agarrándome de la mano—. El embarcadero está por aquí.

Bajamos al otro lado del monte por una serie de senderos escarpados en los que Marcos tiene que ayudarme varias veces. Al final, el gesto romántico de asir mi mano solo ha sido para facilitarme el descenso.

Exhaustos, conseguimos llegar a lo que Marcos ha llamado, con mucho optimismo, el embarcadero: las ruinas de una casa de piedra en primera línea de playa.

Unos metros más allá, una piragua como las que hay en el campamento, pero con trescientos años de antigüedad y en mal estado de conservación.

Mientras nos acercamos a ella, le explico que yo no pienso subirme a eso. Como ya sabe, mi técnica natatoria deja mucho que desear, así que es mejor que busquemos otra embarcación, sobre todo más segura, con la que llegar a la Isla de Arena. Parece que estoy a punto de convencerle, o de hacerle reír, cuando en el interior de la piragua, arropado con una manta, encontramos el cuerpo de un niño de once años.

Gonzalo nos mira, todavía dormido, mientras Marcos le ayuda a salir de la piragua y le ofrece una barrita de cereales, creo que la misma que me ofreció a mí en el bosque. Gonzalo la saborea como si fuese un manjar mientras yo me esfuerzo por parecer mucho más tranquila de lo que estoy.

—¿Y mi hermano? ¿Está contigo?

Aunque el sol ya ha salido, todavía no calienta lo suficiente y Gonzalo, que solo lleva puesta una camiseta y un pantalón vaquero, no deja de tiritar. Le arropo con la manta que hay en la piragua.

—¿Dónde está mi hermano, Gonzalo?

Sin que el niño pueda verlo, Marcos me pone una mano en la cintura para que me tranquilice y hable más despacio. Lo intento.

—Estabais juntos, ¿no?

Gonzalo termina la barrita de cereales y no sabe qué hacer con el envoltorio. Se queda en pausa, mirando a su alrededor como si esperase encontrar una papelera. Se lo quito de las manos y me lo guardo en el bolsillo.

—¿Recuerdas a Tomás, mi hermano? —me impaciento; Gonzalo asiente—. Salisteis juntos del campamento, ¿por qué?

—Me preguntó si quería ir con él.

—¿Adónde?

—Allí, a la Isla de Arena.

Gonzalo señala hacia la isla.

—¿Seguro? —le pregunto, sin poder evitar agarrarle de los hombros, conteniendo las ganas que tengo de zarandearlo para que reaccione.

—Sí.

—¿Hay alguien con él? ¿Enviaste tú el mensaje?

—Fue el chico del perro.

—¿Qué chico? ¿Qué perro?

—No sé, no nos dijo su nombre.

No puedo más, así que me alejo tres o cuatro metros y me muerdo el labio inferior hasta que empiezo a notar el sabor de la sangre. Me restriego los ojos con fuerza e intento espantar de mi cabeza todos los pensamientos negativos que la bombardean. Necesito tragar saliva y aspirar una gran bocanada de aire, antes de volverme hacia Gonzalo y Marcos. Hablan cordialmente. No puedo escuchar lo que dicen, pero Marcos le ha dicho algo que debe de ser gracioso, porque Gonzalo sonrío.

Cuando vuelvo a su lado, Marcos me pregunta si quiero saber primero las buenas o las malas noticias.

—Las malas.

Vuelvo a respirar profundamente. Marcos me cuenta que la idea de ir a la Isla de Arena, según Gonzalo, fue de Tomás, y que en el embarcadero se encontraron a un chico con su perro que insistió en acompañarlos a la isla. Los tres pasaron la tarde en el refugio que hay allí y, cuando empezaba a anochecer, Gonzalo le dijo a Tomás que él quería volver al campamento. Mi hermano decidió quedarse.

—¿Y le has dejado solo con un chico y un perro en una isla? ¿Para quedarte dormido aquí?

—Yo solo quería volver al campamento. Era tarde y no quería que me expulsaran.

En eso tiene razón; no debería culparle.

—¿Y cuál es la buena noticia? —le pregunto a Marcos.

—Que seguramente siguen ahí.

En lo que queda de una de las paredes de las ruinas, alguien ha escrito con espray: «La estupidez humana no tiene límites». Estoy totalmente de acuerdo con el autor. Me gustaría que hubiese firmado la pintada para enviarle un mensaje.

Marcos nos entrega un chaleco salvavidas a Gonzalo y a mí; es decir, el que él había pensado que sería para él, se lo entrega a Gonzalo; y a mí, un chaleco que él previó que necesitaríamos para este momento del viaje en el que yo ni siquiera había pensado. Luego nos dice que la previsión era de mar gruesa a muy gruesa por la tarde; que en esta costa nunca se sabe. No entiendo lo que significa eso, pero mis ganas de meterme en la piragua se multiplican por cero. Aun así, no tengo alternativa.

Guardamos nuestros móviles en unas bolsas de plástico y las ponemos en la mochila, junto a la batería externa de U. El sol empieza a calentar, así que también guardo mi sudadera. Antes de meter el pie en el agua, tengo que pensar en lo mucho que quiero a mi hermano para estar haciendo esto y no matarlo en cuanto lo vea.

Marcos sujeta la piragua mientras subimos Gonzalo y yo. Él sube en la parte de atrás y empezamos a remar perpendicular a las olas.

El mar juega con la piragua. Nosotros, en su interior, nos conformamos con no volcar, mantener el rumbo y no marearnos. Las primeras veces que salimos despedidos por encima de una ola celebramos la sensación de vacío en el estómago, ese instante en que quedas suspendido en el aire y parece que vas a vaciarte, con gritos de júbilo, hasta que dejamos de hacerlo para concentrarnos en remar. Y sobre todo para no marearnos.

El que peor lo pasa es Gonzalo. Lleva un rato con la cabeza entre las rodillas y sin decir nada, agarrado a los extremos de la piragua. Marcos le habla de vez en cuando, intenta hacer alguna broma; pero incluso a mí me cuesta seguirle la conversación.

Desde fuera no parecía que el mar se moviera tanto. Marcos dice que es normal, que no pasa nada. Yo soy de esas personas a las que no les gusta la montaña rusa, y este viaje está durando demasiado. Por mucho que Marcos insista en que la piragua es segura, no puedo evitar pensar en que este trozo de plástico tiene más años que todos nosotros juntos. Además, ninguno, y mucho menos yo, somos expertos marineros: la primera vez que me subí a una piragua fue en este campamento hace unos siete días.

Gonzalo no aguanta más y vomita por uno de los laterales de la piragua.

—Vamos, grumete, no puedes rendirte ahora.

Es difícil entender todas sus palabras, pero intuyo la risa de Gonzalo y un tímido «lo siento».

Estamos como a la mitad del recorrido. Rodeados de mar por todas partes, con el acantilado al que nos asomamos a nuestra espalda y la promesa de la isla al frente. Si la vista desde lo alto del monte me hizo sentir insignificante, esta nueva perspectiva me transforma en una hormiga o en algo todavía más pequeño. No sé si habría sido capaz de hacer esta parte del viaje sin Marcos. Supongo que el miedo habría podido conmigo. Me gusta tenerle cerca. Es como si me animara, sin hacerlo, a atreverme. Y eso me asusta, pero también me atrae. Aunque sigo pensando que es un idiota, cosa que seguro ya le han dicho antes.

—Ya pasó lo malo, chicos. Un último esfuerzo y llegamos —dice.

Y es cierto. De repente, el mar se convierte en una bañera en la que el sol brilla con más intensidad que a primera hora de la mañana. Incluso el naranja de la piragua cochambrosa que ha conseguido traernos hasta aquí parece más brillante. Gonzalo se limpia con un pañuelo de papel que le he ofrecido y, sin atreverse a mirarme, me da las gracias.

Con el mar en calma, es mucho más fácil conseguir que la piragua avance directa hacia la isla. Tal y como nos enseñaron en el curso, Marcos y yo remamos al mismo tiempo, siendo él quien marca el rumbo. No parece que hayan pasado solo cinco minutos desde que estuvimos en una montaña rusa, pero así es el mar: nunca puedes fiarte de él.

Marcos me pide que hunda más el remo en el agua.

—¿Así? —le pregunto, mientras lo hago a cámara lenta.

—Perfecto —contesta—. Por cierto, ¿sabéis la historia de las ruinas del embarcadero?

Gonzalo y yo entendemos que se trata de una pregunta retórica y que, digamos lo que digamos, no podremos escapar del cuento chino que quiere soltarnos.

—De esto hace ya mucho mucho tiempo, tanto que casi nadie en el pueblo recuerda ya lo que sucedió de verdad. La historia ha ido pasando de unos a otros y, en cada transmisión, ha sufrido algún cambio; pero lo que ha llegado hasta hoy, lo que me han contado, es que en esa casa vivía una familia compuesta por un matrimonio y un niño de unos nueve años, más o menos de la edad de Gonzalo.

—¡Once! —le corrige este indignado.

Marcos le pide perdón entre risas y yo confirmo mi sospecha de que se ha equivocado aposta

para saber si le prestaba atención.

—Vale, vale. Quien sí que era joven era la mujer. Al menos, era mucho más joven que el hombre y se habían casado porque la familia de ella la había obligado pues ese hombre era el propietario de muchos terrenos, algo de ganado y la casa que ahora está en ruinas. El hombre trabajaba los terrenos y cuidaba del ganado, la mujer se encargaba de la casa y, aunque era un matrimonio de conveniencia, el paso del tiempo hizo surgir el amor entre ellos. Fruto de este amor, tuvieron un hijo que fue creciendo en este entorno que ahora nos parece maravilloso (imaginaos entonces), hasta que un día, cuenta quien dice recordar la historia, el hombre se dirigía al pueblo, como todos los sábados, para vender en la feria alguna cabra, queso y parte del excedente de la cosecha. Pero aquel día al hombre le dolían tanto las muelas que, a medio camino del pueblo, decidió regresar a su casa para buscar algún remedio y, sobre todo, la mejor medicina de todas: el cariño de su esposa y su hijo.

Marcos hace una pausa demasiado larga y Gonzalo no puede resistir el misterio.

—¿Y qué pasó?

—Lo que encontró en su casa, la que ahora está en ruinas, le volvió completamente loco. El pobre viejo, que ya debe de haber sido devorado varias veces por los gusanos, lo contaba una y otra vez, pero nadie llegó nunca a creer lo que aseguraba haber visto. Y es que lo que aquel hombre aseguraba haber visto en esa casa supera toda imaginación, hace demasiado pequeña cualquier historia. Siempre terminaba diciendo las mismas palabras: «No podía hacer otra cosa, no podía hacer otra cosa».

—¿Pero qué hizo el viejo? —insiste Gonzalo.

—Prendió fuego a la casa. Con su esposa y su hijo dentro.

—¿Por qué?

—Por lo que había dentro.

—¿Qué había?

—En los restos de la casa, cuando los examinaron después del incendio, se encontraron, además de los esqueletos de la mujer y el niño, restos de otro cuerpo. Un cuerpo que era mitad humano, mitad...

Marcos deja la frase suspendida en el aire. Gonzalo y yo preguntamos a la vez:

—¿Mitad qué...?

Y entonces Marcos hace que volquemos. Los tres caemos al agua entre sus risas, un grito de emoción de Gonzalo y, de nuevo, mis ganas de matar a este manipulador y odioso contador de historias de ojos caramelo.





segundos, cuando un pastor alemán sale al galope del bosque y, al vernos, se detiene y deja asomar sus colmillos en un gruñido.

El perro, bastante grande, continúa avanzando hacia nosotros, despacio, con la cabeza agachada y siempre con los colmillos fuera, con ese gruñido amenazador de «¿vosotros qué estáis haciendo en mi casa?». Marcos le quita el cuenco a Gonzalo y se interpone entre nosotros y el pastor alemán.

—Osma, escuché que la llamaban Osma —dice Gonzalo sin salir de la espalda de Marcos.

—Toma, perrito, Osma, bueno... ¿Es una perra?

Marcos le suelta a la perra un par de frases con ese tono ridículo con el que te diriges a los niños cuando crees que son idiotas y no pueden entenderte. No me extraña que el pastor alemán siga amenazándonos: somos unos desconocidos, estamos en su casa, tenemos su plato de comida y encima le hablamos como a un idiota; ¿qué esperamos que haga?

—No creo que le gusten las frutas deshidratadas. ¿Llevas comida para perros en la mochila? —le pregunto a Marcos.

En esta ocasión, Marcos tiene que esforzarse para reír y lo hace de forma nerviosa: el pastor alemán está a menos de dos metros de nosotros y continúa acercándose.

—Pues no, no acostumbro a llevar un filete en la mochila.

El pastor alemán olisquea la mochila sin dejar de gruñir; está tan cerca que puedo verle el sarro de los colmillos.

Y, de repente, escuchamos un silbido y la perra deja de amenazarnos.

—¡Osma, aquí! —ordena un chico que acaba de salir de entre los árboles.

Al terminar la frase, que ha dicho con autoridad, lanza otro silbido y el animal se desliza a saltitos, como si fuera la perra más inofensiva del mundo, hasta él.

—Gracias —dice Marcos—. Estamos buscando al hermano de esta chica. Nada más.

Que se refiera a mí como «esta chica» me hace dar un respingo. De repente, esa frialdad, la distancia, es como si no nos conociéramos de nada, es como si se hubiera apagado el sol.

—Ya no está aquí. Se fue después de él.

—¿Y cómo se fue? —preguntamos Marcos y yo casi a la vez, aunque yo continúo—: Gonzalo utilizó la piragua.

—Yo no he dicho que saliera de la isla.

El chico vuelve a silbar e, inmediatamente, el pastor alemán deja de olisquear el suelo para acercarse a él y pegar el lomo a su muslo, con las orejas altas y la mirada brillante, preparada para la siguiente orden.

**R**ecorremos la isla guiados por el chico y su perro. Las mismas distancias que antes me parecieron largas ahora me parecen insignificantes. El chico y Osma nos llevan a buen ritmo de un agujero al siguiente. No se me había ocurrido que en una isla tan pequeña hubiese tantos escondites. Está claro que se los conocen bien. El chico sabe perfectamente dónde mirar y, a una señal de él, Osma se lanza a olisquear entre los arbustos, troncos, cavidades en las rocas... Sin suerte. No hay rastro de mi hermano por ningún sitio. Marcos y Gonzalo siguen la búsqueda tan perplejos como yo. El chico nos explica, orgulloso, que Osma es medio pastor alemán y medio perro de caza. Teníais que verla corriendo detrás de un conejo o saltando en un campo de trigo. Acaricia la cabeza de la perra, que le mira como si supiera que está hablando de ella. Solo le falta hablar.

A un lado del sendero, Marcos ve una estructura de madera en lo alto de un árbol. Con mucha imaginación, podrías pensar que eso fue alguna vez una casa. Ahora solo son algunas tablas desvincijadas y no muy estables. Sin embargo, podría servir de escondite o refugio a un niño de once años.

—¿Y ahí? —pregunta Marcos.

—Hace tiempo que no se usa —dice el chico.

Nos aproximamos a la base del árbol y miramos hacia arriba. En el suelo de la casa faltan varios listones, por lo que dudo de que aguante el peso de mi hermano.

Marcos ayuda al chico (deben de ser de la misma edad) a desenterrar una cuerda con tablas atadas, que resulta ser la escala que daba acceso a la casa en el árbol. Sin ella es imposible subir; asunto resuelto.

—Imagino que eso fue hace mucho tiempo —dice Marcos en tono conciliador.

—Fue hace mucho tiempo, ¿verdad, Osma?

La perra, al oír su nombre, levanta la cabeza y mira en todas direcciones, como si esperase la siguiente parte de la orden. El chico le da un par de toques suaves, cariñosos, en la cabeza y seguimos avanzando por el bosque.

Mucho tiempo... He aprendido de la peor forma posible que el tiempo es relativo. Fue hace mucho tiempo aquella mañana de domingo, sin saber nada de mis padres, contestando a las preguntas de Tomás y pensando en todas las alternativas, con el teléfono en la mano y sin atreverme a marcar. Y todavía fue más larga la noche del domingo al lunes. Y esa mañana en el colegio...

Me adelanto a Marcos y Gonzalo para poder hablar con el chico.

—¿Tienes teléfono móvil?

—Y un descapotable rojo. Lo tengo ahí —dice, señalando hacia las piraguas varadas en la playa.

Reprimo mis instintos asesinos y recorro visualmente la playa donde desembarcamos. No hay mucho que ver: dos piraguas y toneladas de arena. Al otro lado del mar, apenas un punto gris en la costa teñida de verde, la casa derruida desde la que salimos, la de la pintada. La travesía parece mucho más sencilla de lo que recuerdo.

—¿Sabes por qué estamos aquí?

—Porque estás buscando a tu hermano —responde con ironía.

—Sí, pero... ¿cómo supimos que estaba en la Isla de Arena?

El chico se encoge de hombros, así que continúo.

—Recibí un mensaje, un mensaje firmado por Tomás diciendo que estaba aquí.

La cara de incredulidad del chico me obliga a dar el siguiente paso. Sé que me arrepentiré, es

una carta que tenía guardada para más adelante, pero creo que se me acaban las posibilidades. Saco mi móvil, que llevo enchufado a la batería externa de U, y le enseño el mensaje.

—Si tú no lo enviaste y Gonzalo tampoco lo hizo, ¿quién fue?

El chico se encoge de hombros sin decir nada, pero ha borrado la sonrisa jactanciosa de su cara. Sabe algo, estoy segura. Insisto agitando el móvil delante de su cara. Presiento que el muro de hormigón del chico está a punto de resquebrajarse en algún punto.

—Hay alguien más en la isla, ¿verdad? —digo.

Él niega con un movimiento de cabeza.

—Tiene que haber alguien más.

—No. Y no hay cobertura. Aquí los móviles no sirven de nada.

En eso tiene razón: desde que encendí el móvil en la casa del faro, no he conseguido encontrar cobertura. No hay un solo punto en esta isla desde donde hacer una llamada o enviar un mensaje. Pero, si no enviaron el mensaje desde aquí, ¿cómo sabía el remitente que mi hermano estaba en la isla?

Ahora mismo no tengo la respuesta a esta pregunta, aunque sospecho que el chico sabe más de lo que dice.

—Afloja, Juana, que este chico está de nuestro lado —intercede Marcos.

—De acuerdo, tenéis razón —replico—. Pero lo último que sé de mi hermano es que está en esta isla y es lo que le voy a decir a la policía en cuanto llegue a la otra orilla.

Gonzalo es el único que se alegra de mi decisión y empieza a caminar conmigo hacia la piragua. Osma corre a su alrededor a la espera de que le lance algo tras lo que correr. Marcos, desconcertado, busca en mi rostro la explicación a mi amenaza, mientras el muro de hormigón se agrieta.

—OK, no hace falta meter a la policía en esto.

El chico silba enérgicamente y Osma abandona a Gonzalo para volver, a la carrera, sobre sus pasos. Gonzalo protesta, realmente fastidiado, porque ya se veía fuera de esta isla, por la que yo también empiezo a sentir algo de tirria, y Marcos le echa un brazo por encima de los hombros.

—Todavía tenemos que encontrar a Tomás —le dice, mientras ejecuta una especie de llave de artes marciales que acaba con ellos en el suelo de una forma aparatosa.

Conclusión: Marcos tiene el pecho y los abdominales marcados, pero no tiene ni idea de defensa personal. Espero que no tengamos que necesitarlo.

El chico nos hace avanzar, de nuevo, por el bosque que rodea la playa. A diferencia de antes, es obvio que nos dirigimos a un punto en concreto. Reconozco el sendero por el que nos lleva, algunos de los lugares por los que pasamos me resultan familiares y antes de salir del bosque ya sé dónde estamos. Hemos tardado menos de diez minutos en llegar, de nuevo, frente a la casa del faro.

Marcos y yo nos miramos extrañados. El chico avanza hasta la puerta principal, saca una llave y la abre. Le seguimos al interior y le observamos mientras abre las ventanas y las contraventanas que encuentra a su paso. Miro a mi alrededor y ahora sí me sorprende: la habitación donde estamos parece una sala de estar normal y corriente. Hay un pequeño sofá y una mesa baja donde han puesto un televisor antiguo. Al lado del sofá, se levanta una pila de libros de texto. Está limpio, dentro de lo razonable, y ordenado. Sigo al chico a la cocina y se repite la sorpresa: todo está limpio e igual de ordenado. Ni siquiera hay cacharros sucios en el fregadero. Hay un cuaderno de cuadros sobre la mesa de la cocina y está lleno de ejercicios como los que hacemos en el colegio.

El chico abre la nevera y se lleva algo a la boca. A nosotros no nos ofrece, pero sí le lanza un trozo a Osma, que lo traga antes de que me dé tiempo a ver lo que es.

—¿Dónde está? —le pregunto.

Ni siquiera contesta. Le hace una seña a Osma, que se tumba obediente en una esterilla junto a la ventana, y otra a nosotros para que le acompañemos a una habitación a la que se llega atravesando la cocina. Allí, sentado sobre una cama pequeña, a la defensiva, pero sano y salvo al menos exteriormente, y antes de que le mate con mis propias manos, está Tomás.

—Lo siento, tío —se disculpa el chico.

—¡Capullo! —le grito a mi hermano—. Eres un verdadero capullo, ¿lo sabes?

Mi hermano se limita a devolverme el abrazo y a soplar sobre su flequillo negro, con forma de pico, para que nuestras miradas se encuentren. Le noto emocionado, así que prefiero no forzar. Me siento a su lado y me doy cuenta de que no me había preparado para este momento. No sé por dónde empezar. Marcos, de pie ante nosotros, tampoco sabe muy bien qué hacer.

—Voy a por agua, ¿os apetece? —dice.

—Gracias —le contesto.

Tomás le muestra la botella de plástico que tiene sobre la cama. Lo de no hablar no es de ahora; desde el accidente apenas dice tres frases seguidas, casi siempre monosílabos y «me da igual», que, dicho por él, podría pasar por una sola palabra: «medaigual».

Cuando nos quedamos a solas, le explico lo preocupada que he estado, el miedo que he sentido y le pregunto si a él le daría igual no volverme a ver. Se encoge de hombros. Le pregunto por qué lo ha hecho y a dónde quería ir, si no le trataban bien en el campamento o se ha peleado con alguien. Se encoge de hombros. «Yo me he peleado con una niña pija», le cuento, «una que no me ha dejado en paz desde que llegamos». Consigo que me mire.

—Tuvimos una pequeña pelea en el agua...

—Pero si no sabes nadar —me interrumpe—. Seguro que encima te partió la cara.  
Dos frases seguidas; todo un récord.

—Bueno, lo del agua fue un accidente. Y luego me dejaron inconsciente —sonríe.

—¿Inconsciente? —entra al trapo—. ¿Qué te hicieron? Mi hermana la macarra... —dice con ironía, mientras Marcos entra con un vaso de agua y me lo ofrece.

Mi hermano nos mira con suspicacia.

—¡NO! Anda ya, ¿te has enrollado con el Huesitos?

—¿Huesitos? ¿Pero es que todo el mundo tiene un mote en este campamento? —digo, antes de solucionar el malentendido—. No, no nos hemos enrollado. ¿Por qué piensas eso?

—¿Entonces qué hace él aquí?

—Cuando terminéis, nos vemos fuera —zanja un Marcos mucho más serio de lo que le había visto hasta el momento, y ni siquiera espera a que le dé las gracias para dejarnos solos otra vez.

—Bien. Veo que sigues siendo un bocazas. Ninguna lesión en la lengua, ¿y en el cerebro? —le digo, solo para demostrarle que yo también puedo ser sarcástica—. Tomás, no puedes hacer esto. Si piensas que el mundo entero está contra ti, me lo dices y peleamos juntos.

Vuelve a encogerse de hombros, bebe de la botella y se pone en pie. Sus brazos son como alambres y parece todavía más enclenque porque la camiseta negra, que está llena de agujeros, es dos tallas más grande que la suya. Al menos, le queda tan larga que no deja a la vista los calzoncillos. Le tomo de las manos y busco sus ojos al otro lado del flequillo. Tiene unos ojos negros, grandes y brillantes que algún día se comerán el mundo.

—No quería que te preocupases —dice, apartando la mirada.

—Lo sé —contesto.

Estoy segura de que lo ha hecho sin pensar en las consecuencias, pero de alguna manera tengo que hacérselo entender, ¿no? ¿No es ese el papel de una hermana mayor?

En el entierro de mi madre, una de las últimas personas en darnos el pésame fue un compañero de trabajo de mi padre. Le estrechó la mano a Tomás, que estaba allí como si no estuviera, escondido al otro lado de su flequillo triangular, mudo, mientras, salíamos del cementerio. Luego estiró la mano hacia mí y, cuando se la estreché, me abrazó y se puso a llorar. Yo no había dejado de hacerlo en toda la mañana, así que imagino que era contagioso, que todos los que se acercaban a mí lloraban por solidaridad, por imitación. El abrazo duró varios segundos. Creo que llevaba un abrigo encima de un traje oscuro y, mientras estábamos abrazados, yo notaba el tacto de la tela, que era de buena calidad. Me besó en el pelo y dijo que yo era la hermana mayor, como si con eso estuviera todo dicho. Tenía la cara redonda, con los mofletes flácidos y colgantes, sonrosados como los de un abuelo, y repitió: «Tomás tiene suerte de que tú seas su hermana mayor».

Desde entonces, no dejo de pensar en qué quiso decir aquel hombre.

—Eh, zumbada, tengo hambre —dice mi hermano.

—Y tú, ¿no tienes manos?

En la cocina, le pregunto al chico si podríamos hacernos unos sándwiches para el camino.

—Tenemos que volver al campamento lo antes posible —digo mientras el chico nos ofrece algo de jamón de York y pan de molde.

—Yo no vuelvo. Tú haz lo que quieras —dice mi hermano.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago; me dejan sin respiración. Dejo el bote de mayonesa sobre la encimera y me muerdo el labio superior.

—Tú te vienes conmigo —insisto.

—No.

Y Tomás se encoge de hombros. Otra vez.

Un niño de once años puede llegar a ser muy cabezón. Y mi hermano, más. Descarto la idea de los sándwiches y le pregunto al chico si hay macarrones o algo similar. Ya que nos quedamos a comer en la casa, será mejor hacer una ensalada de pasta. Una comida sencilla y rápida, que a todos les parece buena idea. Marcos corta el jamón de York en cuadrados mientras los más pequeños ponen la mesa y Osma espera que le caiga algo. Añado el tomate y un par de latas de atún al amago de ensalada y nos sentamos a comer en silencio, como si el primero en hablar declarase la guerra.

—¿Por qué no nos dijiste que Tomás se encontraba aquí? —pregunta Marcos al Chico Isla.

—Porque él me lo pidió —contesta a la defensiva.

—¿No crees que es un poco pequeño para decidir por sí mismo?

—No. Yo creo que es mayorcito para saber lo que hace. ¿Y ella?

—Yo tengo dieciséis —replico.

—No me importa la edad. Eso no quiere decir nada —el chico hace una pausa para mirarnos uno por uno—. Cuando me los encontré y me dijeron que venían aquí, me vine con ellos. Cuando Gonzalo dijo que se quería ir, le di lo que necesitaba y le dejé que se marchara. Y cuando Tomás me pidió que no os dijese nada, acepté su voluntad.

—¡Son niños de once años!

—Sí, y por eso me quedé con él.

—Pero yo soy su hermana y tengo derecho a saber dónde está.

—Tenía que asegurarme de que no eras un peligro para él.

—¿Cómo? Que tenías que asegurarte ¿de qué? Pero tú... —el chico me saca de quicio con su prepotencia—. Bueno, a partir de ahora, tendrás compañía. ¿Le has pedido permiso para quedarte aquí?

Mi hermano no levanta la cabeza del plato, como si la pregunta no fuera dirigida a él. El silencio se prolonga unos segundos hasta que nos mira a través de su flequillo.

—Sí, te estoy hablando a ti. ¿Le has pedido permiso? —insisto.

—No.

—¿Y dónde te vas a quedar? ¿De okupa?

Mi hermano se encoge de hombros. El chico no dice nada. No sé si lo hace porque no quiere que mi hermano se quede o porque me da a mí la razón. Cualquiera de las dos opciones me benefician.

El chico se sonríe; supongo que está deseando que nos vayamos y le dejemos en paz. Lo que no comprendo es qué le obliga a ser hospitalario con nosotros, por qué ha protegido de ese modo a Tomás.

—No entiendo por qué razón no me dejas quedarme —dice Tomás.

—Porque eres mi hermano.

Marcos se remueve incómodo en la silla. Tiene su plato vacío desde hace un rato y picotea de una rebanada de pan por hacer algo que le permita quedarse a la mesa.

—Me tocó la lotería —dice Tomás con la boca llena.

—Venga, va, tu hermana se la ha jugado viniendo a buscarte hasta aquí —interrumpe Marcos—. Podía haber ido a la policía y que te encontraran ellos. Sin embargo, ahora también la castigarán a ella, puede que la expulsen del campamento. Por lo menos, no seas borde.

—Por cabezona —es todo lo que dice Tomás, y se levanta para llevar el plato vacío al fregadero.

Marcos insiste en que está siendo injusto, pero conozco a mi hermano. No va a dar su brazo a

torcer, y menos con un extraño. El chico, junto a la ventana de la cocina, acaricia a Osma.

—¿Y tus padres? —me atrevo a preguntar, aunque algo me dice que estoy jugando con fuego.

El chico no contesta. Solo mira por la ventana, de espaldas a nosotros, mientras acaricia a la perra. De pronto, se dirige a la puerta de la cocina y sale.

Siento que hemos perdido una batalla importante: no hemos conseguido demoler la coraza de hormigón y descubrir qué se esconde en su interior. Cómo ha llegado hasta aquí, su historia y, de esta manera, ayudarlo. Supongo que hay heridas que duelen todavía mucho tiempo después de convertirse en cicatrices. Y que su comportamiento con Tomás tiene que ver con ese pasado que no quiere contarnos.

—Voy a hablar con él y después nos vamos —dice Tomás, y sale de la cocina con Gonzalo.

Marcos reconoce que mi hermano es buena persona. Tiene razón y, ante lo evidente, prefiero no decir nada. Me pongo en pie y repaso los cacharros que ha medio fregado Tomás. Marcos seca las piezas que le voy dando.

—No, en serio —dice Marcos, como si mi silencio equivaliese a una duda—. Vale que lleva un flequillo horrible y se pasa de moderno, pero supongo que se le pasará.

Le río la gracia y le explico que Tomás piensa lo mismo del resto de la humanidad. Hago una broma con la diferencia de edad. No sé por qué Marcos se empeña en que tenemos la misma, cuando yo tengo dos años menos que él. ¿Será para aparentar ser más joven? Él me cuenta no sé qué de su fiesta de cumpleaños. Por lo visto, su novia de entonces, subraya, como si a mí me importara, hizo que fuera un momento muy especial. Y luego estaban los chicos con los que tocaba en el grupo y con los que se lleva mucho mejor que con los de su clase.

—¿Qué instrumento tocas?

—No, yo escribía las letras y cantaba.

—¿Escribes? —pregunto muy extrañada.

Marcos reflexiona un rato mientras dobla el trapo de cocina, lo vuelve a desdoblar y lo deja extendido sobre la vajilla que acabamos de secar. Arruga los labios y hace unas muecas extrañas con las cejas, como si estuviera testando los músculos de su cara. No puedo evitar reírme.

—No sé.

—Eres de los tíos más raros que he conocido —le suelto sin ningún pudor.

Marcos se lleva las dos manos al corazón, como si acabara de dispararle, y se tambalea de un lado a otro de la cocina, gesticulando y quejándose como si estuviera herido de muerte.

—Y lo peor es que no te avergüenzas de ello.

—No, Dulcinea, no podéis hacerme esto —dice falseando la voz como si estuviéramos en una obra de teatro del siglo XVI.

—El otro día, en el bosque...

—En el bosque —me interrumpe en el mismo tono—, encontré un zapato que no pertenecía a ninguna dama. Si consigo encontrarla...

—Estás fatal —digo por encima de su diálogo—. El otro día, cuando nos encontramos, ¿ibas a escribir?

Estoy segura de que la respuesta es sí. Le he visto con el mismo cuaderno varias veces y, que yo sepa, los monitores no tienen deberes.

—¿Escribes un diario?

—Si te doy esa información, Juana —dice poniendo voz de agente secreto—, tendría que matarte.

—Bah, paso. Si no podemos hablar en serio, mejor me voy —digo acercándome a la ventana de



la cocina para que no vea mi sonrisa.

Fuera, el sol brilla con rabia y hace resplandecer la arena de la explanada donde Tomás, Gonzalo y el chico juegan a marear a Osma con una pelota de tenis. Sin duda, la perra es quien mejor se lo pasa, corriendo de un chico al siguiente, saltando hacia sus manos como si fuera a quitarles la pelota en el próximo brinco, para arrancar una carrera hacia el chico que recibe la pelota y volver a repetir el número.

Dentro, Marcos me pone las manos en los hombros y yo me estremezco. Me acaricia la barbilla y, despacio, me tapa los ojos con los dedos. Por desgracia, su piel huele al lavavajillas esencia de limón que acabamos de utilizar y esto le resta bastante romanticismo a la escena. Se lo comento entre risas, pero ya no hay marcha atrás: recibo sus labios en los míos.

Podría estar así hasta que el mundo explote.

—¡Tenemos que volver! —exclamo de pronto. Marcos se separa de mí como si hubiera accionado un resorte. «¿A qué estamos jugando?», pienso. Nos hemos escapado del campamento para encontrar a mi hermano y llevarlo de vuelta. Y yo estoy aquí besándome con un monitor, mientras mi hermano juega con una perra y dos chicos en la explanada de una isla que no le importa a nadie. Una parte de mí me pide que me deje llevar, que Marcos es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y que mi hermano ha sido quien ha tomado la decisión, no yo. La otra parte me dice que, si lo de Marcos tiene que ser, será; que deberíamos haber regresado al campamento antes de comer y que, por cada minuto que pasa, mayor será el castigo.

Estoy tan paralizada que Marcos tiene que tomar la iniciativa. Dice algo así como «tranquila, vamos», y se pone a rellenar una botella de agua mientras bromea con que, seguramente, el campamento ya esté lleno de policías que atosigarán con preguntas a U, MO y Guille, aunque las principales sospechosas serán las Spoilers. Eso podría tener su parte divertida...

—Sí, sin duda eso sí que sería una buena broma, si fuera una broma.

—Pero no lo es —dice Marcos, ahora muy serio—. Cuando descubran que también faltan tu hermano, Gonzalo y yo, ¿qué van a pensar? ¿Que nos hemos ido de excursión? A Óscar se le va a caer el pelo. Que se te fuguen dos chicos de once años, una de dieciséis y un monitor no debe de ser bueno para tu currículum. No creo que le llamen de Alcatraz.

—Y todo por mi culpa —me lamento, todavía mirando por la ventana, paralizada como una estatua, pero con la cabeza a mil por hora—. No nos vamos.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices, Juana? Tenemos que llegar lo antes posible al campamento y explicarlo todo.

Marcos vuelve a acercarse hasta mí, pero le esquivo.

—No —intento parecer serena, como si la chica que habla fuese una que está a kilómetros de esta casa, fuera de esta isla, de este continente, de este sistema solar—. Con la que hemos liado, seguro que llaman a mi padre —me entran ganas de llorar—. Seguro que nos expulsan —digo, mordiéndome el labio inferior para evitar las lágrimas.

Marcos intenta abrazarme. Lo rechazo. Tengo el recuerdo del beso demasiado fresco en mi memoria.

—No. Tú eres un monitor.

—¡Ja!, por ahora.

La gracia está a punto de hacerme sonreír. Para ser escritor, miente muy mal: está tan preocupado como yo, aunque no quiera reconocerlo.

—Aquí tengo todo lo necesario para vivir con mi hermano. Podríamos escondernos.

El plan es tan loco que hace reír a Marcos. Reconozco que no está muy elaborado, pero es mi oportunidad de desaparecer, algo que llevo deseando desde el día del accidente. ¿Cuántas veces habré pensado que hubiera sido mejor si hubiéramos ido en ese coche con ellos? El mundo sin mi madre se ha quedado completamente vacío. ¿Para qué seguir en él? Al menos, ¿para qué seguir siendo Juana y Tomás si ya no está ella?

—Vaya lío mental que tienes —discrepa Marcos—. ¿Y qué hacemos Gonzalo y yo? ¿Nos quedamos aquí con vosotros?

Estoy agotada. Me siento y sigo escuchando a Marcos como si todavía fuera la chica que está a kilómetros de distancia.

—La verdad —continúa—, no había pensado convertirme en un anacoreta a los dieciocho.

—Vosotros podéis volver. Yo no he dicho...

—Claro, regresamos al campamento —me interrumpe Marcos—, y decimos que no sabemos nada de vosotros. Que han sido dos excursiones independientes. Supongamos que son tan idiotas que se lo creen y que nosotros, Gonzalo y yo, somos capaces de mantener la mentira: ¿eso significaría que no volveríamos a vernos nunca?

—Supongo que podríamos vernos...

—¿A escondidas? —sus palabras son como latigazos—. No conmigo, Juana, no tú y yo. ¿Y qué pasa con Tomás? Se criaría en una isla con un chico del que desconocemos su pasado..., y empiezo a pensar que es mejor así —no tengo más remedio que asentir—, una perra preciosa y su hermana mayor, que también es preciosa.

Intento concentrarme para que este comentario no me toque por dentro. Tiene razón: hace un momento ni se me pasaba por la cabeza quedarnos en la isla.

—Tu madre murió, Juana, pero tu hermano no va a desaparecer. Y tú tampoco vas a desaparecer.

Y de repente odio ese verbo: «desaparecer». Odio a los magos que hacen desaparecer monedas, pañuelos, conejos y personas. Me gustaría aprender cómo hacen para que vuelvan a aparecer, cómo consiguen sacar un conejo de la chistera. Traerlos de regreso. Sacar a mi madre de una chistera.

Me gustaría creer en la magia. No pensar que todo es un truco que puedes aprender en un vídeo de Internet.

—No hace mucho, metí la pata hasta el fondo y la familia a la que traicioné fue capaz de perdonarme. Hay familias así —dice con sarcasmo, volviendo a ser el Marcos de la sonrisa pícaro—. Todos merecemos una segunda oportunidad.

Este es el Marcos que saldría sonriendo del mismo infierno, el Marcos del que me da miedo haberme enamorado.

—I-dio-ta —digo marcando cada una de las sílabas.

Marcos y yo salimos a la explanada donde los chicos y Osma siguen jugando. La perra ha bajado el ritmo de sus saltos y carreras, por lo que la diversión ha descendido a niveles mínimos. El chico le da a Osma la pelota de tenis y esta, al principio, se queda desconcertada y vuelve a ofrecérsela. Al ver que no le hace caso, su mirada pasa de la pena absoluta a la incredulidad de un «¿toda para mí?, ¿solo para mí?», y se tumba en el suelo para morder la pelota de las mil formas posibles que hay de morder una pelota.

Marcos toma la palabra.

—Juana y yo hemos decidido —me gusta escuchar mi nombre en sus labios— que salimos para el campamento. Está claro que Gonzalo quiere venirse con nosotros. ¿Tomás?

¿Es tonto? ¿Por qué le da a mi hermano la oportunidad de quedarse en la isla? Cuando intento corregir las palabras de Marcos, Tomás se me adelanta.

—Yo también voy —dice desde el otro lado de su flequillo—. Tranquila.

Dentro de mí hay una explosión como la que debió de dar origen al universo.

—Deberíamos darnos prisa, no quiero que os perdáis y tengáis que pasar la noche aquí —bromea el chico.

Recogemos los pocos bártulos que tenemos, cerramos la casa tal cual estaba la primera vez que la vimos, es decir, como si fuese una casa de veraneo a la que sus dueños han olvidado acudir, y emprendemos el camino por el sendero que conduce a la playa a través del bosque de pinos con cabeza de seta. Parece mentira lo grande y misterioso que me resultó la primera vez que lo recorrimos.

El chico camina el primero del grupo, seguido de Osma y Marcos. Me pongo a su altura y aprovecho un silencio para darle las gracias por cuidar de mi hermano.

—Pirata... —empieza a decir, pero utilizo mi mirada fulminante contra el chico y, con más intensidad, contra Marcos.

—Eh —dice—, que yo no le he dicho nada...

—No, seguro que lo ha adivinado... —le suelto sin bajar la intensidad.

—Perdona, ¿cómo era tu nombre? —me pregunta el chico.

Y flipo, claro.

—Juana —le contesto.

—¿Juana? Mola más Pirata, pero tú sabrás —me encojo de hombros; definitivamente, es contagioso—. Cualquiera habría hecho lo mismo. Cualquiera, incluso un desconocido, puede llegar a preocuparse de ti. ¿Sabes ya por qué se escapó?

Tiene razón: todavía no se lo he preguntado.

—No. ¿Te ha dicho algo a ti?

—Creo que es mejor que te lo cuenten ellos.

—¿Ellos? —digo incrédula, porque intuyo que ese «ellos» también incluye a Marcos. No sé si estoy enfadada o agradecida.

Llegamos a la playa donde desembarcamos. Marcos y el chico explican que tenemos que darnos prisa, lo de la previsión y todos esos detalles que preferiría no saber. Nos ponemos los chalecos con rapidez. No hay para Marcos ni para el chico, y llevamos los kayaks hasta el agua. El nuevo juego parece entusiasmar a Osma, que se tumba justo en el medio de la canoa, entre su amo y Gonzalo, como si fuese lo más natural.

En la otra embarcación vamos Marcos, Tomás y yo. Atravesar de nuevo la bahía no me produce ninguna satisfacción y mucho menos si esto implica poner en peligro la vida de mi hermano.

—¿Seguro que esto aguanta? —pregunto algo desconfiada—. ¿No será mejor hacer dos viajes?

—Están pensadas para dos adultos y un niño, no te preocupes. Además, no creo que me dé tiempo a hacer los tres viajes antes de que anochezca.

—No quiero teorías, solo un sí o un no.

Mi hermano hace algún comentario que solo escucha Marcos, y los dos se ríen. Eso me cabrea, pero casi no les presto atención; estoy más preocupada en observar cómo nuestra piragua se aleja de la playa y cómo el mar nos rodea por todas partes. Intento concentrarme en el punto de la costa al que nos dirigimos y espero que se haga más y más grande.

—Para ser un pirata, le tienes demasiado miedo al agua —dice mi hermano.

Sin embargo, no tiene razón, no tengo miedo; lo que tengo es un presentimiento, un mal presentimiento.

Llevamos navegando un par de horas, cuando mi presentimiento cobra forma. Estamos muy lejos de la costa y todavía más lejos de la playa del campamento. Juraría que hace rato que no avanzamos, incluso diría que hemos retrocedido. Aun así, intento parecer tranquila cuando le pregunto a Marcos por qué no avanzamos. Con mucha claridad, como si hubiera estado preparando la respuesta, nos explica que tenemos el viento en contra y que está bajando la marea.

—Me temo que no soy lo suficientemente buen marinero. Así que lo mejor será desembarcar donde nos lleve la corriente y caminar hasta el campamento.

—No me importa llegar mañana al campamento, siempre que llegemos —digo—. Y sobre todo pisar tierra firme.

Marcos y el chico hablan entre ellos, de piragua a piragua, sin que los demás podamos escucharlos.

—Al amanecer, podríamos aprovechar la bajada de la marea para costear hasta el campamento —dice por fin.

—Pan comido —mi voz me suena rara hasta a mí—. ¿Alguien ha traído el libro de cómo pasar una noche a la intemperie? No sé qué me apetece más: si caminar toda la noche o quedarme a dormir a cielo abierto.

Mi hermano y Marcos se ríen. Esta vez no puedo remediarlo y le doy una colleja a Tomás.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada —dice mi hermano sin dejar de reír—, que parecéis un matrimonio.

Tomás se ríe todavía más fuerte y creo que hasta Marcos se está riendo al otro lado de la embarcación.

—Sois muy graciosos. No me imaginaba yo que esta excursión iba a ser con los invitados estrella del Club de la Comedia. Con vosotros es que me...

Me doy cuenta de que este derroche de locuacidad se debe a lo nerviosa que estoy, así que decido callarme y respirar hondo. Es eso o matar a alguien, y el que más cerca tengo es mi hermano, cuando en realidad yo querría matar a Marcos por no ser capaz de llevarnos hasta la playa del campamento como había prometido.

—Pues yo tengo hambre —dice Gonzalo, como si no hubiera otra cosa en la que pensar.

Estamos en medio de la ría, en dos kayaks arrastrados por la marea hacia mar abierto. Nuestro destino depende de Marcos, un aprendiz de escritor cuyos conocimientos náuticos se reducen a un cursillo de monitor de campamento, y de un tipo que acabamos de conocer y que tiene un perro. Y lo único que le preocupa a Gonzalo es que tiene hambre.

—No te apures, Gonzalo, porque Marcos lleva fruta deshidratada en la mochila —digo, para demostrar lo graciosa que puedo llegar a ser, y le doy el móvil a mi hermano—. Intenta llamar, anda.

—No hay cobertura.

—No importa, Tomás: estate atento. Pero cuidado con la batería.

—¿Y cómo quieres que lo haga? —dice encogiéndose de hombros.

Sé que lo que le pido es incongruente, pero mi móvil es incongruente, la situación es..., la situación es un asco y lo único que quiero es llegar a la playa y tumbarme en la arena, revolcarme en la arena, saltar sobre una superficie firme y, sobre todo, seca.

—No lo sé, Tomás, me imagino que basta con que no juegues al Angry Birds y lo pongas en modo avión cada poco.

He sonado más borde de lo que me hubiera gustado. Por suerte, mi hermano tiene la capacidad de ser impermeable a las palabras, incluso a los hechos. Es como si el resto del mundo no fuera con él; sí, eso es: no es que el mundo vaya contra él, es que el mundo le resbala, como si estuviese vacunado contra todo.

—Hecho. ¿Me avisas cuando quieras que vuelva a intentarlo? —dice confirmando mis pensamientos.

—Sí, gracias.

Su actitud, de indiferencia absoluta, le hace no plantearse siquiera que no podamos llegar a la costa. Sin embargo, a mí se me ocurren mil situaciones, infinitos grados de sufrimiento que añadir a su dolor. Es como si Tomás se hubiera creado su propio mundo con el que protegerse de la realidad y se hubiese metido tan adentro que se lo ha terminado creyendo.

Este no es el Tomás de antes.

Y no sé si seré capaz de recuperarlo.

—Vale, vale, que corra el aire. Juana, ¿por qué no nos cuentas una historia? —dice Marcos.

—¿Como la de las ruinas que nos contaste? —Tomás me mira sin entender—. Mejor que no lo sepas, de verdad —le recomiendo a mi hermano. Yo no sé historias de ese tipo.

—Pues algo que no le hayas confesado a nadie. Que si nos lo cuentas, solo lo sepamos nosotros.

Esto me resulta más interesante. Escaneo mi cerebro en busca de algo que merezca la pena contar.

—Me gustaría contaros un recuerdo feliz.

—Vale, suena bien. ¿No, Tomás?

Tomás no dice nada.

—¿Te acuerdas de lo que hacía mamá cuando cobraba? —le pregunto.

Tomás se encoge de hombros como si no le importara, pero sé que era uno de sus momentos preferidos. Aspiro para tomar fuerzas.

—Mi madre trabajaba como traductora —le explico a Marcos—. No tenía muchos encargos; quizá por eso, cuando recibía el pago de una traducción, nos llevaba a un centro comercial y nos entregaba un billete de cincuenta euros que podíamos gastar en lo que quisiéramos.

—¿Cincuenta euros para cada uno? —pregunta Marcos.

—No, no, cincuenta para Tomás y para mí. Las condiciones eran que los dos teníamos que comprar el mismo número de cosas y el dinero que no gastáramos teníamos que devolvérselo. Así que nos esforzábamos en sumar los cincuenta euros exactos. Y casi siempre lo conseguíamos.

—Oh, qué tierno —dice Tomás con la ironía de un calamar.

Supongo que recordarlo le duele tanto como a mí, pero continúo.

—¿Recuerdas aquella vez que querías un videojuego, pero costaba más de cincuenta euros?

—¿Qué juego? —me interrumpe Tomás, poniéndome a prueba—. Seguro que ni te acuerdas de

cuál era. Y no costó más de cincuenta euros. Mamá no nos hubiese dejado comprarlo.

Tiene razón: mi madre no nos hubiese dejado saltarnos las normas. Pero lo hice.

—Era uno de fútbol, no recuerdo el nombre, tienes razón; de esos que sacan uno cada año, así que encima de la pegatina del precio puse la del juego del año pasado, que costaba mucho menos. Mientras la cajera nos cobraba, estaba tan nerviosa que creía que cualquiera podría escuchar los latidos de mi corazón. Mamá estaba esperándonos al otro lado de la caja y yo no dejaba de imaginarme la vergüenza que le haríamos pasar si nos descubrían.

Cuando termino de hablar, todos nos quedamos en silencio unos instantes, incluso Tomás.

—Me dijiste que lo habías encontrado rebajado porque tenía la carátula un poco rota.

—Y tú lo quisiste creer —digo—. Fue la única vez que le mentí.

Pero esto no es del todo cierto.

Es casi de noche cuando desembarcamos. La playa está flanqueada por unos acantilados de granito y pizarra, explica el chico, y no tiene salida.

Marcos dice que la playa debe de tener varios kilómetros de larga. No lo sé, tampoco sé si podríamos encontrar alguna forma de escalar la pared de granito que, según el chico, ha sido formada por una falla. Lo único que sé es que estoy tan cansada que solo quiero tumbarme y descansar. Katniss Everdeen, la protagonista de *Los juegos del hambre*, es pura ficción, confirmado, y cualquier parecido conmigo es pura coincidencia.

Cuando anochezca, la temperatura bajará bastante, por lo que Marcos propone hacer una especie de refugio. Tomás y Gonzalo se ilusionan con la idea. «Mejor para ellos», pienso mientras estiro mis doloridos brazos, lo que no pasa desapercibido para Marcos, que me ofrece una tarea fundamental:

—¿Podrías buscar maderas, papel o cualquier cosa que arda?

Asiento con la cabeza y, mientras me alejo, escucho su risa y un «ánimo, Pirata» al que respondo con mi dedo corazón. Gonzalo y Tomás ululan, no sé si sorprendidos, y decido que lo mejor para mi salud mental es olvidarme de que existen y concentrar todas mis energías en recoger cualquier cosa que pueda arder.

A Osma también le parece buena idea. Lástima que la mitad de los troncos que hay en la playa estén carcomidos o empapados. Recojo ramas, hojas secas, cartón, troncos carcomidos, más troncos carcomidos, y cartón, hojas secas y ramas... hasta que lleno una bolsa de plástico y confirmo que hoy no soy un sinsajo sino un extra de *The Walking Dead*.

Cuando regreso a las piraguas, debería reconocer que han hecho un buen trabajo: Marcos ha usado un poncho de plástico y dos palos para crear una estructura bajo la cual refugiarnos, aunque un poco apretados. Supongo que es mejor que nada. Vacío la bolsa junto a los troncos que ha recogido el chico. Marcos saca un mechero y una pastilla de queroseno de la mochila.

—Estás hecho todo un *boy scout* —estoy tan cansada que no mido mis palabras—. Solo faltaba que sacases de ahí un bocadillo.

—¿Siempre se pone tan borde cuando tiene hambre? —le pregunta Marcos a mi hermano, como si yo no estuviera.

—Habías de verla cuando se pone a régimen —responde Tomás desvelando un secreto que podría costarle la vida.

—Bien, Gonzalo y yo somos los únicos que tenemos hambre. Los machitos del norte, todo el mundo lo sabe, pueden vivir del aire en un estado zen que les permite perderse en medio del océano y acampar en una playa sin agua ni comida.

Lo que acabo de decir no es del todo cierto; agua y comida, por llamarlo de alguna forma, tenemos.

—Yo lo preferiría de calamares —dice Marcos—. Un bocadillo de calamares con mayonesa. Hay un sitio cerca de mi casa donde los hacen riquísimos y muy baratos.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Marcos debe de ser masoquista o algo peor: idiota. ¿A quién se le ocurre hablar de un bocadillo de calamares con el estómago tan vacío como el agujero de un donut, mientras compartes unos insípidos sándwiches de jamón de York, lo único que pudimos hacer para llevar en la casa del faro?

—Pues yo, de chorizo —dice mi hermano, que parece divertido con el juego masoquista.

—Tortilla de patatas —dice el chico—. ¿Y el tuyo, Gonzalo?

—Nutella con atún —contesta, como si fuera lo más natural del mundo.

Mi hermano finge tener arcadas mientras los demás nos miramos incrédulos. Gonzalo ríe, sin dejar de afirmar que lo dice en serio, que es su bocadillo preferido y que en cuanto llegue a casa se va a preparar uno tamaño XL. Nos reímos todavía más porque comprendemos que es cierto.



Solo pensar en el sabor de esa mezcla me provoca asco, pero también curiosidad. ¿A qué sabe un bocadillo de Nutella y atún?

—¿Pero el atún en aceite o al natural? —pregunta Marcos en plan *gourmet*.

Después del sándwich, Marcos reparte un puñado de frutas deshidratadas y nos cuenta que los montañeros pueden vivir solo de frutas deshidratadas y agua, bajo las condiciones más inhumanas que podamos imaginar, durante semanas. Ninguno le creemos, pero el golpe dulzón de la fruta contra nuestro paladar evita que le digamos que está poniendo, otra vez, voz de cuento chino.

—Y ahora, a dormir —dice Marcos—. Mañana tendremos que remar un buen trecho.

Tomás y Gonzalo se hacen un ovillo bajo el refugio improvisado y certifico que no cabemos todos. ¿Dónde se supone que vamos a dormir el resto? Todavía puedo aguantar, pero cuando me entre sueño...

—Y yo, ¿dónde me voy a acostar? Como mucho ahí cabe una persona más.

—Puedes dormir ahí o conmigo y el chico en la otra piragua.

Ni siquiera se merece que le conteste; saco mis cascos de la mochila y me separo unos metros hacia el mar. Enseguida me doy cuenta de que no ha sido buena idea: oscuridad y silencio, dos ingredientes que siempre preceden a la llegada de los recuerdos. Subo el volumen de la música en mi móvil y rezo para que la batería aguante hasta que me quede dormida.

Marcos se sienta a mi lado y, con delicadeza, me retira el auricular derecho.

—Buen gusto —dice—. No me imaginaba que te gustara este tipo de música.

No sé si tomármelo como un halago. No sé el título ni de quién es la canción que está sonando. Me escucho decir:

—Gracias. Son mi grupo preferido.

Seguimos hablando en voz baja, con mi hermano y Gonzalo a menos de dos metros a nuestra espalda y, supuestamente, dormidos. El chico se ha alejado con Osma. Como nosotros, parecen mirar las estrellas.

—¿Escuchaste su segundo disco? —le pregunto a Marcos—. Para mí es el mejor.

—Es bueno, pero me gustó más el primero: mucho más fresco...

Marcos detiene su respuesta en el aire y clava sus ojos verdes en los míos.

—No lo has escuchado, ¿verdad?

—Ni siquiera sé qué grupo es —contesto.

Se ha dado cuenta de que le estaba vacilando demasiado rápido, qué pena, porque me lo estaba pasando bien. Marcos desliza su mano derecha por detrás de mi cuello, rozando mi pelo con suavidad, para acercar mi cabeza a la suya y que nuestros labios se encuentren. Y cuando nos estamos besando, cuando la playa ha desaparecido y parecemos estar suspendidos en un espacio-tiempo donde no hay reglas del juego, una señal de prohibido se ilumina en mi cabeza: mi hermano está a menos de dos metros de nosotros y yo me estoy besando con su monitor. Me levanto de un salto, sin darme cuenta de que estamos compartiendo los auriculares.

Marcos me mira sin entender. Y yo todavía noto temblar sus labios en los míos y no puedo dejar de mirar esos ojos a ratos verdes y a ratos marrón caramelo. Me sacudo la arena, me limpio las manos, intento recomponerme el peinado y otros cien gestos innecesarios que solo muestran mi nerviosismo; un nerviosismo que nace en mi estómago, como si tuviera en su interior una bandada de pájaros que hubieran echado a volar en direcciones distintas.

Marcos se pone en pie despacio, me toma de la mano y comenzamos a caminar.

Hay noche por todos lados.

**A**vanzamos unos cien metros, hasta que nos sentamos en un montículo de arena. A nuestros pies, rompen mansas las olas. Me fascina cómo cambian los colores por la noche, que pueda verse a la luz de la luna. Elijo una lista de canciones antes de pulsar el *Play* y le explico a Marcos que estas son mis canciones preferidas, ahora sí. Compartimos los auriculares en silencio mientras miramos hacia el mar, donde se supone que debe de estar el horizonte, aunque solo vemos una inmensa oscuridad que podría devorarnos en cualquier momento. Sin dar explicaciones a nadie.

Marcos no dice nada durante la primera canción. Permanecemos mecidos por unos acordes de violín acompañados de un sintetizador, mirando sin ver hacia la nada. Una oscuridad llena de estrellas. La letra dice algo de una sinfonía dulce y amarga, que somos esclavos del dinero y luego morimos, pero también que puedo ser un millón de personas, que puedo cambiar. Cuando termina la canción, como si hubiera estado esperando, Marcos empieza a contarme algo que, dice, debería contarme mi hermano. No entiendo a qué se refiere. Es sobre Tomás, algo que sucedió en la excursión a la Playa de los Cristales.

—La Playa de los Cristales es una pequeña playa a la que solo se puede acceder desde el mar. Se encuentra en esta misma bahía, pero al otro lado de la Isla de Arena —me explica—. Llegar allí fue un juego comparado con lo que hemos hecho hoy. Allí comimos unos bocadillos y nos pusimos a recoger cristales. No es que en la playa pudieras encontrar cristales, sino que la playa está hecha de cristales, restos de botellas, vidrio roto, pulido por la acción del mar. Le preguntamos a Óscar por qué solo había cristales y, tras un largo discurso, llegamos a la conclusión de que no lo sabía. Ya sabes cómo es. El caso es que nos recorrimos toda la playa, tampoco es muy grande la verdad, y solo encontramos rocas y cristales, casi todos del tamaño de una goma de borrar. Incluso algunos excavaron para saber dónde acababa aquel estrato de cristales y descubrieron que, debajo de los cristales, había más cristales. Pero nadie supo decirnos por qué solo había cristales en aquella playa.

—¿Pero qué es lo que pasó exactamente? —le pregunto.

—No lo sé «exactamente». Uno de los mayores se debió de encaprichar de alguno de los vidrios que había recogido tu hermano y quiso quitárselo. Cuando yo llegué, porque Gonzalo fue a buscarme, tu hermano tenía el cristal dentro del puño y los otros intentaban abrírselo a base de ahogadillas. Eran tres contra él. Y estaban bastante cabreados.

—¿Serán...!? ¿Quiénes eran?

—Juana, no te lo estoy contando para que les partas la cara.

—Pero...

—Sí, tienes razón, ¿pero qué ibas a conseguir?

Nada, es cierto. Sin embargo, eso no me quita las ganas de partirles la cara.

—Te lo estoy contando —continúa Marcos— porque creo que esa es la razón por la que tu hermano se marchó del campamento. No se fue por tu culpa ni porque seas una mala hermana. Se fue porque él es más débil que tú y reacciona de otra manera ante los problemas. Me imagino que esos idiotas le seguirían acosando y él decidió desaparecer.

—¿Y por qué no me dijo nada? Yo le habría...

—No lo sé. Tienes que respetar su espacio. Tiene derecho a meterse en líos y a equivocarse igual que tú. Hay un montón de gilipollas ahí afuera y no le vas a poder defender de todos.

—¿Seguro que se peleaban por un trozo de cristal pulido?

—Solo hay una forma de saberlo: preguntase-

lo —contesta Marcos—. Cuando les dije que por qué peleaban, tu hermano me enseñó el cristal, un cristal más grande que el resto, naranja, pero nada más. Volví a preguntarles a él y a Gonzalo si

el motivo de la pelea era eso, y ambos asintieron con la cabeza. En ese momento estaba desconcertado, pero terminó de descolocarme que tu hermano lanzase el vidrio, con todas sus fuerzas, hacia el mar, lo más lejos que pudo. El mismo vidrio por el que se estaba peleando, por el que le estaban haciendo ahogadillas aquellos tres idiotas.

—Es un cabezón, eso sí me cuadra.

—Pero también es noble e inteligente.

—Lo sé. Por eso debería saber que la solución no es escapar.

—Y tú, ¿cuánto tiempo has tardado en aprenderlo?

¿Y si todavía no lo he hecho? Es mejor callar. Cuando estás en una playa, bajo un cielo lleno de estrellas y dos ojos verdes te hacen una pregunta como esa, es muy difícil encontrar las palabras y muy fácil pasar a la acción. Eso, o el ritmo de batería que suena en los auriculares que compartimos, me da el valor suficiente para ponerme a horcajadas sobre sus muslos y, muy despacio, regalarle el beso que antes no nos hemos dado.

No sabes lo brillantes que son las estrellas hasta que pasas una noche lejos de cualquier luz artificial. Ni siquiera en la aldea, cuando íbamos en verano, las estrellas brillaban con esta fuerza. Marcos dice que el brillo también depende de la temperatura y que hay estrellas que nosotros vemos ahora mismo, pero que ya no están. Escucho su voz como si fuera la de un locutor de radio que está emitiendo un programa solo para mí. Tumbada sobre la arena, con uno de sus muslos como almohada, siento como voy quedándome dormida y me dejo llevar hasta que empiezan las imágenes que no quiero ver.

—Vámonos —le digo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Cosas...

Echamos a andar hacia el refugio y le tomo de la mano para que entienda que él no tiene la culpa de mi reacción. Tiene la piel suave y los dedos largos. Me gusta acariciarlos. A unos metros del refugio, le hago detenerse, llevo su boca contra la mía, pero Marcos esquiva mi beso y lo convierte en un abrazo. Noto sus largos brazos rodeándome, dando la vuelta en mi espalda y volviendo hacia mí como si mi cuerpo fuese algo único, frágil y valioso. Le aprieto contra mí con la misma fuerza con la que las lágrimas se empeñan en salir de mis ojos. Al final, no puedo evitar que algunas escapen y la camiseta de Marcos se humedece. Permanecemos así un minuto, dos, no sé cuánto tiempo, hasta que me separo, le beso la mejilla y vuelvo a buscar sus labios. Esta vez sí me corresponde. Nos besamos con los ojos cerrados bajo un millón de puntos blancos iluminados solo para nosotros y que el resto de los mortales llaman estrellas.

—¿Tienes sueño? —le pregunto.

—Todavía no.

Nos sentamos ahí mismo y le explico que, a veces, cuando voy a dormirme, vienen a mi cabeza imágenes de mis padres. Le advierto, aunque es más un mensaje para mí misma, que no me gusta hablar de ello, ni siquiera a la psicóloga. Son como instantáneas de mi padre y mi madre en nuestro coche, con el que tuvieron el accidente, discutiendo.

—¿Alguna vez los viste discutir en el coche?

—Pocas, pero sí. La discusión podía empezar por cualquier tontería: que mi madre le dijese a mi padre que se pegaba mucho al coche de delante, que fuera más despacio. Al principio, como en broma, mi padre le contestaba que no pasaba nada, que se tranquilizara; pero si mi madre lo decía dos o tres veces, mi padre empezaba a conducir más rápido, a acercarse más al coche que iba delante. Yo veía como mi madre se ponía nerviosa y más nerviosa hasta que le decía que parase,

que nos bajábamos ella y nosotros. Y mi padre decía que sus hijos no iban a ningún lado.

—¿Se gritaban mucho?

—No, la verdad es que no. Casi siempre en casa, en la habitación, y una vez en un restaurante. Estábamos cenando y mi padre pidió otra copa de vino. Mi madre lo único que dijo fue: «Por favor». Mi padre pasó de ser mi padre a convertirse en algo distinto. Sus ojos se encendieron de ira y los dejó clavados en mi madre hasta que el camarero trajo la copa de vino y se la bebió de un solo trago. Luego pidió la cuenta sin esperar a que nos terminásemos lo que había en nuestros platos, nos metió en el coche y condujo a toda velocidad hasta casa. Pasé mucho miedo.

—¿Sabes si tus padres iban a separarse?

—No lo sé. ¿Tus padres siguen juntos?

—Sí, pero tengo muchos amigos con padres separados. Acabaría antes diciéndote los que siguen juntos.

—La noche del accidente fueron a cenar a casa de un compañero de universidad de mi madre. Mis padres habían hecho las paces después de una pelea y aceptaron la invitación en el último momento. Creo que a mi padre ni siquiera le caía bien, que lo hizo para compensar lo de la pelea. Y nunca volví a ver viva a mi madre. Y mi cabeza se llena de esas imágenes: mis padres discutiendo en el todoterreno, mi madre diciéndole a mi padre que pare, que se quiere bajar, y él apretando el acelerador, apurando la frenada contra el coche de delante.

—¿Sabes cómo fue el accidente? —Marcos vuelve a buscar las palabras—. Si no quieres hablar de ello, lo entiendo.

—No, está bien. Por lo que me han dicho, un coche estaba adelantando en un prohibido, se les echó encima y no pudieron esquivarlo. Pero no dejo de ver estas imágenes. ¿Crees que me puedo volver loca de recordar?

Marcos vuelve a abrazarme contra él y me dejo llevar. Tiene la camiseta empapada por mis lágrimas, pero no parece importarle.

—Espero que no. Todos los padres se pelean; tenías que ver a los míos en un día bueno. El problema es que en ningún sitio reparten carné de padres y tienen que ir improvisando. Además, venimos con un libro de instrucciones bastante complicado, reconócelo.

La tontería me provoca un amago de sonrisa. Me tiemblan los labios y debo de tener los ojos hinchados como los de una rana. En estos momentos agradezco sobre todas las cosas que haya poca luz a nuestro alrededor y no pueda verme la cara.

—Sobre todo mi madre —continúa Marcos, ahora cuesta abajo y sin frenos, como si fuera un humorista camino del chiste final—. Tienes que conocer a mi madre..., pero no te creas que esto es un paso adelante en nuestra relación, es una prueba de fuego: si después de conocer a mi madre, sigues queriendo salir conmigo, optas al Premio de Santa del Año.

No puedo evitar reírme y llamarle idiota. Como me estoy riendo, y todavía llorando, no se me entiende y me dice que lo repita. Y vuelve a hacer como que no me entiende y me pregunta en inglés: «Sorry, what?», y se me escapa una carcajada, y se encoge de hombros y abre los ojos como platos, y vuelvo a insultarle y, cuando empieza a hacerme cosquillas, mi hermano grita a nuestra espalda que hay gente que está intentando dormir y que deberíamos hacer lo mismo.

Nos despertamos con las primeras luces del alba. El rocío, lejos de cualquier efecto poético, es pegajoso y frío. Tenemos la ropa empapada y el sol apenas consigue brillar a través de las nubes que cubren el cielo. Para rematar, todos tenemos hambre; no sé los otros, pero yo me comería un ciervo. Nuestras caras muestran el cansancio de la travesía, la mala alimentación y la falta de sueño (lo poco que hemos dormido tampoco es que haya sido muy reparador). Llevo solo un día en estas condiciones, pero puedo imaginarme cómo fue la vida de esos exploradores que dan nombre a los cabos y los estrechos. Pues no, gracias. Yo soy de esas chicas que disfrutan juntando doce horas seguidas de sueño. A ser posible en una cama.

Mientras desmontamos el refugio, un rayo de sol se cuela entre las nubes y mi hermano se arrodilla y empieza a hacer reverencias en dirección al sol.

—¡Oh! ¿Qué es aquel disco brillante y amarillo? No lo miréis, no oséis fijar la vista directamente en él...

Su parrafada nos hace reír a todos.

—Venga, teatrero —le interrumpe Marcos—, déjate de interpretaciones y vamos a recoger. Cuanto antes salgamos, más aprovecharemos la marea.

—Oh, sí, amo de las corrientes —continúa mi hermano hacia él—, guíanos con tu magia hasta la Tierra de los Juegos.

Mi hermano es idiota, pero tiene gracia. Reírse es bueno incluso con la tripa vacía, así que terminamos de recoger y, de mejor humor, llevamos las piraguas hasta el agua. Una vez a bordo, empezamos a remar paralelos a la costa. Según dice Marcos, tenemos el viento y la marea a favor, por lo que no deberíamos tardar. Y es cierto: poco después de pasar la punta de pizarras en la que termina la playa donde hemos pasado la noche, vemos la forma de media luna de la playa del albergue. ¡Qué cerca estábamos! Todo sigue igual: sus dunas, el imponente bosque detrás de ellas y, al final de casi un kilómetro y medio de arena fina y amarilla, el edificio donde, por la hora que es, todo el mundo debe de estar durmiendo.

A medida que nos acercamos, distingo a una persona que camina hacia la playa. Cuando llegamos, no hay ni helicópteros de rescate ni un escuadrón del Ejército, solo Óscar sentado en la arena y con cara de pocos amigos.

Este no es el regreso que me había imaginado.

Saltamos de las piraguas y caminamos algo desconcertados hacia la playa. Óscar, sin preámbulo de ningún tipo, nos ordena que le acompañemos a la sala de reuniones.

Creo que la aventura no ha hecho más que comenzar.

## SEGUNDA PARTE

JYM☹

No puedo creer la tranquilidad que me produce ver la horrible fachada del albergue. Paso un brazo por los hombros de mi hermano y le despeino adrede, sin importarme cabrearlo. No soy la única que se alegra de volver a pisar tierra firme: el chico juega con Osma, que corre frenética tras la pelota; y Marcos abraza a Gonzalo como si fuera su hermano mayor.

Sin embargo, la presencia de Óscar nos recuerda que nuestros actos van a tener consecuencias. Caminamos con la cabeza agachada, pero satisfechos, sintiéndonos a salvo, seguros de que el castigo no puede ser peor que seguir a la deriva en un trozo de plástico que flota por una extraña ley que no consigo entender y de la que ni siquiera recuerdo el nombre.

Una vez dentro de la sala de reuniones, Óscar cierra la puerta y nos pide que nos sentemos. Por primera vez desde que le conozco, va directo al grano: quiere saber lo que ha pasado, sin rodeos. Marcos toma la palabra para hacer un pequeño resumen y decir que todo ha sido culpa suya, que pide perdón por haber sido tan impulsivo, pero que en ningún momento hemos corrido peligro.

El resto, como hemos acordado, permanecemos en silencio.

—Pensarás que estamos locos en este campamento —dice Óscar hacia el chico—. Te pido disculpas por las molestias que hayan podido ocasionarte.

—Entonces, ¿podemos irnos? —pregunta, consciente de que esto no va con él.

—Claro, por supuesto. Y si necesitas cualquier cosa, no dudes en ponerte en contacto conmigo personalmente.

El chico estrecha la mano de Óscar y se despide de nosotros con un «hasta pronto» que considero escaso. Después de todo lo que hemos pasado juntos, él y Osma desaparecen tras la puerta sin más ceremonia. Óscar vuelve a sentarse con nosotros.

—Tomás, me gustaría conocer tu versión de los hechos.

—Marcos hizo como un parapeto de esos con la piragua...

—Kayak —le corrige Óscar.

—... con el kayak. Y pasamos la noche muertos de frío. Ahora tengo más hambre que un perro abandonado.

—Enseguida desayunaréis algo. ¿Gonzalo? —vuelve a preguntar Óscar.

—Es lo que ha pasado.

Y se encoge de hombros, como si el virus de mi hermano fuera contagioso.

Óscar nos recorre uno por uno con la mirada, dejándome a mí para el final. No sabría definir su expresión. Le mantengo la mirada, sin entender si quiere que hable o solo está haciendo teatro.

—Tomás, Gonzalo, id a la cocina y pedid que os den un bocadillo. Decidle a la cocinera que os he enviado yo, que sois los que estabais en el hospital.

¿Hospital? Ninguno sabemos de qué habla Óscar.

—No le contéis a nadie nada de lo que habéis hecho estos dos días. Habéis ido al hospital porque estabais estreñidos y ya estáis bien. Fin de la historia. Como me entere de que contáis cualquier otra cosa, seréis expulsados. ¿De acuerdo?

—¿Pero...? —dice Marcos que, igual que el resto, no acaba de entender a Óscar.

—Has tenido que llevar a Juana, Tomás y Gonzalo al hospital por *cierto* atasco intestinal.

¿Estreñimiento? Mi hermano y Gonzalo se ríen como dos vikingos.

—Gracias, Óscar. No sabes...

—No me des las gracias, Marcos. Demuéstrame que no me he equivocado —y cambiando el tono, hacia mi hermano y su amigo, continúa—: ¿Y vosotros qué esperáis aún aquí? ¿Una medalla?

Los dos mocosos, como si tuvieran un resorte, se lanzan hacia la puerta. Mi hermano, justo antes

de salir, se detiene y parece que va a decirme algo. Al final, solo se encoge de hombros y me sonrío antes de desaparecer. Óscar, dando muestras de que su paciencia iguala a su capacidad verbal, se levanta para volver a cerrar la puerta y no dice palabra hasta que vuelve a colocarse en la cabecera de la mesa de reuniones. Entonces, con serenidad, recita una frase que estoy segura de que ha estado preparando frente al espejo:

—Esto no es un juego.

Respiro hondo y me preparo para un discurso memorable. Así que agacho la cabeza y observo con disimulo que Marcos también ha adoptado la misma actitud.

—En este campamento —continúa Oscar— tenemos a más de cien chicos y chicas que han sido confiados a nosotros por sus padres. Y esa es una palabra clave para mí: «confianza». Este es mi sexto verano aquí y nunca he fallado a este compromiso. Empecé siendo un simple monitor como tú, Marcos, pero desde hace dos años todo el funcionamiento del campamento depende de mí: la felicidad de sus vacaciones, el alimento de sus cerebros... Gracias a la confianza de sus padres y del director, por supuesto. ¿Qué creéis que pasaría si se supiera que habéis estado desaparecidos un día y su noche?

—Toda la culpa ha sido mía, Óscar. Así se lo explicaré al director o a quien corresponda —dice Marcos, asumiendo una culpa que no tiene.

—Esa no sería una solución —replica displicente—. Lo único que conseguirías sería preocupar a casi cien familias inocentes. Imagínate que tú fueses uno de esos padres, por ejemplo el padre de Gonzalo; seguro que no te creerías la versión que me acabáis de contar, ¿verdad? Si fueras uno de esos padres pedirías explicaciones al director, y algunos, los más exigentes, incluso querrían ir a la policía. O a la prensa. ¿Cómo impactaría esa noticia en las próximas ediciones del campamento?

No me doy cuenta de que es una pregunta retórica hasta que intento contestar y Óscar levanta la mano para que no lo haga.

—La situación, hoy por hoy, compañeros, no es muy alentadora para que este tipo de comportamientos salgan a la luz. Por eso tuve que tomar la decisión más difícil desde que estoy al mando: ocultar vuestra imprudencia. Incluso al director.

Marcos y yo nos miramos incrédulos. Así que es verdad: nadie en el campamento sabe que nos hemos escapado, ni siquiera lo de mi hermano y Gonzalo. Me sigue pareciendo imposible. ¿Y U? ¿Cómo habrá reaccionado?

—Os garantizo —continúa Óscar— que es una de las decisiones más complicadas que he tenido que tomar. Y me gustaría que no hicierais que me arrepintiese de ella.

Marcos intenta meter baza, pero con un solo gesto queda claro que no tiene opción.

—Ni siquiera quiero conocer los detalles. El caso es que Tomás y Juana han necesitado una ayuda que tú les has podido dar —dice mirando hacia Marcos—. Enhorabuena. Ni siquiera puedo imaginar por lo que estáis pasando —ahora se dirige a mí con la misma displicencia de algunos adultos—, pero sirva este gesto como mi modesta ayuda a vuestra recuperación. Eso sí: se acabaron las tonterías de aquí al final del campamento. Lo tenéis fácil, chicos —y, a modo de broma final, Óscar remata—: solo queda una semana.

—Gracias —acierto a decir.

—No hay de qué, Juana. ¿O debería llamarte Pirata? —dice guiñándome un ojo con complicidad—. Y muchas gracias por presentarte voluntaria para limpiar los aseos durante esta semana. Recuerda que te toca el martes y el jueves.

Marcos no puede evitar una sonrisa malvada que desaparece en cuanto Óscar dice:



—Y tú, Marcos, a partir de mañana y hasta que termine el campamento serás el encargado de bajar a hacer la compra al pueblo.

—¿Por? Yo... —intenta argumentar Marcos.

—Ya he asignado un monitor suplente al grupo que tenías. Y por las tardes irás rotando según las necesidades.

—Pero si me acabo de sacar el carné...

—Ya veo que te dura poco el agradecimiento.

—No, no es eso, es que...

—No se hable más.

**M**arcos y yo salimos del edificio sin decir palabra. Tengo ganas de agarrarle de la mano, pero sé que no tengo que hacerlo. Ahora me doy cuenta de lo libres que hemos sido en nuestra escapada y de lo raro que va a ser lo que queda de campamento. El patio está lleno de chicos y chicas camino de sus respectivas actividades. Marcos me habla con la vista al frente, atento a todo lo que sucede a nuestro alrededor, devuelve los saludos y mantiene la mirada de algún monitor que nos observa con curiosidad. ¿De verdad todos se lo han creído? ¿Nadie sospecha nada?

De repente, Marcos se despide de mí con un guiño y un «nos vemos en las dunas» que solo yo escucho. Antes de que pueda preguntarle cuándo, ya está demasiado lejos para que nadie más lo oiga. Y no quiero comprometerle. Comprometernos. Estas son las reglas del juego ahora.

Me imagino que Tomás y Gonzalo ya se habrán comido el bocadillo y estarán construyendo un acuario, su actividad de la semana. Mientras ellos intentan reproducir, entre cuatro cristales, el hábitat de unos pobres peces que vivirán, crecerán y, con un poco de suerte, se reproducirán convencidos de que eso es lo mejor que hay, yo estaré metida en un autobús camino del Pozo da Ferida, una cascada de veinte metros con leyenda incluida. La excursión que nuestros amables y queridos monitores han preparado para hoy.

Confío en que lleven bocadillos de más, porque cuando tengo hambre soy incapaz de ver el lado positivo de las cosas. Y tengo mucha mucha hambre, pero Óscar me ha subrayado que no me da tiempo a pasar por la cocina antes de la salida del autobús.

Me comería un autobús. O a sus ocupantes. Y con más razón si tengo que soportar sus bromas con respecto a mi supuesta visita al hospital. No hay nada que haga más gracia a la gente sin cerebro que el «caca, pedo, pis» y, por lo visto, más de la mitad de los que van en este autobús pertenecen a ese tipo. Recorro el pasillo lo más rápido posible buscando algún rostro amigo hasta que veo a U y a MO. Me instalo junto a la ventanilla e intento disimular lo incómoda que me hace sentir que medio autobús simule estar «apretando» hasta que uno, el más gracioso, al que no llego a identificar (aunque me encantaría saber quién es y pillarle a solas en algún otro momento), hace una pedorreta y entre las carcajadas de todo el autobús, incluidos mis supuestos amigos, pide perdón.

—Perdón, perdón, es que con el esfuerzo...

Afortunadamente, después de la gran carcajada viene la calma. Parece que se les ha acabado la imaginación, que tampoco es mucha, y buscan otro objetivo. U intenta quitarle importancia. Le digo que mi cara de odio se debe, principalmente, a que tengo tanta hambre que me comería un caballo y no a esas bromas de parvulario. MO, desde el asiento de delante, me ofrece la mitad de su bocadillo de queso, una exquisitez que no puedo rechazar.

El autobús circula un rato por la carretera general, pero enseguida tomamos un camino mal asfaltado donde las ramas de los árboles de uno y otro lado forman una especie de túnel vegetal. Fijo la vista en los troncos y recuerdo las quejas amargas de mi padre sobre lo que le estamos haciendo a nuestro monte los propios gallegos, que no hace falta que venga nadie de fuera para echarlo a perder. Abedules, carballos, esos eran los nombres que decía, pero yo los únicos que podía distinguir eran los eucaliptos y los pinos. Y mi madre apuntaba que había más de mil tipos de pinos distintos.

—Los eucaliptos vinieron de Australia, ¿no? —pregunto en voz alta.

—¿Pero es que te va a dar ahora por la botánica? —replica MO.

No cuento nada sobre mi interés por los árboles ni sobre las bromas que hacía con mi familia sobre el koala que había llegado hasta Galicia como polizón en el mismo barco que los eucaliptos.

—Donde crecen eucaliptos no crece ninguna otra cosa —añade MO—. Y prenden como la mala hierba. Mi padre pertenece a una mancomunidad y todos los años tienen los mismos líos. Muchos, como los eucaliptos crecen más rápido, quieren plantarlos; pero él se niega. Dice que, si seguimos plantándolos no va a quedar ninguno de los nuestros.

—Lo mismo dice mi padre —sonrío.

Ahora que lo pienso, en esas conversaciones de mis padres no había gritos ni acelerones. Mi padre y mi madre hablaban y estaban de acuerdo. Se turnaban al volante y recorríamos un montón de kilómetros. Como aquel viaje que hicimos por la Ribeira Sacra, donde todos los pueblos tienen nombres que parecen de *El señor de los anillos*.

—Pues en eso tiene razón.

—¿Qué? ¿Cómo? —digo, regresando del fondo de mis pensamientos.

—Nada, que tu padre tiene razón con lo de los árboles —me dice MO antes de volver a girarse hacia delante.

«Sí, en eso tiene razón», pienso, sin poder evitar un brote de melancolía que me sube a borbotones y amenaza con hacerme llorar. Lo que faltaba.

—Tienes mala cara, Pirata —me dice U tomándome la mano—. ¿Te encuentras bien?

¿Se habrá creído ella también lo del hospital? Pero ella tiene que haber visto la nota que le dejé. Afirmativo. Sin que nadie más pueda escucharlo, me cuenta que cuando Óscar dijo lo que dijo, ella se mantuvo «calladita».

—¿Les has dicho algo a estos?

U niega con la cabeza. Mejor. Le cuento casi toda la aventura mientras me termino el medio bocadillo de queso que me ha dado MO. Sigo teniendo hambre, tanta que me comería uno de Nutella y atún, el preferido de Gonzalo. Por suerte, Guille me ofrece la mitad del suyo.

—¿Puedes comer chorizo? —me pregunta inocentemente—. ¿No te han dicho que hagas algún tipo de dieta?

Antes de que Guille pueda reaccionar, se lo he quitado de las manos.

—No, tranquilo, puedo comer de todo.

Y, sin escrúpulos, devoro la mitad de la comida de Guille mientras U nos tranquiliza diciéndonos que los monitores siempre llevan bocadillos de más por si alguien se queda con hambre.

El último tramo del viaje, el autobús no puede circular a más de diez kilómetros por hora. Lo peor de ir a esta velocidad es que te da tiempo a remirar el precipicio que hay a los lados de la carretera y, lo que todavía es peor, a pensar en la cantidad de metros de caída que hay. No es un pensamiento con el que me guste pasar el rato.

—Tranquila, Pirata. El conductor se conoce estas carreteras mejor que la palma de su mano.

Sin embargo, no puedo borrar la imagen del autobús rodando ladera abajo. El apretón de manos de U, al menos, es algo a lo que agarrarse en cada uno de los socavones de la pista por la que avanzamos. Cuando creo que en el próximo se me saltará el corazón por la boca, el conductor aparca en una miniexplanada que alguien, irónicamente, ha bautizado como mirador. Sanos y salvos, descendemos entre las voces de los monitores, que insisten en que no nos separemos del grupo.

No sé los demás, pero mis gritos, mi ilusión por haber llegado hasta aquí no es otra cosa que la celebración de la vida en su expresión más primitiva.

El júbilo no tarda en ser reemplazado por quejas cuando nos comunican que nos espera una caminata de veinte minutos. A mí, ahora mismo, estar veinte minutos con los pies pegados al suelo me parece una idea genial, así que me dejo llevar por la masa y continúo contando mi escapada a U, mientras atravesamos una puerta que en realidad es un somier donde hay una tabla que dice: «POR FAVOR, CERRAR, ANIMALES SUELTOS». Deja claro que la preocupación del propietario no es que los animales nos hagan daño, sino que escapen.

Seguimos avanzando por un sendero casi oculto por la vegetación, pasamos una casa de piedra abandonada donde una pareja se está haciendo una foto con el paloselfi y se convierten, inmediatamente, en el centro de todas las parodias de los mismos graciosos que antes se burlaron de mi estreñimiento, con la diferencia de que ahora yo puedo participar y eso lo hace mucho más divertido.

U me susurra algo al oído, yo me río y contesto:

—Sí, *my love*, yo también te querré *forever* —y me abrazo a ella y ponemos morritos para hacernos la foto.

El resto del camino tenemos que hacerlo concentrados en donde pisamos hasta que, de pronto, todo el grupo se detiene y casi choco contra el chico que va delante de mí: han aparecido los animales sueltos.

—Tranquiiiiiiilos, no pasa nada, tranquilos —dice uno de los monitores—. Él tiene tanto miedo como nosotros.

Sinceramente, no es eso lo que parece: el caballo, un caballo bajo y ancho, marrón y con los extremos de las patas de color negro, está plantado en medio del sendero, masticando despacio, como si nuestra presencia allí estuviese fuera de lugar. Y tiene toda la razón, cierto, aunque eso no justifique su mirada altiva de lord inglés. Con la misma parsimonia, sin dejar de masticar, se pierde entre los árboles que flanquean el camino y que descenden hasta el fondo del valle, por el que discurre un riachuelo bastante caudaloso.

Seguimos nuestro camino doblemente concentrados en dónde pisamos y expectantes a que aparezca otro animal. Sobrecogida por la belleza vegetal que nos rodea, recorro la senda que termina en nuestro destino: una poza de unos diez metros de diámetro alrededor de la cual se concentran árboles frondosos, retorcidos en su base, como si les hubiese costado crecer.

Los más valientes avanzamos entre unos grandes bolos de granito para asomarnos a la poza. Y merece la pena. Porque de lejos solo ves una poza, más grande de lo normal y de aguas oscuras, rodeada de árboles; pero al acercarte a la orilla, te encuentras la fuente del ruido ensordecedor

que, desde hace un rato, nos intrigaba: la cascada.

Levanto la mirada y, por entre las copas de los árboles, intento calcular la altura a la que el agua brota de las rocas. Más de treinta metros, nos han dicho. Puede ser; no soy nada buena para las medidas. Impresiona mucho más verlo que pensarlo. El chorro que sale a presión de las rocas se convierte en una cortina de agua que se precipita desde aquella altura minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día. ¿Desde cuándo? ¿Cuántos humanos antes que nosotros habrán contemplado este espectáculo?

Uno de los monitores (menos mal que no ha venido Marcos, pienso con ironía) dice que los que queramos saber la historia del Pozo da Ferida nos acerquemos a él.

—¿Os habéis dado cuenta de que el agua es muy oscura? Cuenta la leyenda, muy antigua claro, que el color del agua del Pozo da Ferida es tan oscuro porque aquí cayó de rodillas una vieja gigante que llevaba un fajo, tan grande que le tapaba los hombros y la espalda, de vegetales cortados, de esos que se usaban antes para echar en las cuadras de los animales para que estuviesen secos y hacer estiércol. Y ya nunca más se volvió a levantar.

—Así que... ¿es mierda? —pregunta un iluminado—. ¿Por eso el agua está marrón?

—Bueno, estiércol —aclarar el monitor.

—¿Y no será que trajeron aquí el hospital de Juana y su hermano?

Escucho mi nombre todavía pensando en lo poco interesante que me resulta esa leyenda, así contada, en comparación con la belleza del lugar. Oigo las risas del grupo, como si estuviese viendo una película, sin comprender que se vuelven a reír de mí. Porque cuando te crees que estás a salvo, es cuando más vulnerable eres. Y el grupo no te protege por más que quieras pasar desapercibida y ser una más. Estás sola, contra todos. Al menos, esa es mi historia.

—Vaaaale. ¡Mira que sois críos, de verdad! —grita el monitor por encima de las últimas risas—. Venga, vamos a comer, anda.

Demasiado cansada y aturdida para contestar, sigo a la manada, en silencio, hasta que U se me acerca.

—No les hagas ni caso —me dice, ofreciéndome su botella de agua—. Es el chiste del día, mañana ni se acordarán. Al menos, el viaje ha valido la pena, ¿no?

Intento aferrarme a esta idea: mientras todos estos idiotas se ríen de mí, yo puedo recordar mi aventura de la Isla de Arena con Marcos y nuestro regreso accidentado en piragua, con final feliz.

—A ver si ahora convences a Marcos de que use camisetas de su talla —U guarda la botella en la mochila y vuelve a ponérsela en la espalda—. Está tan bueno que no sé cómo vas a aguantar hasta que acabe el campamento.

Yo tampoco lo sé, pero si nos pillaran juntos no habría castigo; directamente, nos expulsarían.

No recordaba lo bien que sienta una ducha. La sensación del agua a presión sobre la piel, el olor del gel y el pelo recién lavado. Incluso compartiendo espacio con otras veinte chicas, es uno de los mayores adelantos de nuestra sociedad; estoy completamente segura. La ducha y los enchufes en los lavabos para consultar el móvil mientras te secas el pelo.

Tengo un mensaje de Marcos. Es una imagen que subo a mi blog:

Mirar es una cosa.

Que me mires tú es otro verbo diferente.

Me avisa de que los versos son de Marwan, no suyos, pero lo que me importa es que haya pensando en mí. No he terminado de escribir #marwan, cuando me llega el segundo mensaje:

Estoy en las dunas.

Le contesto:

Voy.

Y acelero mis movimientos.

—¿Qué pasa? —me pregunta U al ver mi cara de felicidad.

—Nada. Una tontería.

U se suelta la toalla de la cabeza y empieza a restregarse el pelo con fuerza.

—¿Todavía no te has dado cuenta? —dice.

—¿De?

—No me lo puedo creer, Pirata. Sabes que lo de Marcos no puede ser, ¿no? Al menos hasta que acabe el campamento.

—No hay nada malo en que paseemos. Eso no está prohibido.

—Podéis pasear todo lo que queráis, claro. Pero sabes que empezarán a hablar.

Sí, ya lo había pensado, pero imagino que es imposible evitarlo.

—¿Qué culpa tengo yo de que la gente hable? No hacemos nada malo.

—Y dale. No es ni malo ni bueno, Pirata. En los campamentos estas cosas pasan. Todos los años hay rumores de quién está por quién. Siempre hay alguien con quien no te llevas y alguno que te sorprende. El año pasado —dice U bajando la voz— una chica se enrolló con dos chicos y, cuando terminó el campamento, con uno de los monitores que vivía en su misma ciudad.

—Caray, debió de batir un récord. No tendría muy buena fama. ¿Está aquí este año? Lo digo para felicitarla.

Termino de atarme las zapatillas de deporte y me miro en el espejo. Preparada.

—Por lo menos ella no hizo daño a ningún amigo mío —suelta U.

—No te entiendo...

—¿De verdad que no lo has notado? MO está loco por ti. Todavía no sé si no te has dado cuenta o te haces la tonta.

Recojo mi teléfono, el cargador y la bolsa de aseo.

—No todas podemos ser tan listas como tú.

Y me marcho de los lavabos sin esperar a que diga nada.

Me dirijo hacia las dunas para encontrarme con Marcos dándole vueltas a lo que ha dicho U. ¿MO por mí? No puede ser. Somos amigos, eso es todo. Me cae bien, como Guille, como U, aunque vaya de líder por la vida.

Atravieso las pistas de baloncesto sin levantar la cabeza para evitar encontrarme con nadie.

La verdad es que no sé por qué al merendero lo llamamos las dunas. Toda la playa está formada por dunas. Nos lo explicaron en la salida de Geología: la playa donde está el albergue está formada por dunas fósiles. Una duna fósil es una duna que no se mueve, porque las dunas se mueven. Yo no lo sabía. También nos aclararon por qué había arena de diferentes colores e incluso qué significaban las marcas que veíamos en la sección de suelo que teníamos delante. «Las dunas se mueven por la fuerza del viento y pueden llegar a sepultar pueblos enteros». Claro que eso pasa en el desierto y no en Galicia. De todas formas, estas dunas teníamos que conservarlas. Por eso la playa está protegida y no hay edificios en primera línea, sino un paisaje más parecido a lo que debió de ser originalmente: una marisma rodeada de un pequeño bosque de pinos donde el Ayuntamiento ha puesto unas mesas de piedra que solo utilizan los domingueros. Seguro que en el Pleistoceno ya había domingueros.

No consigo quitarme de la cabeza lo que ha dicho U. ¿Quién se ha creído ella para dar consejos todo el tiempo?

Miro el reloj del móvil: queda menos de media hora para la cena. Contra lo que siento, le envío otro mensaje a Marcos.

Mejor te veo después de la cena. Estoy con mi hermano.

No es del todo mentira. Necesito tiempo para reflexionar.

La cocinera no estaba inspirada esta tarde, así que la cena consiste en filete empanado con patatas, ensalada de lechuga y una pieza de fruta o yogur natural. Una vez abastecidos, Tomás y Gonzalo se marchan directos a la mesa con sus amigos. Su independencia, las cuatro palabras y los doce encogimientos de hombros con los que me ha obsequiado en la media hora que llevamos juntos me sirven para confirmar que Tomás vuelve a ser Tomás. Todavía tenemos pendiente la conversación sobre lo que sucedió en la Playa de los Cristales, pero, hasta que se demuestre lo contrario, puedo bajar el nivel de alerta al mínimo y destripar la tormenta de sentimientos que me zarandea por dentro.

Sin embargo, la vida en un campamento está llena de imprevistos: Jéssica, la reina de lo impredecible, se dirige hacia mí y, por su actitud (paso decidido, mirada fija y labios fruncidos), diría que está muy cabreada.

—¿Qué has dicho de mí por ahí?

Mi respuesta podría variar según la fecha a la que se refiera, si bien el hecho de tener mis dos manos ocupadas con la bandeja de la cena y de que ella esté plantada frente a mí con sus dos brazos libres me obliga a ser cauta.

—¿De ti? No sé. ¿Yo?

—Mira, deja de hacerte la mosquita muerta conmigo.

Intento recordar algo que haya dicho sobre Jéssica desde mi regreso de la Isla de Arena. Imagino que se referirá a este período, poco más de doce horas, y que el grado de cabreo es directamente proporcional a que acaba de enterarse de lo que sea que yo he dicho.

—¿Te refieres a hoy? ¿Qué he dicho hoy? —pregunto con sinceridad, entre otras cosas porque no puedo dejar la bandeja para defenderme.

—¿Tú eres tonta?

A estas alturas ya hemos captado la atención de todo el comedor, incluidos los monitores. Uno de ellos se acerca para preguntar con ironía si pensamos quedarnos ahí toda la noche y Jéssica agarra una patata de mi plato, me la pone en los labios y dice:

—No, esta, que es idiota y hay que darle de comer aparte.

Rechazo la patata, pero no soy capaz de decir nada. A todas las emociones anteriores, tengo que añadir esta humillación, aunque lo que más rabia me da es no saber lo que he dicho para cabrear tanto a Jéssica. Al menos, si lo supiera, estaría justificado.

Me siento a la mesa donde U y el resto me han guardado un sitio.

—Esta tía es tonta y si hubiera unas olimpiadas de tontas se llevaba todas las medallas.

Intento comerme las patatas, pero están frías y grasientas. Corto un trozo de filete y le quito el empanado: la cocinera tiene la cualidad de quemarlo sin que el calor alcance el interior, que queda crudo. Mastico sin pensar.

—Hoy es la noche de cine —dice U—. Vamos a ir de *Los juegos del hambre*. MO será Gale; Guille, Peeta y yo, Effie Trinket. Tengo muchas ganas de ponerme una peluca rosa. Hemos pensado que tú querrías ir de Katniss. Hay hasta un arco.

Permanezco en silencio, asintiendo a medida que me explican lo divertido que ha sido encontrar la ropa adecuada. Por lo visto, hay una habitación llena de vestidos, trajes, pantalones y accesorios a la que todos los años los monitores añaden uno o dos disfraces de actualidad y, desde que han abierto tiendas de chinos en el pueblo, es más fácil encontrar complementos.

—Mientras no obliguéis a mi hermano a disfrazarse de Prim...

Todos ríen. Así que este es el plan: nos vamos a disfrazar de futuro imperfecto y tendré un arco para mí sola. Suena divertido.



—Bueno, entonces, ¿cuándo empezamos a vestirnos? —digo mientras rebaño mi yogur—. No quiero llegar tarde.

Cincuenta y pocos minutos después, todos son carreras y ajustes de última hora. La peluca rosa le queda genial a U; lo más difícil para ella es caminar sobre los diez centímetros de plataforma de los zapatos blancos, a juego con el pantalón y la torera que ha elegido. Debajo, una camisa morada con chorreras. Yo tengo que reconocer que me siento poderosa disfrazada de Katniss y se me ocurre algún que otro uso para el arco y las flechas. Los disfraces de los chicos son más sencillos, más cutres, pero hoy no hay sitio para la vergüenza, así que salimos de la habitación y avanzamos por el pasillo interpretando nuestros personajes. Con un gesto marcial, saludo a Indiana Jones, supongo. ¿Qué otro personaje puede ser un tipo que lleva sombrero y látigo? A la entrada del comedor, Darth Vader lidera a un grupo de soldados de *La guerra de las galaxias*, los que son blancos y negros, que nos impiden el paso. Mis falsos Gale y Peeta me defienden de ellos, pero es Effie, en equilibrio sobre sus plataformas, quien consigue que nos dejen pasar.

El comedor ya no es el comedor. Alguien, imagino que los monitores, ha pegado todas las mesas a las paredes, las ha cubierto con manteles de colores y ha dispuesto sobre ellos montones de platos con patatas, ¡gusanitos!, cortezas, nubes, golosinas y casi todo lo que puedes encontrar en una tienda de *chuches*, junto a grandes jarras repletas de limonada, sangría sin alcohol y botellas de refrescos de dos litros.

A primera vista, reconozco a Minnie Mouse, Lara Croft... y, muy cerca, veo a mi hermano y a Gonzalo. Tomás lleva solo un pantalón corto y se ha pintado todo el cuerpo de azul. Podría ser algo relacionado con *Avatar*. Sin embargo, no recuerdo a ningún personaje calvo, y él lleva una calva postiza, y anda encorvado. A su lado está Gonzalo, con unas orejas puntiagudas, un chaleco de piel y una especie de zurrón.

—Tú podrías pasar por un elfo de *El señor de los anillos*, ¿pero tú?

Mi hermano mueve el torso como si tuviese algún problema en la columna y me contesta con voz grave:

—Mi tesooooooooooooo...

—¿Gollum? Pero si parece que te has escapado de *Avatar*.

Gonzalo se ríe.

—Ya le dije yo que no se pintara de azul. Que era más tirando a gris.

—Si tú parecieras un *hobbit* y no un elfo —le corrige Tomás—, sería más fácil reconocermé a mí.

—¿Frodo? —pregunto señalando a Gonzalo—. ¿De verdad?

U, alias Effie, llega escoltada por MO, alias Gale, y saluda con el desparpajo de su personaje:

—Vaya, veo que alguien está buscando su tesooooooooooooo.

Mi hermano me mira con cierto ramalazo de victoria y deja el vaso sobre la mesa, antes de hacer ese movimiento con la espalda y la cabeza que ha debido de estar practicando toda la tarde. Todos dicen a la vez «mi tesooooooooooooo» con, increíblemente, el mismo número de «ooooooooos».

El grupo de Jéssica se ha disfrazado de personajes de *Harry Potter*. No puedo evitar pensar que han elegido muy bien. Las togas, las corbatas y las chaquetas las hacen parecer lo que son: un grupo de empollonas que estudian en una escuela elitista.

Los Mastuerzos, vestidos con mallas de diferentes colores, a juego con el gorro que llevan, bailan estrambóticamente a su lado.

—Los siete enanitos odian a Harry Potter —asegura MO.

Guille tarda menos de un segundo en decir:

—Son cinco.

Observo que mi hermano esquiva la mirada de uno de los que van disfrazados de enanitos, creo que se llama Roberto, y le pregunto si es el de la Playa de los Cristales. Sorprendido, no sabe qué contestar; pero la reacción de Gonzalo, alias Frodo, me lo confirma.

Así que, como me había imaginado, el chico con el que se peleó mi hermano es uno de los Mastuerzos.

—¿Y tú qué sabes de la Playa de los Cristales? —me pregunta.

—¿Yo? Nada. ¿Qué tengo que saber?

Tomás no se siente cómodo, y lo entiendo: no es el momento para hablar de aquello, así que cambio de tema.

—¿Qué pasaría si mezclásemos algunas películas?

MO es el primero en lanzarse a montar una historia con Harry Potter y los siete enanitos, inspirada en el baile que estamos viendo: el enanito rechoncho cortejando a Jéssica.

«¿Y Marcos?», pienso. No me ha dicho de qué iba a disfrazarse. Podría ser el borde de Darth Vader, aquella momia, que debe de haber dejado sin papel higiénico a medio campamento, o el Shrek verde menta que devora gusanitos en la otra punta de la sala. Podría estar dentro de aquella vaca bípeda o ir de Iron Man. Aunque el único que tiene cierto parecido físico con él es el chico con la cara pintada de blanco, grandes ojeras y los pelos electrificados. Viste un pantalón negro de cuero con tirantes y una camisa blanca. De sus manos, de ambas, salen unas láminas de papel de aluminio que recuerdan a cuchillas más que a dedos.

El chico está hablando con un supervillano, que no es otro que Óscar con la perilla recortada y embutido dentro de un *body* completo negro, de manga larga, que luce una S enorme en el pecho.

—La verdad es que Óscar está más fuerte de lo que me había imaginado —le susurro con maldad a U.

—Sí, le queda bien el disfraz de Síndrome.

—¿De qué película es?

—Es el *supermalo* de *Los increíbles*.

Recuerdo el personaje. Óscar, igual que el supervillano, se ha cardado el pelo y, aunque no se lo ha teñido de naranja, el parecido es más que razonable, sobre todo por la barriga. Un punto a su favor, y una muestra de que tiene sentido del humor.

—Todos los años los monitores eligen un disfraz en grupo, pero hay uno que no se ha enterado. Adivina quién —dice U.

Repartidos por el comedor, están todos los monitores del campamento caracterizados como los personajes de *Los increíbles*. Desde el tipo que hace hielo, Frozono, hasta Edna Moda, la que les hacía los disfraces, una pequeña refunfuñona con enormes gafas circulares, el disfraz más gracioso y agradecido. ¿Y Marcos? Ya no me cabe ninguna duda: tiene que ser el chico con la cara blanca, con el pelo tieso de laca y dedos largos y finos de papel de aluminio.

—¿De qué va disfrazado? —pregunto.

—Ni idea. Toma, échale esto a nuestra jarra —sugiere MO.

Guille esconde rápidamente la botella pequeña que le ofrece MO en un bolsillo.

—¿Qué haces?

No me ha dado tiempo a ver la botellita, pero, por la cara de susto de Guille y de U, tiene que ser algo de alcohol. El alcohol, igual que las relaciones entre nosotros y los monitores, está prohibido en el campamento.

—¿Por qué te crees que están tan contentos los enanitos?

Observo al grupo en cuestión, ahora en un extremo del comedor, bailando a su aire.

—Ellos pueden hacer lo que quieran, tío, pero yo paso —contesta Guille—. No quiero que me echen.

—¿Alguna vez has visto que expulsen a alguien? Por lo menos devuélveme la botella; que la he comprado yo.

U también se pone en contra de MO. Estoy de acuerdo con ella. Dice que podría meterse en un lío por tener alcohol y podría meternos en un lío a nosotros si piensan que somos sus compinches. A lo mejor no llegan a expulsarnos, pero hay muchos baños que limpiar, pienso yo, lo que me recuerda que ese es precisamente el castigo que estoy cumpliendo por haberme escapado.

—¿Compinches? ¿Pero tú de qué película sales?

U no dice nada. Mira a MO de arriba abajo, ahora sí con la distancia de una Effie a un Peeta auténticos. Una mirada que solo por la envergadura de U ya habría resultado intimidatoria, y que se multiplica por dos debido a los zapatos de plataforma.

—Mira que sois falsos —dice MO, y se abalanza sobre Guille para recuperar su botella.

Luego la sostiene descaradamente, como si quisiera que algún monitor le descubriese con aquellos cincuenta mililitros de whisky, y tras dedicarnos una mirada algo estrábica se une al grupo de los siete enanitos, que no son siete, y que le reciben con vítores y un brindis de sus vasos de plástico.

Media hora después, el silencio de las dunas me parece el mayor tesooooooro al que puedo aspirar.

No entiendo por qué la gente hace la mitad de las cosas, entre ellas, por qué beben. ¿Para desinhibirse? Lo he probado alguna vez, con los del instituto en el parque, pero no me gusta su sabor y, mucho menos, cuando empiezas a no controlar. La primera sensación de euforia está bien, si se quedara ahí, pero no te quedas ahí, sigues bebiendo hasta que comienzas a hacer cosas que normalmente no harías. La mayoría, idioteces de las que te arrepientes al día siguiente.

—Caminante, no hay camino... —la voz de Marcos me avisa de su llegada.

—... Se hace camino al andar.

Durante el día, me ha estado enviando mensajes con versos de Antonio Machado. Este es el más conocido, por lo menos el que a mí me sonaba. Marcos aparece disfrazado de... todavía no sé de qué.

—Punto número uno —le digo en broma—, lo de «caminante, no hay camino, se hace camino al andar» no tiene sentido.

Marcos sonríe como cuando estábamos en la Isla de Arena y, sobreactuando, contesta:

—Bella heroína del siglo XXI —puede que se refiera a mi disfraz, pero también a mí; me siento halagada—, obviamente tu cerebro ha sido lavado por el Capitolio para que no puedas apreciar la simple belleza de las palabras...

—Marcos...

—Eduardo, por favor, soy Eduardo Manostijeras —y mueve sus dedos-tijera (ahora entiendo el aluminio) delante de su cara pintada de blanco, donde pueden distinguirse varias cicatrices de maquillaje.

—Así que de eso te has disfrazado, de Eduardo Manostijeras. Mientras el resto de los monitores se ha disfrazado de *Los increíbles*, tú de Eduardo Manostijeras. ¿Quién es Eduardo Manostijeras?

—¿No me digas que no lo sabes?

—Pues no, no caigo.

Mi respuesta provoca una gran carcajada en Marcos. Reconozco que su disfraz le da un aire todavía más romántico y que su forma de reír me desarma, pero no puedo ceder tan fácilmente. Aunque me encante.

—Vete a la...

Marcos pone una de sus manos llena de dedos de aluminio delante de mi boca.

—Qué pensaría Tim Burton, Katniss.

—¿Tim Burton? ¡Ah, vale!, ya sé qué película es. La del tío raro ese.

—¿Te refieres a Tim Burton o a Eduardo Manostijeras? —dice con ironía—. Volviendo con Antonio Machado, no me gustaría que...

—¿No me irás a dar una clase de Literatura? —le interrumpo.

Marcos hace un mohín con sus labios y finge estar avergonzado.

—¿No te gustaría escucharme?

Se me ocurren varias respuestas, pero ninguna que pueda pronunciar en voz alta. Además, tengo que reconocer que la situación no deja de tener su gracia: Eduardo Manostijeras me quiere explicar la poesía de Machado. Apoyo los codos sobre la mesa y, como si este gesto significara que el *show* puede comenzar, Eduardo Manostijeras se sube a la mesa contigua.

—«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar» significa que no hay un plan establecido, por mucho que nos empeñemos en planificar nuestras vidas: tenemos que vivirlas y, al vivirlas, es cuando de verdad hacemos el camino.

—Así que da igual lo que hagamos.

—No, todo lo contrario: cada cosa que hacemos cuenta. Por ejemplo, yo este año empiezo la universidad, pero todavía no sé en qué facultad. ¿Es tan importante? Si no me gusta, el año que viene puedo probar otra carrera. Tengo un millón de posibilidades.

—Tú escribes; harás Periodismo.

—¿Por...? Machado estudió Filosofía y Letras y fue profesor en Soria, de ahí que uno de sus libros más conocidos se titule *Campos de Castilla*. ¿Lo ves?

—¿El qué? ¿Que hacían falta profesores en Soria?

Marcos se echa a reír.

—Es lo mismo que hacemos ahora, solo que creemos que, si hacemos esto o lo otro, nos estamos cerrando todos los caminos; pero no hay camino. Al revés, estamos creándonos: se hace camino al andar. Un amigo mío, que te presentaré cuando volvamos a C, estudió Informática; luego montó una tienda de videojuegos que ahora ha convertido en una pequeña sala de ensayo donde graba maquetas de grupos de música que están empezando. Y le encanta.

No sé muy bien qué decirle. No tengo experiencia en debates contra Eduardo Manostijeras poseído por la verborrea. Decido que lo más inteligente es dejarle terminar. Se pone tan mono.

—Laura, la chica de la que ya te he hablado —hubiera preferido no escuchar esta parte—, siempre ha soñado con ser bailarina. Y lucha por ello todos los días: está haciendo su camino. No se conforma con sentarse a un lado y ver pasar al resto. Pero eso no significa que vaya a conseguirlo, claro.

Laura, de nuevo aquel nombre. Cada vez que lo pronuncia me hace sentir incómoda, sobre todo por los signos de admiración con los que lo acompaña: ¡¡¡Laura!!!

—¿Y crees que yo sí? ¿Es eso lo que dices? —pregunto—. Solo faltaba...

—No —dice soltando otra carcajada de las tuyas—, para nada. Tú peleas lo que hace falta y más. Mira cómo has solucionado lo de tu hermano; para ti es natural. Me estaba refiriendo a mí, cuando soy Marcos, claro. Creo que me falta ambición.

No sé si reírme o insultarle.

—Yo no soy ambiciosa.

—Sí lo eres. Ser ambiciosa no es malo. Ser ambicioso es desear algo, tener un objetivo y estar dispuesto a sacrificarte por ello.

El que habla es Eduardo Manostijeras subido a una mesa de granito, en el medio de un bosque de pinos que han echado raíces en unas dunas fósiles que formaron una playa donde, miles de años después, han construido un albergue que, durante este verano, es el centro de operaciones de un campamento para cien adolescentes. Parpadeo por si todo fuera un sueño. Al abrir los ojos, Eduardo Manostijeras sigue allí.

—Me gusta escribir, eso es verdad, pero creo que los escritores son un poco egocéntricos. No dejan de mirarse el ombligo y decir lo importantes que son. ¿Para qué va a perder alguien el tiempo leyendo lo que yo escribo?

—A mí me gusta.

—Entonces, ya soy escritor, ¿no?

Vuelve a hacerme reír; como siga así, mañana voy a tener agujetas. Se sienta a mi lado, nuestros cuerpos muy cerca el uno del otro.

—Algún día me gustaría leer un libro escrito por ti, aunque...

Marcos se gira hacia mí y nuestras caras casi se tocan, compartiendo respiración.

—Aunque... ¿qué? —pregunta.

—¿Tiene que ser poesía? ¿No podría ser una novela?

—Pero serás...

Marcos intenta hacerme cosquillas, pero sus cuchillas de cartón forradas de papel de aluminio no son lo suficientemente duras y alguna amenaza con romperse. De pronto, nuestras bocas están tan cerca que es inevitable que empecemos a besarnos. No sé si soy yo o él quien se detiene primero.

—Esto no puede pasar —digo.

Marcos se levanta y termina de ajustarse las falsas tijeras.

—Tienes razón, perdona. Es la última vez. Incluso deberíamos...

—... deberíamos intentar no vernos a solas. Van a decir que...

—... que estamos liados.

—Y te despedirán.

—No es por eso, Pirata. No sería tan grave —su alegría ha desaparecido por completo—. Pero es mejor esperar a que el campamento acabe.

—Vale. Entonces...

—Entonces...

Marcos alarga uno de sus brazos y acaricia, con la punta de sus manostijeras, mi mejilla. Busco su pecho y nos abrazamos con toda la fuerza con la que pueden hacerlo dos personas cuando una de ellas, en lugar de manos, tiene tijeras y la otra va disfrazada de heroína *distópica*.

Antes de regresar a mi cuarto, decido pasear sola por la playa. Son cerca de las dos de la madrugada y la temperatura ha bajado mucho, pero siempre me ha tranquilizado el olor del mar. Incluso en C, cuando las cosas no iban bien, solía salir al paseo marítimo para aclarar mis ideas. Y prefería hacerlo sola.

Recorro el camino de madera que bordea la playa, en sentido contrario a la noche de mi excursión con Marcos. La única zona iluminada a estas horas es una explanada donde hay varios bancos de madera y he pensado que sería un lugar tranquilo: lo mismo que las parejas que, cada una a lo suyo, se resisten a decirse adiós. No queda ningún banco libre, así que me desvío campo a través hacia unos chalets con forma de ovnis que se ven desde la playa.

Asciendo la ladera hasta que un muro me impide seguir avanzando, me siento con la espalda apoyada contra la piedra y, sin más protocolo, me pongo a llorar.

Lloro porque Marcos y yo no podemos hacer lo mismo que esas parejas. Lloro porque hay gente que bebe para ser de otra forma. Lloro porque mi hermano no volverá a desayunar un domingo con sus padres. Lloro porque mi madre nunca sabrá que me he enamorado de un chico que quiere ser escritor. Lloro porque no entiendo por qué me tiene que pasar esto a mí. Y, mientras lloro, me pregunto por qué todos los demás tienen una vida normal y a mí me ha tocado esta. ¿Acaso he cometido algún error? ¿He hecho algo por lo que merezco este castigo?

Cuando se me acaban las lágrimas, me levanto y regreso a mi habitación.

Intento subir a mi litera sin despertar a la Chica Emo y a U.

—¿Pero qué hora es? —pregunta U sentándose en la cama.

Todavía lleva puesta la peluca.

—Casi las tres.

—¿Las tres? —U bosteza y saca la lengua, una lengua muy larga.

—Tía, qué asco. No hagas eso, pareces un reptil.

—¡Chsss!, vas a despertar a la Chica Emo. Y ha dicho que no lo hagamos hasta que resucitemos a Kurt Cobain.

—Lo difícil sería poder dormir con dos cotorras como vosotras —dice la Chica Emo volviéndose hacia la pared.

U se lleva el índice a la sien para indicarme con un gesto que está loca y le pido que pare. En el fondo, la Chica Emo me da pena. No se lleva con nosotras, pero tampoco la hemos visto con nadie más. La teoría de Guille es que es una adoradora de algún rito secreto y se dedica, en solitario, a planificar el advenimiento de un ser diabólico, en forma de cantante cansino y drogadicto, que la corone a ella como reina del nuevo orden. Todo porque lleva las uñas pintadas de negro y la única vez que se ha dirigido a nosotras fue para preguntarnos si habíamos visto su camiseta de Kurt Cobain.

U hace una mueca que puede significar que soy muy graciosa o que no soy nada graciosa.

—¿Dónde estabas?

Es una buena pregunta que no quiero contestar.

—Mirando el mar.

—¿Sola?

—Sí.

U me ayuda a quitarme el carcaj del disfraz de Katniss y lo dejamos a los pies de la cama.

—¿Has vuelto a ver a MO?

Me sorprende que U me pregunte por él después del numerito en el comedor. De repente, su insistencia en mi vida amorosa cobra sentido: siempre ha querido saber si, además de Marcos, me



gustaba MO; si podía pasar algo entre nosotros.

—¿No puede ser! ¿Te gusta?

—A él le gustas tú, que es lo que importa —dice.

Así que U está por MO. Me siento a su lado en la litera inferior e intento tranquilizarla.

—No es mi tipo, te lo garantizo.

Y por lo que conozco a U, yo nunca habría pensado que pudiera ser el suyo. Siempre anda fijándose en los cuerpos más llamativos y precisamente MO no pertenece a ese grupo.

—Estoy preocupada: se fue con los enanitos y no le hemos vuelto a ver.

—Yo estuve con Marcos. Teníamos que aclarar algunas cosas, pero ya está: se acabó hasta después del campamento.

—¿Estás bien? —ahora es U quien intenta tranquilizarme—. En general, todos los chicos son unos gilipollas; pero si te quieres enrollar con MO, me da igual. Eso es lo que quería decirte.

—Te repito que no es mi tipo. Además, no tenía ni idea de que te gustaba. Así que ahora menos. Yo nunca haría eso —me meto un par de dedos en la boca como si intentara hacerme vomitar.

—¿Queréis callaros? —protesta la Chica Emo.

U y yo intentamos hablar en voz baja.

—¿No te habías dado cuenta de lo de MO?

Niego con un gesto de cabeza.

—Tía, estás en la parra —replica—. ¿Recuerdas lo que te conté de la que se enrolló con dos chicos en el mismo campamento?

—¿Fuieste tú? —digo sin poder aguantarme la risa.

U me mete la peluca en la boca para que me calle. Es como lamer un estropajo.

—No, ella.

—¿La Chica Emo? —pregunto incrédula.

—¿Estás borracha? —salta la aludida desde la cama vecina.

—No bebe; eso es lo peor —me defiende U—. No se lo tengas en cuenta: en su barrio no hay colegio de integración.

—Fue Jéssica, Juana —deletrea la Chica Emo—. Jéssica fue quien se enrolló con los dos chicos y con el monitor. Lo sabe todo el mundo.

Todo el mundo, incluida la Chica Emo, excepto yo.

—Siento que crea que has sido tú quien lo ha contado —se disculpa U—. Por eso estaba cabreada en la comida.

—Me da igual. Ya tiene dos trabajos.

—Gracias.

—Por nada.

—¿Podemos dormir?

A la mañana siguiente, cuando el monitor de turno me despierta, pienso que será imposible moverme de la cama sin la ayuda de varias grúas gigantes. Me doy la vuelta para tomarme cinco minutos de propina y media hora después tengo que saltar de la litera, recoger todo lo que necesitaré en el baño y dirigirme a las duchas.

Creo que U tiene todavía peor cara que yo. Nos saludamos con un gesto de cabeza y ninguna emite palabra alguna hasta que llegamos al comedor.

—Café con leche.

El comedor, que ha recuperado su configuración original, parece el plató de una película de zombis sin necesidad de que nadie vaya disfrazado. Excepto el clan de los enanitos, que siguen alegres y chillones, los demás caminamos en silencio buscando el lugar libre más cercano donde depositar la bandeja.

Guille se sienta a mi lado. Huele a limpio y parece fresco, pero comete el error de dirigirse a nosotras con un volumen superior al que podemos soportar.

—¡Buenos días, reinas! Veo que hemos llegado al bache del final del campamento.

Las dos le miramos por encima de nuestros tazones. Guille siempre tiene una explicación para todo y, por lo visto, más batería que el resto.

—Cállate, gusano —dice U, intentando ser amable.

Guille la ignora y sigue comportándose como si fuese un día más. Primero, abre el envase de un sobao, luego mete el sobao en su tazón y espera a que esté completamente empapado de café. Después, abre otro sobao y vuelve a meterlo en su tazón y vuelve a esperar. Así hasta cinco, que es el número máximo de sobaos que admite su tazón, según hemos comprobado a lo largo del campamento. Después, con su cuchara, destroza la masa empapada de café y, cuando aquello parece una papilla repulsiva, se lleva una porción a la boca. Lo mismo que ha hecho todas las mañanas, pero hoy nos resulta insoportable.

Que Guille tenga una explicación para todo no quiere decir que tenga razón, pero en general nos divierte escucharle e, incluso, llevarle la contraria solo por fastidiarle y porque no se da cuenta de que lo estamos haciendo solo por eso: por llevarle la contraria. Sin embargo, esta mañana no tenemos fuerzas para nada, ni siquiera para rebatir su teoría de que la última semana de un campamento es la más dura físicamente. Según él, al cansancio del campamento hay que sumarle que todas las noches habrá una fiesta ensayo de despedida hasta la verdadera fiesta de despedida, la primera de las cuales ha sido la fiesta de disfraces de la noche anterior. Eso, unido al componente psicológico de que el campamento termina el próximo domingo. Y hoy es lunes. El peor día de la semana.

Mientras Guille habla, U se lleva varias veces el dedo índice a la sien. La primera, para hacer como que se afloja un tornillo, igual que hizo anoche con la Chica Emo; la segunda, para dispararse, y la tercera, utiliza los dos dedos índices para presionar su cabeza, como si accionara un resorte que la obliga a sacar la lengua repleta de galleta en pleno proceso de masticado.

—Qué asco, ¡para! —dice Guille, que es tan sensible como cualquiera ante las cerdadas de primera hora de la mañana.

—Pues cállate —contesta U con la boca vacía.

—¿Y MO? —me atrevo a preguntarle.

—Intenté levantarlo por todos los medios imaginables —contesta Guille—, pero ha sido imposible completar la misión. Creo que a su cansancio físico y miedo psicológico a la finalización del campamento hay que sumar la resaca.

—Pues a esos no parece afectarlos —digo señalando con la cabeza a los Mastuerzos, alguno de

los cuales todavía lleva el disfraz de enanito.

—Creo que esos no se han acostado. Ahí...

La frase de Gille queda en el aire, por lo que deduzco que alguien extraño se acerca por mi espalda. Es Marcos, también recién duchado, pero con más ojeras de lo habitual.

—Hola, chicos. Óscar me ha encargado que baje a comprar al pueblo y me ha dicho que elija a un grupo para que me ayude. ¿Os apetece?

Guille me mira y yo miro a U. Esta arruga la nariz y dice:

—¿Y perderme las clases de *windsurf*, con lo que me gustan? Vale.

Creo que Marcos no entiende la broma, pero aun así sonríe con nosotros y dice:

—¿Falta uno, no?

—Sí, MO ha tenido que ir al baño; ahora se lo decimos —reacciona Guille.

—OK, os espero en quince minutos en el aparcamiento.

—Genial —decimos todos a la vez.

Todos los días, poco después de que nos despierten, un monitor revisa las habitaciones para comprobar que nadie sigue en la cama. Si hace falta, te agarra de la oreja y te lleva a la ducha. Ya no recuerdan que ellos también fueron adolescentes y deseaban estar en cualquier sitio, excepto en el que se les decía que debían estar. Contra nuestra naturaleza, cumplimos con el horario establecido y omitimos los gritos de nuestras hormonas. Incluso los más responsables intentamos que nuestros amigos no se metan en más líos de los necesarios. Como MO esta mañana.

—¿Alguien sabe dónde puede estar? —pregunto mientras avanzamos por el pasillo, camino de su habitación.

—¿En la cama?

La pregunta-respuesta de Guille parece la más evidente, pero por eso mismo no nos parece factible.

Corremos hasta su habitación y comprobamos que:

1) MO no está en la cama.

2) Su bolsa de aseo no está en la habitación.

Así que la siguiente parte tiene que llevarla a cabo Guille en solitario: buscar en los lavabos de los chicos.

Guille sale, solo, y tira la toalla, metafóricamente hablando:

—Que le den. Paso de seguir corriendo arriba y abajo porque este se agarrase una curda ayer.

Ya es mayorcito.

—Vaya amigo —dice U—. Si tú estuvieras en su lugar, ¿crees que él haría lo mismo?

—¿Has visto alguna vez correr a MO?

Lo cierto es que ninguno lo hemos visto.

—No nos pongamos histéricos. ¿Has mirado bien?

—Pirata, no creo que esté escondido en un váter...

Guille no llega a terminar la frase y vuelve a desaparecer en el interior de los aseos. El grito que escuchamos menos de cinco segundos después nos hace seguirle.

—¡Serás guarro!

Aquel grito nos previene de una escena bastante más truculenta de lo que nos encontramos: MO se ha quedado dormido, completamente vestido, sentado en un retrete que, la verdad, no está limpio; pero mi castigo no empieza hasta esta tarde. Por lo menos, la tapa está cerrada.

Al ser zarandeado, MO emite unos pequeños gruñidos. Todavía lleva la camiseta de la noche anterior y no ha pasado por la ducha.

—Hueles fatal, tronco —Guille se gira hacia nosotras para que entendamos el plan—, pero nada que no cure la diosa ducha.

Entre los tres cargamos a MO y lo dejamos bajo una de las duchas. Guille abre los grifos de agua caliente y fría y observamos cómo, al principio, MO levanta la cabeza hacia el agua como si le agradara. Imagino que cree estar soñando encontrarse bajo la lluvia. De pronto, se levanta como un resorte y, con una cara de pánico que no olvidaré en mucho tiempo, intenta averiguar dónde se encuentra. Cuando nos reconoce, allí parados, muriéndonos de risa y completamente secos, nos insulta.

—No hay tiempo de cumplidos, *sweet heart* —le interrumpe Guille tirándole una toalla—. Marcos nos espera en menos de tres minutos en el aparcamiento.

Marcos no se muestra sorprendido ni lo más mínimo cuando U, Guille, el empapado MO y yo llegamos al aparcamiento. Sin decir una palabra, nos metemos en un coche que, por las abolladuras de la carrocería, los desconchados en la pintura y la arena que hay en su interior, debía de estar ya en el campamento cuando las dunas que forman la playa todavía no eran fósiles. Para mi sorpresa, Marcos acciona el contacto y el coche arranca a la primera. U no puede evitar exclamar: «¡Funciona!». Todos, incluido Marcos, nos sentimos aliviados. MO se acomoda en la parte de atrás y pide que lo despertemos cuando hayamos llegado.

—¿Qué le pasa a este? —pregunta Marcos mientras cambia de marcha.

—Dolor de cabeza, falta de sueño y boca reseca. Irascibilidad moderada y algunos otros síntomas comunes de la resaca —enuncia Guille.

Marcos disminuye el volumen de la música y me fijo en que todos los mandos, incluso los del aire acondicionado, son mecánicos. El elevavinas es una manivela; no un botón eléctrico: este coche es anterior a la creación del universo tal y como lo conocemos.

—Me gusta esta canción —dice U.

Guille y ella empiezan a canturrear en el asiento de atrás del Coche Dinosaurio. La letra de la canción consiste en una sola frase, la misma, una y otra vez. El rapero también debía de tener resaca el día que la compuso, pero nos da igual que esa canción no vaya a ganar ningún premio a la originalidad y nos dedicamos a marcar las vocales de la frase, sobre todo las de la palabrota en inglés. Marcos no dice nada. Parece divertirse la situación: llevar un tipo grogui y empapado en el asiento trasero junto a tres adolescentes gritando «Bitch» con las ventanillas bajadas por una carretera secundaria de la Galicia profunda.

Y de este momento de felicidad inesperada, al pánico absoluto. En solo unos segundos.

Un tramo de curvas y luego el azul. Un claro entre las copas de los árboles y, en el horizonte, el mar. La siguiente curva no tiene quitamiedos y los árboles, recién talados, esperan colina abajo, tirados como cadáveres. Y en la próxima. Y en la siguiente. A medida que seguimos subiendo, todas las laderas presentan el mismo aspecto desolador y yo me imagino cómo el Coche Dinosaurio se sale de la carretera y, al no haber ningún obstáculo que lo detenga, rodamos ladera abajo y, con toda probabilidad, morimos. Desaparecemos.

—¿Y Tomás? —Marcos vuelve a bajar la música para que hablemos sin gritar—. ¿Has hablado con él?

—Sí, ¿por?

—Le está quedando muy chulo el acuario. Creo que te va a gustar.

Repaso mentalmente mis momentos más recientes con Tomás. Hemos jugado a algún videojuego que no entiendo, he dejado que me mate una plaga de zombis y explorado una ciudad donde puedes hacer todo lo que se te ocurra, casi todo malo. Sin embargo, no hemos hablado de acuarios.

—Yo lo veo más tranquilo, pero quería saber tu opinión —apunta Marcos.

—Yo nunca sé lo que está pensando.

—Hermanos pequeños —dice U.

No sabía que U tuviese hermanos.

—¿Tienes?

—Dos, pero les tocó otro campamento. Mejor.

—Hay estudios científicos —arranca a contar Guille— que demuestran las dificultades de comunicación entre hermanos con más de tres años de diferencia de edad. La Universidad de Princeton...

Asiento en los momentos oportunos y me río cuando U y Marcos lo hacen, pero no puedo quitar de mi cabeza la idea de que en cualquier momento el coche va a salirse de la carretera. Estoy tan segura de ello que estoy a punto de abrir la puerta y saltar. Respiro hondo varias veces y miro cómo pasan los minutos en el reloj del Coche Dinosaurio, el único elemento digital del salpicadero.

Diez minutos después, sanos y salvos, hemos descendido de nuevo al nivel del mar y entramos en el pueblo. Marcos debe de conocer el camino, al menos, no parece dudar en ningún momento y nos lleva directos al aparcamiento del supermercado.

Al bajarme, estoy tan agradecida de seguir viva y entera que abrazo a U.

—¿Y esto? —me pregunta.

Al más puro estilo de mi hermano, me encojo de hombros.

Marcos sugiere que dejemos a MO durmiendo dentro del coche y que, después de hacer la compra, lo llevemos a tomar un café.

—Yo tengo que hacer una cosa —digo alejándome del grupo.

Todos me miran sin entender, incluido Marcos.

—¿No irás a desaparecer tú también?

La parte histórica del pueblo, que no está a más de cinco minutos andando del supermercado, es toda peatonal y está salpicada de pequeñas tiendas. Entro en una pastelería y me compro un milhojas de merengue. No soy golosa, pero de repente me han entrado ganas de dulce.

Me siento a comérmelo en una plaza donde hay un improvisado mercadillo y me dejo llevar por el bullicio y el sol, que empieza a calentar. Intento no pensar en nada, con escaso éxito. A mi cabeza vuelve una y otra vez la imagen del Coche Dinosaurio dando vueltas terraplén abajo. Sé que este pensamiento no es real porque en él yo soy la única persona que va dentro del coche. Al menos, sé que no estoy volviéndome loca: puedo distinguir lo que es real de lo que no. Cierro los ojos y trato de concentrarme en el sabor del pastel.

Cuando llevo la mitad, no quiero más y tengo mucha sed. Compró una botella de litro y medio de agua y pongo rumbo a, según el buscador de Internet, la biblioteca del pueblo. Sin embargo, al llegar a la dirección indicada me encuentro con un bloque de pisos normal y corriente, no con una biblioteca. Compruebo mi ubicación en el móvil y le pregunto a un hombre que sale del portal si estoy donde el móvil dice que estoy.

—Sí, aquí es.

—Pero esto no es una biblioteca —digo señalando mi móvil.

—No, la biblioteca está en la plaza del Ayuntamiento —me contesta, como si fuera estúpido pensar lo contrario.

—¿Está muy lejos?

Esta vez sin hacer caso del móvil, porque tengo miedo de que la batería se muera en cualquier momento, me arriesgo a seguir las instrucciones del hombre y llego de nuevo, irónicamente, a la plaza donde me he comido el milhojas y que resulta ser la plaza del Ayuntamiento. A la izquierda, según miras el reloj de la iglesia, tal y como me ha indicado el hombre, como si hablase con una niña pequeña o con algún problema de comprensión, está la biblioteca.

Miro la hora en mi teléfono: me quedan poco más de treinta minutos para consumir la hora que Marcos me ha concedido.

En el *hall* de la biblioteca hay una pequeña mesa de despacho donde una mujer conversa con un hombre. Espero a que me presten atención y le pregunto a la mujer (por su actitud deduzco que ella es la bibliotecaria) qué hay que hacer para sacar un libro en préstamo.

—¿Traes el carné? —me pregunta en un tono muy amable.

—¿De la biblioteca?

—No, de la biblioteca ya sé que no —dice sin perder ni una pizca de su amabilidad—. El carné de identidad. ¿Te han dicho que tenemos un acuerdo con el campamento?

Le contesto que sí y le entrego mi carné. No me sorprende que suponga que soy del campamento: no deben de venir muchos turistas a sacar libros. Mientras tecléa algo en el ordenador, el hombre que estaba hablando con la bibliotecaria me pregunta:

—¿Juana?

—Sí, soy yo —contesto, sorprendida de que alguien me llame por mi nombre.

El hombre extiende la mano y me la estrecha sin fuerza.

—Soy el médico, ¿no me recuerdas?

Ojos azules superclaros, respiración entre frase y frase como si estuviese a punto de morir asfixiado... Sin duda es él. Me disculpo por no haberle reconocido y él, restándole importancia, me pregunta si ya me encuentro bien. Asiento, sin mucho interés en continuar la conversación, y aunque el médico parece querer seguir hablando conmigo, me despido con la excusa, cierta, de que tengo que regresar en menos de treinta minutos con mis compañeros.

El libro que busco está junto al resto de la trilogía de *Los juegos del hambre*. Por cómo están dobladas las esquinas inferiores, deduzco que han sido prestados muchas veces. Y yo todavía no me he terminado el primero, pienso con algo de rabia mientras tomo el segundo volumen y me dirijo al mostrador.

Al ver el libro que quiero llevarme, la bibliotecaria insiste en que puedo llevarme prestados hasta tres libros a la vez, así que vuelvo a por la tercera parte, *Sinsajo*, y rezo por que la velocidad de lectura de U sea muy superior a la mía.

La bibliotecaria, con la misma amabilidad que en las frases anteriores, me informa de que tengo quince días para devolverlos. Lo que ella no sabe, mejor así, es que quedan seis días de campamento. A cuatrocientas páginas cada libro, son más de cien páginas por día. «Imposible», pienso.

—Espero que te gusten —me dice la bibliotecaria a modo de despedida.

Metó los libros en la mochila, le doy las gracias y, devolviéndoles la sonrisa, me dirijo a la salida sin dar opción a que el médico pueda hacerme más preguntas.

Llego al aparcamiento del supermercado cinco minutos antes de que sea la hora a la que hemos quedado, pero el Coche Dinosaurio no está. No es fácil pasar por alto un coche como ese; aun así, vuelvo a revisar todo el aparcamiento.

Ni rastro del coche, ni de Marcos, ni de ninguno de estos.

Estoy sola.

Son las doce menos cinco del mediodía de un lunes de agosto y he sido abandonada en el aparcamiento de un supermercado por el chico que me gusta y tres de mis compañeros, entre los que se encuentra mi mejor amiga del campamento, del que estoy, según mi móvil, a 54 minutos andando; 48 minutos si callejeo.

«No puede ser verdad», pienso, y vuelvo a mirar mi teléfono para confirmar que aún no ha pasado la hora acordada, que ni siquiera me han enviado un mensaje para decirme que me esperan en otro sitio.

Sin éxito, doy la vuelta al edificio del supermercado por si estuvieran escondidos detrás. Cuando vuelvo a la entrada principal, reviso de nuevo el aparcamiento. Está casi vacío, lo que disminuye las posibilidades de que el Coche Dinosaurio pase desapercibido. Que Marcos me haya hecho esto es impensable; que U lo haya consentido no lo puedo entender.

Cruzo al otro lado de la calle y echo a andar en dirección al campamento.

¿Qué ha podido pasar para que se marchen sin mí? Un montón de malos pensamientos relacionados con mi hermano se meten en mi cabeza. Sin embargo, en ese caso me habrían llamado y no tengo ninguna llamada perdida. Lo vuelvo a comprobar y decido escribir un mensaje. Dudo si a Marcos o a U. Todavía no me he decantado, cuando recibo un texto salvador:

No vas a venir nunca??? Estamos en la hamburguesería que hay enfrente del súper.

Me giro en esa dirección y allí están, sonrientes al otro lado del ventanal frente al que acabo de pasar.

Cuando entro en la hamburguesería estoy dispuesta a comerme a cualquiera de ellos y, aunque no consiguen dejar de reírse, me explican que no se podían creer que no los viera. Al principio pensaron que los estaba vacilando y luego solo querían saber cuánto tardaba en encontrarlos. Hasta que Marcos, ha sido Marcos quien me ha enviado el mensaje, no ha podido seguir viéndome así.

—¿De verdad que no nos has visto? —pregunta U con una hamburguesa enorme y apetitosa, a la que ya le falta casi la mitad, entre sus manos.

Lanzo un bocado a su hamburguesa e intento contener mi risa, al menos mientras trago.

—Toma, toma... Yo no puedo más —dice mientras me la ofrece.

—Las patatas están de muerte —añade MO, que parece haber vuelto a la vida—. Ya pensábamos que no venías.

Y vuelven a reírse, y a mí me da igual porque, entre otras cosas, estoy saboreando la mejor hamburguesa del mundo.

—Está buenísima —digo, y todos brindan con sus refrescos.

—Sabía que os gustaría —dice Marcos—. Son las mejores que he probado, la verdad...

Y, como si de repente se diera cuenta de algo, deja la frase en el aire y me pregunta si va todo bien.

—Sí, claro —respondo automáticamente.

—¿No nos dices dónde has estado?

—Por ahí.

Noto como aumenta el misterio sobre mi escaqueo, incluso U está intrigada.

—¿No habrás ido a ver al chico de la isla?

MO y Guille preguntan quién es el Chico Isla ese y fulmino a U por bocazas. Ya no queda más remedio que contarles lo de la escapada de mi hermano, la historia de la Isla de Arena y el regreso. Si algo he aprendido de Marcos es que una buena historia puede desviar la atención hacia



donde tú quieras.

Cuando termino de contar la aventura, ya llevamos bastante tiempo en el coche, camino del campamento. Les pregunto si alguno se imagina por qué Chico Isla (creo que es un buen mote para el chico del perro) actuó de aquella manera.

—Lo normal habría sido llamar a la policía, no enviarte un mensaje a ti —dice Guille.

Confieso que he estado buscando en Internet noticias sobre chicos desaparecidos y solo he encontrado la historia de un tipo que se perdió en una regata.

—Un «topo». A los torpes que meten la pata de esa manera se les llama «topos» —explica Marcos.

—Pues este «topito» —continúo con sarcasmo— apareció en Isla Coelleira al día siguiente de su desaparición. Así que tuvo que pasar una noche a la intemperie. ¿Te suena?

Siento como U, Guille y MO nos miran desde el asiento de atrás.

—Solo que él era de un club de piragüismo —añado—. Por lo visto, el despliegue de medios fue bestial. Y la gente en los foros le pone verde; dicen que lo hizo adrede para llamar la atención. ¿Creéis que alguien haría eso?

—Hay gente para todo —reponde Marcos—, y muy imprudente.

—Volviendo a la historia del Chico Isla, no puedo llegar a imaginarme unos padres que no denuncien siquiera la desaparición de su hijo —digo algo escéptica.

—A lo mejor lo hicieron, Juana. Tampoco podemos asegurarlo porque no salga en Internet. Y no vamos a ir a preguntar a la policía.

—No hace falta que te pongas en plan monitor, ¿vale?

Y termino la frase dándome cuenta de que he levantado la voz.

Marcos se calla. Finge que se concentra en la conducción y durante unos minutos nadie en el coche dice nada. Intento relajarme, explicándome a mí misma que Marcos me cabrea cuando hace como el resto de los adultos y se muestra displicente conmigo. Pero él no lo sabe. No tiene por qué saberlo. Trato de convencerme de esto y no mirar por la ventana los terraplenes talados, los árboles muertos que atraen como un imán al Coche Dinosaurio.

—Lo siento —digo, aunque no acabo de sentirlo.

—No importa —contesta sin dejar de mirar la carretera.

—Además, ¿para qué quieres saberlo? El Chico Isla ese, a pesar de todo, parece un buen tipo, ¿no? A mí eso es lo que me importa —dice MO, lo que me parece muy sensato viniendo de él.

Después de habernos comido medio kilo de carne de vaca y casi una tonelada de patatas, ninguno quiere probar la comida del campamento. U y yo tomamos una manzana del autoservicio y nos sentamos al fondo del comedor. Guille le sigue dando vueltas a lo del Chico Isla.

—Y el perro, ¿le obedecía siempre?

—Sí —contesto.

—¿Te fijaste en si utilizaba palabras como «sit» o «siéntate», siempre las mismas?

—Yo qué sé, Guille. El chico le decía que se sentara y el perro se sentaba.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El chico? Ya te he dicho que no lo recuerdo.

A estas alturas estoy arrepentida de habérselo contado y no me importa que se me note.

—No, el perro. Y no te pongas así, es un tema como otro cualquiera.

—Osma —digo—, ya lo he buscado en Internet.

—¿Y qué has encontrado? Es un nombre muy raro.

—Nada.

—¿Qué os ha dado con el nombre de la perra? —me ayuda U, mientras nos indica que alguien se acerca a nuestra mesa.

Por una vez me alegro de ver a Jéssica, aunque ella se encarga de recordarme enseguida por qué no la soporto.

—¿Estáis a dieta? —dice refiriéndose a los restos de fruta.

U se levanta y le ofrece el corazón de su manzana.

—¿Lo quieres? Todavía puedes rebañar algo.

—No, gracias. Solo nos preguntábamos si lo del *atasco* era contagioso y por eso estabais a dieta todos.

Otra referencia a mi estreñimiento. Creo que dentro de un millón de años me encontraré con una persona que haya participado en este campamento y me dirá: «Tú eres la que estuvo estreñida, ¿no?». Sin embargo, el siguiente comentario me pilla totalmente descolocada.

—Aunque les he dicho que *eso* no es contagioso, pero el amor sí.

U mira a Guille, Guille me mira a mí, yo miro a MO y después todos miramos a MO.

—¿Te crees que todas somos como tú? —le dice U a Jéssica, todavía con el corazón de la manzana en la mano, cada vez más cerca de la cara de Jéssica.

—Qué miedo —sus escoltas se ríen y ella hace lo mismo. Luego continúa—: ¿Le vas a decir a tu amiguito Marcos que me castigue? —pregunta avanzando un paso hacia mí.

Me pongo en pie. A pesar de que me siento demasiado cansada para decir o hacer algo, son las ganas de no meterme en un lío las que me impiden golpear aquella carita de pija con tendencia al sobrepeso, lo cual no es un problema si no vives obsesionada con ello, claro.

MO sale en mi defensa.

—Mira...

—MO —le interrumpe Jéssica, utilizando el nombre que solo nosotros usamos—, no se por qué pierdes el tiempo con estos y su amiguito. Con nosotros te lo pasarías mucho mejor.

Y, antes de que el monitor que se dirige a nosotros pueda abrir la boca, ella y todo su séquito se marchan por donde han venido.

—Conmigo te lo pasarías mucho mejor —la imita U—. ¿Tú qué le has contado?

—¿Yo? —contesta MO—. Yo no he contado nada. ¿Crees que hace falta que le cuente algo a nadie? Como si no se notase que esta se ha liado con el rizos.

—Eh, yo no me enrollado con nadie, ¿vale? ¿Y cómo sabe que te llamamos MO? ¿También lo sabe todo el mundo?

—Lo que tú digas —contesta, pero no lanza contra mí su ira—. Y, además, ¿qué pasa si quiero estar con ellos? Si ella me pone... Si me gustan las que no me hacen caso.

Aquello es un golpe bajo. A U le ha impactado y siento que su escudo protector está a punto de desmoronarse al escuchar aquellas palabras del chico que le gusta, con el que sospecho había vuelto a tener esperanzas de que pasase algo.

—Eres un... —pero antes de que termine la frase, MO se ha marchado.

Todo el comedor deja de hacer lo que está haciendo para seguir con la mirada a MO. Y luego nos miran a nosotros. Entre todas las miradas busco una y me detengo en sus ojos hasta que ella, Jéssica, se fija en los míos.

El resto del día no puedo concentrarme. En las actividades de la tarde salimos con los Vaurien, unos barcos pequeños y, en teoría, fáciles de manejar. A la pobre U le toca hacer de patrón conmigo de marinera. Gracias al verso «Viento en popa a toda vela...» ya he aprendido lo que son la proa y la popa: si el barco recibe el viento de popa para avanzar, solo puede significar que la popa es la parte de atrás. Fácil. Aunque a veces me siga liando. ¿Y cómo distinguir estribor de babor? Por mucho que U me grite «¡a estribor!», no soy capaz de recordar si es la derecha o la izquierda. Si ni siquiera soy capaz de distinguir las cuando me dicen derecha o izquierda.

El monitor se da por vencido con nosotros después de que volquemos el barco por sexta vez. Estoy tan enfurecida que me subo a la orza con tanta fuerza que el barco se vence hacia el otro lado y la vela me cae encima. Al menos, mi torpeza hace que a U le dé por reírse y olvide, por un rato, lo de MO.

Abro el grifo de la ducha. Estoy tan cansada que mi único pensamiento es quitarme el neopreno y estar debajo del agua caliente tanto como pueda soportar.

—Pirata, te tienes bien ganado el mote —dice U todavía con una carcajada—. Deberíamos haberte bautizado «sirena».

Y ríe más fuerte. Incluso algunas chicas que están a nuestro alrededor ríen también.

Ni siquiera les hago burla. Enchufo mi móvil y lo enciendo mientras U se seca el pelo. Tengo un correo electrónico de una dirección que no conozco, pero es fácil de identificar:

[elchicodelaisladearena@gmail.com](mailto:elchicodelaisladearena@gmail.com).

Hola, Juana:

Soy Roi, el chico de la Isla de Arena. ¿Cómo estás? No suelo utilizar mucho los ordenadores. De hecho, me acabo de crear este correo solo para escribirte, así que no sé si lo sabré hacer.

Antes de nada, supongo que estáis todos bien en el campamento y puedes leer esto (creo que esto debía haberlo puesto al principio, pero ya te he dicho que no soy un experimentado). Sigo. Tu hermano me pareció un niño muy inteligente y callado, lo que me gustó. Tienes mucha suerte. Él también tiene mucha suerte de tenerte a ti. Me pareció muy valiente lo que hiciste, aunque contases con la ayuda de Marcos, que también me cayó bien. Formáis una pareja muy sana y como me decía la hermana Felicitas: lo más importante es encontrar a alguien a quien le gustes. El dinero, el trabajo y todo lo demás va y viene; pero si encuentras a alguien que te quiera como eres, podrás enfrentarte a cualquier cosa. Creo que Marcos y tú formáis un buen equipo.

La hermana Felicitas es de los pocos recuerdos buenos que tengo. Ahora debe de tener como 60 años y hace mucho que no la veo, desde que me escapé por última vez de la Casa de Acogida. La verdad es que se portaron muy bien y me he arrepentido muchas veces de no haber vuelto, aunque fuese solo para decirles que estoy bien.

Lo de la Casa de Acogida no lo sabías, ¿eh? Eres de las pocas personas que se han interesado por mí y por eso te lo cuento. Además, quizá pueda ayudarte a superar lo que estás pasando. La verdad es que no lo sé. La historia de mi vida no tiene nada que ver con lo que me contó Tomás de vosotros, pero nunca se sabe. Tomás y yo estuvimos hablando de lo de vuestros padres. Creo que le fue fácil conmigo porque soy un desconocido y porque no volveremos a vernos nunca. Y yo también lo pensaba. De ti y de él. Por eso, cuando esta mañana te he visto en el pueblo, no me lo podía creer. Qué casualidad, ¿no? Me ha alegrado mucho verte y tuve que sujetar a Osma para que no fuera a saludarte, pero sobre todo me ha llamado la atención lo triste que parecías. Estabas en la plaza del Ayuntamiento, comiendo, pero tenías los ojos llenos de pena. ¿Cómo puede una chica de tu edad estar tan desconsolada? Cuando te conocí, lo que más me llamó la atención fue tu tristeza y lo cansada que pareces. ¿Cuántos tienes, 16 años? Una chica tan joven y valiente como tú debería estar pensando en comerse el mundo, Juana. Y por eso te estoy escribiendo ahora, porque quería enviarte una montaña de ánimos y decirte que dejes de angustiarte. Tienes todas las posibilidades y un padre que te quiere, de eso...

Cierro el correo. Todavía me queda bastante por leer, pero no me interesa lo que tenga que decirme. Ya ha agotado mi paciencia.

U, con el pelo a medio secar, está concentrada en su pantalla.

—¿Alguna novedad? —dice sin mirarme.

Intento disimular que el teléfono me quema en las manos, que me gustaría salir del campamento a toda prisa y que sería capaz de hacerlo en un kayak yo sola. Pero no me detendría en la Isla de Arena, seguiría mar adentro hasta desembarcar en un país donde nadie me conociese.

Necesito hablar con Tomás para saber qué le contó. Me molesta que haya hablado del tema con un desconocido. ¿Acaso no podía haber confiado en mí? Yo soy su hermana. ¿Quién se escapó del campamento para cuidarlo? ¿Y mi padre? ¿Qué pinta mi padre en todo esto?

Estoy a punto de estrellar el móvil contra el espejo que cubre la pared del baño, cuando U me dice:

—Tu turno —y me ofrece el secador de pelo.

Lo bueno (y lo malo) de los videojuegos es que te mantienen paralizado frente a una pantalla durante horas y horas. Hay videojuegos y videojuegos. Yo solo conozco a los que juega Tomás, así que para mí existen dos tipos: los de matar todo lo que se mueve y los de fútbol. Soy una jugadora decente en los primeros, y pésima en los segundos, el que toca esta noche. Tomás y Gonzalo han organizado una Copa con los dieciséis mejores equipos de fútbol del mundo, y ellos se han pedido su equipo preferido: el Deportivo, aunque les gusta cambiarle el nombre y llamarlo Superdépor. Las cosas no le van tan bien al equipo real como al que manejan este par de frikis. Son tan frikis que pasan casi más tiempo buscando nuevos fichajes que jugando los partidos; aun así, me parece mucho más divertido verlos a ellos que ver un partido de verdad.

—Ese es un paquete —dice Gonzalo desautorizando un fichaje.

Mientras barajan quién es mejor, yo intercambio mensajes con Marcos sobre el correo de Chico Isla. No le he contado que lo dejé de leer a medias, porque Marcos se muestra tan ilusionado con lo de que Tomás haya hablado con alguien que no quiero complicarlo. Yo no soy tan optimista. Es cierto que, desde que hemos vuelto al campamento, Tomás se va pareciendo más al Tomás de antes del accidente. Pero todavía no me atrevo a preguntarle qué le contó a Chico Isla. Primero, porque lo delataría, y segundo, porque supongo que su reacción sería la misma que la mía si yo fuera él: «¿Y a ti qué te importa?». A lo que yo tendría que contestar que me importa porque soy su hermana mayor. Y él me contestaría que eso también ha sido un accidente. Empleará precisamente esa palabra: «accidente». Porque esta conversación, o muy parecida, ya la hemos tenido muchas veces y siempre con el mismo final:

—Al menos yo tengo padre.

Esa es la frase que emplea para dejarme sin recursos, tan dolida que soy incapaz de seguir. Con ella pone fin a la conversación, que siempre termina conmigo encerrada en mi habitación. Sí, soy la hermana mayor, pero no puedo con ese monigote que, en el último año, ha pegado tal estirón que ya es de mi altura. «Al menos yo tengo padre», me dice, y me deja fuera de juego, porque yo no me hablo con mi padre desde que volvió a casa. Y recuerdo, como si hubiera sido ayer, la noche anterior al regreso de mi padre.

Nuestra abuela entró en mi habitación y me dijo que tenía que hablar conmigo, que es lo que hacen todos los mayores cuando tienen que regañarte o darte alguna mala noticia. Esta vez la noticia era que mi padre volvía a casa.

Y cuando pensé que mi padre estaría con nosotros al día siguiente, sentí algo parecido a la alegría y también me sentí mal por estar alegre sabiendo que mi madre no volvería.

Y eso fue muy triste.

Estuve toda la noche llorando de alegría y de impotencia. De madrugada, cuando mi abuela volvió a entrar para darme una infusión que supuestamente me tranquilizaría, le dije que toda la culpa era de mi padre y que no quería que volviese él tampoco.

Mi abuela dejó la taza sobre la mesa del ordenador y se sentó en mi cama. Hablaba con calma, con demasiada calma. Le pedí que se fuera. Y ella solo contestó que el abuelo y el yayo, mi otro abuelo, el padre de mi madre, también vendrían a comer al día siguiente para estar todos juntos con mi padre.

—Y me gustaría que te comportases como la niña mayor que eres.

Yo asentí.

—Estaré en el salón si me necesitas —dijo mi abuela.

Y yo sabía que era verdad, porque ella había dormido en el sofá todos los días, porque a nosotros no quería sacarnos de nuestra habitación y no quería utilizar la habitación de mis padres.

Y mi padre volvió al día siguiente. Yo había decidido no hablarle nunca más y por eso mi hermano, cuando discutíamos, me decía lo de «al menos yo tengo padre», y yo me cabreaba y me encerraba en mi habitación y me liaba a patadas con la puerta y la aporreaba hasta que me dolían tanto los brazos que dejaba de sentirlos.

Así es Tomás, mi hermano, ese chico callado y tranquilo, con un flequillo que le tapa el ojo derecho y que sube y baja al ritmo de sus resoplidos, el mismo que ahora acciona el mando de la consola como si no hubiera otro problema en el mundo. ¿Siente en su interior la tormenta que siento yo? ¿Qué hago? ¿Lo dejo estar?

El equipo de Tomás y Gonzalo consigue su tercera victoria consecutiva y mi hermano me ofrece el mando.

—No quiero romper la racha —me excuso, y se lo paso a Guille.

—No, con el Discursos, no —se queja Gonzalo.

—Pero serás... —dice Guille—. El problema es que no empleáis la táctica adecuada para los jugadores que tenéis. Queréis jugar al toque cuando...

Gonzalo se da prisa en pulsar el *Play*. Con el partido en juego, los comentarios de Guille disminuyen proporcionalmente a la concentración que necesita. Cuanto más holgado sea el resultado, mayor es el riesgo de que lance un mitin, por lo que tanto Gonzalo como Tomás esperan a los últimos minutos para solucionar el partido. Creo que es otro grado de dificultad con el que disfrutan.

—Podíamos hacerles lo de la pasta de dientes —sugiere U.

En realidad, los videojuegos son solo un pasatiempo inocente; estamos aquí para tramar algo contra las Spoilers.

—Tendría que ser algo nuevo, algo que no se haya hecho antes —digo sin tener la más remota idea de a qué me refiero.

—¿Tienes alguna idea mejor? —dice Guille, que parece capaz de mover los dedos pulgares y hablar a la vez.

—Ya podías utilizar esta cabecita para ayudarnos —digo despeinando a mi hermano.

Se encoge de hombros, sin apartar la vista de la pantalla donde Guille acaba de fallar un gol con la portería vacía.

—Qué malo eres, tío. Hasta mi hermana lo habría metido —dice.

Escribo un mensaje a Marcos para decirle que me gustaría que pensáramos juntos qué contestar a Chico Isla, lo que solo es verdad al cincuenta por ciento, y el Superdépór de Tomás y Gonzalo encaja su primer gol del campeonato. Pierde 1-0 y faltan menos de veinte minutos, por lo que Tomás, directamente, le pide el mando a Guille.

—Toma, toma. El día que me hagáis caso, será más fácil —dice, entregándoselo—. ¿Alguien sabe algo de MO? Sabía que íbamos a estar aquí, ¿no?

Sigue en nuestro grupo de WhatsApp, así que tiene que haberse enterado. U repasa los mensajes en su móvil y comenta que todos hemos dado el OK, excepto él.

—¿No te dijo nada en la habitación? —le pregunto a Guille.

—Cuando volví de las duchas ya no estaba. ¿Seguirá mosqueado?

—Pues ya tiene dos trabajos —me copia la frase U.

Creo que pretende aparentar que no le importa, y precisamente por eso se nota todavía más lo

mucho que sí le importa.

—GOOOOOOOL—grita mi hermano y, acto seguido, choca los cinco con Gonzalo sin que ninguno de ellos aparte la vista de la televisión.

—Empate a uno, ¿hay prórroga? —pregunta Guille.

Tomás y Gonzalo se ríen sin piedad.

—Todavía estamos en la liguilla. Pasan los dos mejores de cada grupo y entonces es eliminatoria a dos partidos.

Estas palabras me suenan a chino, como la jerga de los barcos. Sin embargo, hay algo evidente: mi hermano está mejor que cuando llegamos al campamento. Tengo que reconocerlo. Y puede que, en parte, sea gracias a la conversación con Chico Isla.

Abro su correo y avanzo hasta más o menos donde lo dejé:

... Cuando te conocí, lo que más me llamó la atención fue tu tristeza y lo cansada que pareces. ¿Cuántos tienes, 16 años? Una chica tan joven y valiente como tú debería estar pensando en comerse el mundo, Juana. Y por eso te estoy escribiendo ahora, porque quería enviarte una montaña de ánimos y decirte que dejes de angustiarte. Tienes todas las posibilidades y un padre que te quiere, de eso estoy seguro. No le conozco, pero estoy convencido de que él está deseando tanto como tú que os reconciliéis y volváis a hacer juntos las cosas que hacíais antes, sea lo que sea que hicieseis, que eso no me lo contó Tomás.

Yo no he vuelto a ver a los míos. Y no creo que vuelva a hacerlo, pero todavía me acuesto muchas noches pensando en qué hice mal. No puedo evitar pensar que fui el culpable de lo sucedido y me duermo con la idea de que mi castigo es no encontrar a nadie con quien compartir mis cosas, que nunca voy a tener a un Marcos... Bueno, en mi caso sería una Juana, que me gustan las chicas, ja, ja, ja, ja. Pero tampoco creas que esto es una declaración de amor, que no es eso.

Me estoy liando. Solo quería decirte esto: Juana, puedes hacer con tu vida lo que quieras, pero no deberías expulsar de ella a tu padre. Él no quería hacerte daño; fue un accidente de tráfico que también se llevó una parte importante de él.

Espero que no te moleste que sea tan directo.

Por cierto, Osma no deja de preguntarme por vosotros y os manda un ladrido.

Roi, el chico de la Isla de Arena

Bueno, es su opinión. ¿Qué sabrá él?, ¿qué le puede haber contado mi hermano en una charla breve? Y él mismo lo ha escrito: puedo hacer con mi vida lo que quiera. Eso es lo que he decidido hacer.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Marcos se acerca a nuestra mesa para recordarnos que estemos puntuales en el aparcamiento. A todos nos parece buena idea repetir la escapada del día anterior, pero, bromea Guille, «quizá sería excesivo repetir lo de la hamburguesa».

Marcos se dirige solo a MO:

—También te apuntas, ¿no?

—¿A lo de la hamburguesa? Vale.

Marcos ignora la ironía, sonríe educadamente y vuelve con el resto de los monitores.

—¿Dónde estuviste anoche, tío? —le pregunta Guille a MO—. Debían de ser las dos cuando me quedé sopa y todavía no habías vuelto. ¿Has pillado cacho, *brother*?

Guille tiene un coeficiente intelectual superior al resto de nosotros, pero, cuando intenta hablar como la gente, termina haciéndolo como un raperero del Bronx en una película barata.

—Bajé al pueblo con estos —dice señalando hacia los Mastuerzos, el grupo donde está el que se peleó con mi hermano en la Playa de los Cristales.

Guille es pésimo haciendo chistes, pero tengo que reconocer que es muy bueno poniendo motes. Mastuerzos. U y yo no sabíamos ni lo que significaba la palabra con exactitud. Sabíamos que era



algo malo, sí, pero necesitamos mirar el diccionario del móvil para confirmar que el mote les venía perfecto: «Persona que tiene poca inteligencia o pocos conocimientos y se comporta con torpeza y falta de discreción». Solo falta que en la entrada del diccionario incluyan la fotografía de Roberto, el que quiso quitarle el cristal a mi hermano.

—Pues a mí me parecen unos capullos —digo.

U levanta su tazón y lo choca con el mío.

—No todo el mundo puede estar a vuestro nivel, chicas. Son simples mortales.

—Ja, ja —dice U, a quien no le ha hecho ni pizca de gracia ese «chicas»—. Y además de emborracharos, ¿qué hicisteis?

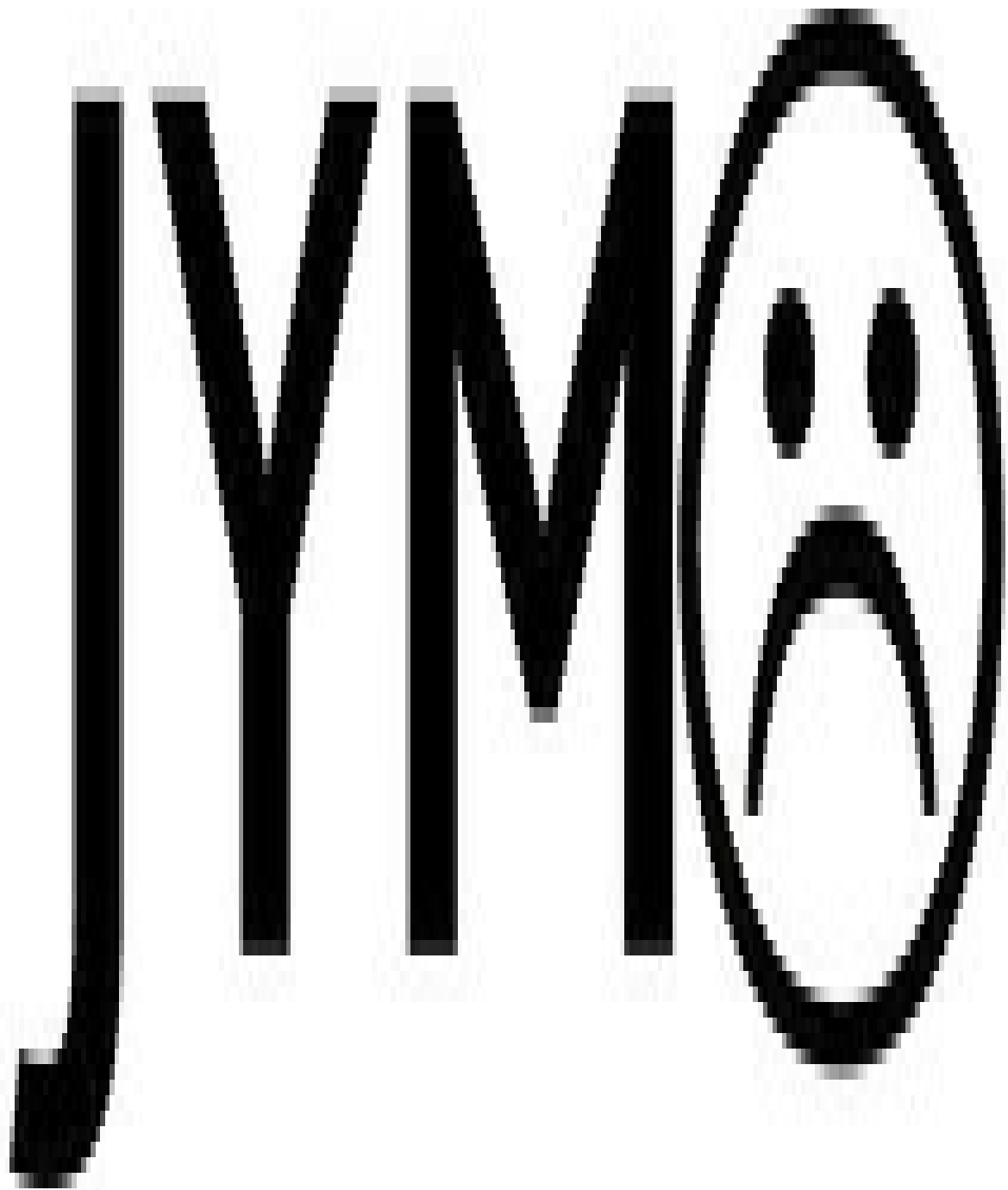
—Aprovechamos para inventar una vacuna contra el cáncer. Vosotras, ¿seguís trabajando en la máquina para viajar en el tiempo?

U y MO, al margen de la tensión sexual no resuelta, tienen un carácter muy fuerte y ninguno va a dar su brazo a torcer. Esta discusión podría durar el resto del día. No hay manera de que uno de los dos reconozca que el otro puede tener razón y dejarlo en tablas. A veces, incluso, uno de ellos cambia de bando y el otro hace lo mismo, cambiar de bando, solo por llevarle la contraria.

Cuando ven que ya nos tienen aburridos, el que está más cansado de los dos le da la razón al otro, como a los locos, que hace exactamente lo mismo, y vuelta a empezar. Es imposible mediar entre ellos, pero hay que intentarlo.

Y eso es lo que estamos haciendo Guille y yo cuando, camino del aparcamiento, vemos la pintada.

WMO

The image shows the letters 'WMO' in a bold, black, sans-serif font. The letter 'O' is replaced by a stylized face with a shocked expression. The face has two small, solid black oval eyes, a wide-open mouth with a curved bottom, and a large, thin black outline for the head. The entire graphic is centered on a white background.

U y MO dejan de discutir, Guille ni siquiera intenta explicarnos su teoría porque, aunque demasiado sofisticado, es evidente: alguien ha escrito las iniciales de Marcos y mía en la fachada que da a las pistas de baloncesto. Quieren ponernos en evidencia delante de todo el mundo, por lo menos delante de los que sospechen que tras la J está Juana y tras la M, Marcos. Cierto, también podrían ser Javier y María. Ya.

¿Pero qué JYM pondría triste a MO? El emoticono con la M forma MO. El mensaje está claro: Juana y Marcos, MO triste.

Y MO es la parte más afectada. Algo tan retorcido solo puede venir de una persona.

De camino al pueblo, en el Coche Dinosaurio, no tengo tiempo de rayarme con las laderas sin árboles ni con recuerdos o pensamientos sobre mis padres; estoy muy ocupada explicándole a Marcos lo de la pintada.

—Pensé que te gustaba a ti —le dice Marcos a U sin darle mayor importancia.

—¿A mí? —finge U.

Me cabrea lo que ha hecho Jéssica porque puede buscarle un lío a Marcos, pero lo que más me molesta es que meta a MO en todo esto. Marcos, por el espejo retrovisor, le pregunta qué piensa.

—No hay nada que pensar —dice MO con los labios apretados—. ¿Estás segura de que ha sido Jéssica?

—¿Quién si no? Es la única tan mala persona como para actuar así. Lo siento —digo girándome para mirarle a la cara.

—De verdad que no me importa —MO parece más tranquilo que antes, lo cual me pone más rabiosa.

—Hablaré con ella.

—No creo que debas —me recomienda Marcos—. Si han sido ella y su grupo, Óscar las obligará a pintar la pared.

—¿Cómo si han sido ella y su grupo? ¿Pero quién va a ser?

Marcos vuelve a pedirme calma mientras salimos del Coche Dinosaurio en el aparcamiento del supermercado. Le miro, cansada de su letanía, y me despido.

—¿No vienes con nosotros? —me pregunta.

—No. Tengo que ir a la biblioteca. Vuelvo en veinte minutos, no os vayáis sin mí.

U no dice nada; solo levanta un dedo pulgar haciendo el gesto de OK.

—No hagas ninguna tontería, anda.

El reloj de la plaza del Ayuntamiento marca las once menos cinco cuando la bibliotecaria me saluda con la misma sonrisa del día anterior.

—No se admiten devoluciones tan rápidas —dice al reconocirme—. Es imposible que ya te hayas leído alguno de los libros.

No puedo evitar sonreír.

—Tienes razón; no me lo he terminado. He venido por otra cosa.

Su sonrisa disminuye un punto de intensidad, como si sospechase que hay algún problema.

—Tranquila, que no es nada malo —digo.

Sin embargo, su sonrisa ya no vuelve al mismo punto donde me ha recibido. Me indica un banco que hay en un lateral del *hall*, bajo un gran cuadro, y nos dirigimos allí al ritmo de sus tacones.

Hoy lleva vaqueros y una blusa, lo que la hace parecer más joven.

—Verás —empiezo tanteando el terreno, a la espera de que las palabras se sucedan unas a otras—, aquí en el pueblo...

Noto que ella también se está poniendo nerviosa y eso me pone más nerviosa.

—Hay un chico... —vuelvo a atascarme—, bueno, no sé qué edad tiene...

—¿Cómo era tu nombre?

—Juana, es verdad, lo siento. Me llamo Juana. ¿Y tú?

—Alicia —ella sí tiene cara de Alicia: rubia, dulce, con belleza de dibujo animado—. Mira, Juana, si quieres que te ayude, tendrás que contarme cuál es el problema. Tú no te preocupes y dime lo que sea que has venido a decirme. Luego, vemos qué hacer.

Me gusta cómo habla. Lo hace de manera sólida, transmitiéndote que lo que dice no lo dice por decir. Me emociona un poco que una persona que no me conoce de nada se ofrezca a ayudarme. Sobre todo después de lo que acaba de suceder en el campamento.

—Gracias. Es una tontería, pero quería saber si en el pueblo hay más sitios donde te puedas conectar a Internet, *gratis*.

Alicia me mira incrédula. Imagino que se esperaba algo mucho más grave, pero le explico que tengo la corazonada de que alguien me ha enviado un correo desde la biblioteca. En el correo decía que no suele utilizar Internet ni los ordenadores, y ¿dónde es gratuita la conexión a Internet?

—Pues supongo... —reacciona Alicia— que hay bares donde tienen wifi.

—Sí, pero tendrías que llevar tu propio ordenador. ¿Vino ayer un chico alto, delgado, con un pastor alemán?

Alicia me mira sorprendida y asiente.

—Sí, ¿por...? ¿Te ha hecho algo?

Noto como la curiosidad de Alicia va en aumento. No quiero que esta curiosidad se transforme en preocupación.

—Me hizo un favor y quiero devolvérselo —lo que digo no es del todo verdad, pero lo parece—. Tengo que localizarlo.

—Lo he visto algunas veces con Roi, el médico.

—¿Sabes dónde vive?

—¿El médico? —bromea Alicia—. Creo que son familia, ¿quieres que le pregunte?

Y, antes de que pueda contestar, ya está escribiendo en su móvil. Alicia envía el mensaje y esperamos en silencio la respuesta, que no tarda en llegar. Debe de ser alguna broma porque la sonrisa vuelve a su rostro y me hace pensar que es de las mujeres más bellas que conozco. La palabra para definirla no es guapa ni sexi; Alicia es bella, como una obra de arte. Te apetece contemplarla.

—Pregunta que si me gustan tan jóvenes —dice aumentando, si es posible, su sonrisa.

Alicia vuelve a escribir y esperamos de nuevo. Esta vez, en lugar de un mensaje, recibe una llamada. Descuelga y explica, con mucha familiaridad, por lo que supongo que habla con el médico, la situación. Después, se levanta y empieza a caminar por el *hall*, dice «vale» y un poco después «pero...»; el médico no debe de dejarla continuar porque lo siguiente que escucho es: «De acuerdo, aquí te esperamos».

—Viene para acá.

Está tan inquieta que la sonrisa se ha borrado de su rostro.

—¿Pasa algo malo? —pregunto.

—Me ha dicho que quiere hablar contigo en persona.

Trago saliva. ¿Qué significa que quiera hablar conmigo «en persona»? ¿He hecho algo malo? No entiendo qué puede estar sucediendo, pero no me queda más remedio que esperar.

—¿Tardará mucho?

—No, tiene la consulta aquí al lado.

Y debe de estar muy cerca o el médico se ha dado mucha prisa, porque en ese momento entra por la puerta.

—Aquí está la chica que devuelve favores. Y mira que no es muy habitual que Roi vaya por ahí haciendo amigos.

Roi, cierto, ese es el nombre de Chico Isla. Entonces, ¿el médico y Chico Isla se llaman igual?

Alicia se muestra intrigada ante la actitud del médico, que no deja de observarme como si me estuviera examinando. Coloca sus manos en mis hombros y se agacha hasta que nuestras cabezas están a la misma altura. Muy despacio, saca un espray nasal de la chaqueta y, después de aplicárselo, continúa hablando.

—Juana sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

Lo importante, entiendo, no es lo que yo sepa de Chico Isla, sino que el médico esté convencido de que no soy un peligro para él. Así que, con la mejor de mis sonrisas, les cuento que gracias a Chico Isla (no me acostumbro a llamarle Roi), mi hermano se parece más a mi hermano de antes del accidente de mis padres y que solo quiero darle las gracias en persona, no por correo. El médico se sorprende de que Roi me haya escrito, pero ahora entiende por qué quiso conectarse a Internet, algo que nunca hace cuando le acompaña a la biblioteca. Tal vez algo molesto, con un amago de celos como el que yo sentí al enterarme de la conversación de Chico Isla y Tomás, me explica sin entrar en detalles que la vida de Roi no ha sido fácil y que su pasado sigue acosándole, y no solo psicológicamente: si no tienen cuidado, ese pasado podría volver a ser presente. Así, en plural: «si no tienen cuidado». Por la reacción de Alicia deduzco que ella no sabía nada de todo esto y, como yo, descubre ahora que el médico y Roi no son familia, aunque todo el pueblo lo crea.

Reúno todas mis fuerzas y me atrevo a decir:

—Solo quiero darle las gracias.

—Vosotros también habéis cambiado algo dentro de él: sois los primeros con los que habla de aquello.

Me alegro mucho de oír esas palabras. Aunque el cambio en Chico Isla sea más culpa de Tomas que mío, es bonito pensar que de algún modo he colaborado.

—Roi trabaja en un almacén. Ahora mismo debe de estar allí. Si quieres, vamos.

Miro el reloj de mi móvil: es imposible que vayamos a cualquier sitio y volvamos al aparcamiento a la hora convenida.

—Tengo que volver al campamento. ¿Mañana?

—Mañana no puedo —me dice el médico con su voz nasal—. ¿Te dejo mi teléfono y me escribes para ir otro día?

Si lo dejo para otro día, al final no lo haré. Pero no quiero volver al campamento tarde y que Marcos tenga más problemas por mi culpa.

—¿Podría ir yo sola, mañana? —digo sin mucha convicción—. Pueden acompañarme mis amigos.

El médico me explica cómo llegar al almacén de frutas donde trabaja Chico Isla. Por si acaso, lo buscamos en la aplicación Mapas y rezo para que no suceda como con la biblioteca en la que me encuentro ahora mismo, que, según la misma aplicación, estaba en la otra punta del pueblo.

—Es muy fácil; tienes que seguir por la carretera que lleva a C y como a diez minutos verás un edificio marrón con un cartel enorme que pone «Frutas & Verduras Camilo». ¿De verdad que no quieres que vayamos ahora juntos?

Niego con la cabeza y el médico insiste en que anote su número de teléfono por si necesito llamarle para cualquier cosa.

—Tengo que irme, me están esperando. Muchas gracias.

Me despido con un par de besos a cada uno, lo que hace que la bibliotecaria recupere la sonrisa del principio, y salgo del edificio justo cuando me llega el primer mensaje.

U: Nos vamos sin ti

Yo: Ni se os ocurra

U: ¿Te compramos una hamburguesa para llevar?

Yo: Con extra de ketchup, plis

Guille: tardas?

Yo: cinco min

Guille: Me estoy meando : (

U: Pues méate : P

Yo: aguanta, ya veo el cartel

Guille: Pero hay que llegar al campamento... :((((((((

Yo: tienes once años como mi hermano?

Guille: de mente?

U: sí que eres demente : D

Yo: Os estoy viendo!!!!

Guille: Corre

Están esperándome dentro del Coche Dinosaurio. Arrancamos y Marcos enfila por la avenida principal del pueblo, que desemboca directamente en la carretera que conduce al campamento. Ahora que conozco el camino, parece muy fácil llegar hasta allí. Guille lleva una bolsa blanca sin la publicidad del supermercado. Huele de maravilla; dentro de la bolsa hay cinco envases. Así que lo de la hamburguesa iba en serio.

—Esta vez hemos comprado de las pequeñas, con queso —dice Guille—. No podíamos desaprovechar la oportunidad.

MO mira por la ventana trasera como si no prestase atención a la conversación y estuviese concentrado en el paisaje. Marcos le observa a través del espejo retrovisor tan expectante como yo.

—Sé dónde trabaja Chico Isla —digo con la mirada en las laderas recién taladas.

La atención de todos se posa en mí.

—¿Cómo lo has averiguado? —me dice Marcos.

—Por el correo que me envió; lo hizo desde la biblioteca.

—Así que Pirata es un ratón de biblioteca —dice Guille, pero ninguno entendemos el chiste—. ¿No os lo imagináis? Un pirata ratón de biblioteca.

Guille suele hacer asociaciones de ideas muy raras, algunas tan extrañas que resultan graciosas, pero la mayoría solo las entiende él. U le da dos palmaditas en el hombro y yo aprovecho para mirar hacia atrás: MO sigue ignorándonos.

—He ido hasta allí y he descubierto que Chico Isla trabaja en un almacén de fruta en las afueras del pueblo.

MO continúa impertérrito, Guille le mira y, mientras le aprieta una rodilla, le dice:

—Ey, bello durmiente alcohólico anónimo, ¿has oído? Chico Isla es frutero, *нено*.

MO aparta la mano de su pierna y mira a Guille con tanta dureza que todos nos quedamos callados. Los chicos se mantienen la mirada durante unos segundos. La expresión de MO me recuerda a la que ponía mi padre cuando discutía con mi madre. Intento pensar en otra cosa, buscar un recuerdo distinto en mi cabeza, pero en el coche sigue el silencio de tumba y Marcos, aunque conduce tranquilo, no deja de lanzar miradas por el retrovisor. Y entonces, en la carretera, a lo lejos, veo un coche detenido. Estamos todavía muy lejos, solo se distingue un punto metálico y el que debe de ser el conductor, que acaba de dejar el triángulo de señalización y vuelve hacia el coche con su chaleco amarillo fosforito.

Marcos desacelera, por lo que todavía tardamos más en llegar hasta el conductor, un tipo gordo y desaliñado. Cuando ve que nos acercamos despacio, agita la mano en el aire indicándonos que no hay problema, que podemos seguir; pero Marcos mantiene el Coche Dinosaurio a su altura para hablar con él.

—¿Podemos ayudarle? —pregunta Marcos, hablando por mi ventanilla con el otro conductor.

—No te preocupes, chaval. Ha sido un reventón, pero todo solucionado —y hace un ademán como si no le importara lo más mínimo.

Aquel gesto no me transmite tranquilidad, todo lo contrario: me da la impresión de que está deseando que nos vayamos de allí. Empiezo a subir la ventanilla con la mirada clavada en el salpicadero, y el coche arranca. Despacio, muy lentamente, dejamos atrás al conductor y llegamos al coche accidentado. Tengo la cabeza metida casi entre mis hombros, la mirada en mis pies, no quiero verlo, algo dentro de mí me dice que no levante la vista. Cierro los ojos. En el coche todo sigue en silencio, no he terminado de subir la ventanilla, pero tengo mucho calor y un vacío en la boca del estómago. Trago saliva y me cuesta tanto como si hubiese tragado una piedra del tamaño de un puño.

Abro los ojos porque creo que ya habremos rebasado el accidente, pero es en ese momento cuando llegamos a la altura del coche. Se ha salido de la carretera y ha quedado encajado en la cuneta, con la parte delantera mirando hacia nosotros. Una de las ruedas traseras ha desaparecido, pero no se ve ningún otro desperfecto. Hay varias puertas abiertas. En su interior alcanzo a distinguir una silla de niño. Todo se graba en mi cabeza como si fuera una película.

Marcos cambia de marcha, lo sé porque noto el tirón del motor de nuestro Coche Dinosaurio al soltar el embrague, y unos metros más allá pasamos al lado de la esposa del conductor. Tiene un niño en brazos, fuma con la mano libre. Rubia, desgredada, sigue nuestra trayectoria con la cabeza y nuestras miradas se unen y se acompañan durante un instante. Abrazada a su pierna, tiene una niña que no es más alta que su cintura. Lleva un vestido blanco con una cinta roja, a juego con la del pelo.

Sigo asfixiada por el calor, pero subo la ventanilla del todo. Insisto en que quede bien cerrada. El vacío en el estómago se ha convertido en un pinchazo. Y el olor de las hamburguesas con queso lo llena todo y me da ganas de vomitar. Cierro los ojos porque siento que estoy a punto de ponerme a llorar y no quiero hacerlo delante de todos. Y sigue aquel silencio. Nadie se atreve a decir nada. O quizá hayan estado hablando todo el rato. «Ellos no pueden entender lo que siento», pienso justo antes de que me llegue la primera arcada. La segunda es un poco más fuerte. A la tercera no puedo evitar llevarme la mano a la boca.

Marcos aparta la vista de la carretera y me pregunta si quiero que pare.

Asiento y niego con la cabeza varias veces. U me pone las manos en los hombros por encima del asiento y me retiro como si me hubiesen dado una descarga eléctrica. Me viene otra arcada y noto algo en mi boca. Señalo con el dedo índice la cuneta y Marcos frena en el arcén justo cuando yo abro la puerta. Avanzo tres pasos y vomito. Vomito y lloro y pienso en no mancharme las zapatillas.

Un poco después, noto que alguien se acerca por detrás, pero se detiene lejos, como si no quisiera molestarme. Vuelvo a vomitar y, en la siguiente arcada, ya no sale nada, solo bilis. Unos pasos distintos a los primeros llegan hasta mí. Sigo llorando cuando me giro y U me ofrece un pañuelo de papel. Lo utilizo para limpiarme la boca y las lágrimas que me recorren toda la cara.

Abrazo a U y lloro un poco más mientras Marcos y Guille nos miran desde la cuneta.

MO no ha salido del coche.



El resto del camino lo hacemos sin hablar. Cuando llegamos al campamento, ya han pintado la pared y no hay rastro de JYMO, pero tengo tan mal sabor de boca que no me atrevo a abrirla para darle las gracias a Óscar.

Mientras caminamos hacia la entrada del edificio, estoy a punto de decirle a Marcos que nos fuguemos juntos. Todo me parece tal locura que vuelven a mí las ganas de escapar, de dejarlo todo y volver a empezar en un sitio donde nadie me conozca, pero esta vez con Marcos. Mi padre vendrá el domingo a recoger a Tomás y, los dos juntos, solos, pueden seguir con su vida. Yo no quiero continuar con mi vida. No, sin mi madre. Y ella ha muerto por su culpa.

Al final no digo nada. Llevamos la compra a la cocina y Marcos se queda hablando con las cocineras. No sé la hora que es; me siento en el comedor a la espera de que todos vuelvan de sus actividades.

Cumplo con el trámite de la comida en piloto automático. Escucho conversaciones que no llevan a ningún lado, sin decir nada interesante, solo por rellenar el tiempo y aparentar una normalidad que hemos perdido. MO está todavía más callado que yo y, cuando terminamos el postre y U propone ir a la habitación, MO prefiere irse a descansar.

Todos entendemos que no quiere seguir con nosotros.

Cierro la puerta de la habitación y U saca una docena de huevos, un bote de pintura azul, una jeringuilla y alfileres. No tengo ganas de participar en lo que sea que vayan a hacer, pero U y Guille me piden que los ayude. U utiliza un alfiler para hacer un agujero en el extremo de uno de los huevos. Después, con mucho cuidado, agujerea el otro extremo. En la parte más ancha, agranda un poco la abertura y sopla por el otro extremo hasta que vacía el huevo por completo. Guille y yo miramos sorprendidos.

—¿No me digáis que nunca lo habéis hecho? —No hace falta que lo digamos; nuestras caras ya lo han hecho—. Solo hay que evitar que se rompan, ¿OK?

Deja el huevo sobre la cama y nos da a Guille y a mí un par de alfileres.

—¿Y la pintura? —pregunta Guille.

—Ese es el siguiente paso; primero vamos a vaciarlos todos.

Guille demuestra ser tan patoso con los trabajos manuales como me lo había imaginado, y al final tenemos que hacer U y yo casi todo. Solo se rompen tres huevos de la docena que han comprado, y utilizamos la jeringuilla para rellenar los nueve restantes de pintura. Luego cerramos las aberturas con papel y pegamento, y los dejamos en su huevera.

—¿Y cuándo has pensado utilizarlos? —le pregunto a U.

—Pronto —contesta.

Estoy muy cansada para luchar, pero en su ilusión encuentro la fuerza que me hace falta. Vengar una pintada podría parecer lo más banal del mundo si no estuviera nuestra dignidad en juego. Es decirle a las Spoilers que no pueden hacer siempre lo que les dé la gana, y menos si lo hacen para humillar a uno de los nuestros. Sé que nos vamos a meter en un lío y que no me quedan muchas vidas extra.

Por la noche, después de cenar, me dan ganas de encerrarme en mi habitación y no saber nada de nadie, pero U y Guille vienen a buscarme e insisten en que tengo que salir. Intentan picarme diciendo que la Chica Emo parece más alegre que yo. Les digo que me voy a meter en la misma Secta que ella y voy a esperar a que resucite Kurt Cobain, pero no les hace gracia. Hoy es la muestra de los acuarios, en lo que los pequeños han estado trabajando la última semana. Y tengo que ir.

La exhibición es en las habitaciones de la segunda planta, que, gracias a nuestro castigo, han quedado limpias y vacías de trastos. Tengo que reconocer que nuestro trabajo no habría merecido la pena de no ser por la decoración: lo han adornado todo con pósteres, pancartas e incluso recortables explicativos.

Algunos de los acuarios son normales y corrientes, como los que puedes encontrar en cualquier casa, pero hay otros muy originales. Me llama la atención uno que parece un jardín zen, con un único pez, triste y desorientado, dando vueltas alrededor de un monolito de cuarzo blanco. Otro muestra un fondo marino lleno de latas de refresco entre las que nadan unos pocos peces con asco, miedo y vergüenza ajena. En la explicación argumentan que «somos unos guarros y cosas mucho peores», textualmente. Unas habitaciones más allá, hay un acuario donde han introducido tres botellas de plástico llenas de agua hasta la mitad y, dentro de cada botella, un único pez que permanece en su burbuja, aislado de sus vecinos.

A medida que avanzo en la muestra, aumenta mi curiosidad por saber qué habrán hecho Tomás y Gonzalo. Ahora entiendo por qué mi hermano no me ha contado nada: quería que fuese una sorpresa.

Y lo es.

Porque es genial e inconfundible: han rellenado el acuario, prácticamente hasta arriba, con los vidrios pulidos de la Playa de los Cristales. De lejos parecen un montón de canicas blancas, verdes y también hay alguna azul, ámbar y hasta roja; pero si te acercas, ves los bordes redondeados de los cientos de cristales desgastados que casi rebosan el acuario. Encima de aquella montaña multicolor, unos tres dedos de agua en la que nadan a toda velocidad unos alevines como los que te encuentras en la orilla del mar.

Tomás, que está en el otro extremo de la habitación, me apunta con la mano como si fuera una pistola y hasta hace el gesto de disparar. Me gusta verlo contento y reconozco que han hecho un trabajo sobresaliente. Aprieto los labios para que no se note que vuelvo a emocionarme. U, a mi lado, tampoco da crédito a lo que estamos viendo: un acuario precioso, producto de la contaminación, sí, pero que la naturaleza y el tiempo se han encargado de transformar en algo hermoso e inofensivo. Belleza que nace de los desechos.

Le pregunto a mi hermano cómo se le ocurrió la idea y nos cuenta que, después de la visita a la Playa de los Cristales (omite la pelea con Roberto, el mamut abusón mastuerzo), buscó en Internet si había alguna explicación y encontró que en California existía una playa en la que también había una concentración muy alta de cristal pulido y se llamaba precisamente así: Glass Beach. Nos enseña, en el portátil que hay al lado del acuario, que le ha prestado Guille, una web que explica el origen de la Glass Beach y su relación con un vertedero ilegal que había en la zona. La playa, que en la actualidad es visitada por miles de turistas y de la que todos quieren llevarse un cristal de recuerdo, está protegida por la California Coastal Conservancy and the California Integrated Waste Management Board y pertenece al Parque estatal MacKerricher<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> <http://xurl.es/1rb2h>

—Hemos creado un perfil para que todo el mundo pueda subir sus fotos de nuestra Playa de los Cristales con el móvil —añade Gonzalo.

—Vaya curro —dice U—. Me parece *flipante*. ¿Y sabes si hay alguna más?

—Hay dos más: en [Benicia, California](#), y [Hanapepe, Hawái](#) —contesta Guille, que se ha empollado la Wikipedia para ayudar a mi hermano.

Tomás se encoge de hombros, señal de que su dosis de desidia vuelve a los niveles habituales;

pero todavía me queda una sorpresa: a la salida, cuando ya nos marchamos, me separa del grupo para darme una bolsita de papel de color morado, mi preferido, en cuyo interior hay un colgante.

—Lo he hecho yo.

Tomás ha engarzado, en un alambre, uno de los cristales pulidos que ha utilizado en el acuario y lo ha atado a un cordón.

—Te lo puedes poner como colgante, o también como pulsera —dice.

Le dejo que me lo ponga en la muñeca derecha. Necesita dar un par de vueltas al cordón y, cuando termina de hacer el nudo, me da un beso en la mejilla.

—Gracias —digo.

Y todo el mundo desaparece. Somos solo mi hermano Tomás y yo.

A la mañana siguiente, todos excepto MO están dispuestos a acompañarme al almacén de frutas para hablar con Chico Isla. No acabo de acostumbrarme a llamarle Roi; es como si sintiera que no le pertenece.

Tomás se llama Tomás desde siempre y por mí. Mi madre siempre contaba la historia de la misma forma. A mi madre, como a Marcos, le gustaba contar historias. Es difícil pensar en ella en pasado.

El Coche Dinosaurio avanza por una carretera distinta a la que habíamos utilizado para bajar al pueblo hasta ahora. Supongo que Marcos ha cambiado la ruta para que no recuerde lo del día anterior. Subo un punto el volumen de la radio del coche, como si me apasionara esta canción, y le enseño la pulsera que me ha regalado Tomás.

—Está guay.

Me gusta esta sensación: estar con mis amigos y sentir que avanzamos a través del espacio, del tiempo, con una banda sonora. Puedo cerrar los ojos y seguir el ritmo de la música y ver las sombras verdes, a los laterales del coche, en movimiento perpetuo mientras recuerdo cómo le gustaba a mi madre contar la historia del nombre de mi hermano, cuando nos decía que a los pocos meses de embarazo, cuando les dijeron que sería un niño, las conversaciones sobre el nombre se volvieron tensas hasta el punto de que llegó a haber alguna discusión. Ambas familias se creían con derecho a elegir el nombre de su segundo nieto y el tema salía a relucir en todas las reuniones familiares. Y, aunque estas discusiones nunca se trasladaron a mis padres, decidieron que para que ninguna de las dos partes se sintiera perdedora o ganadora ni siquiera le pondrían el nombre que ellos habían decidido: le pondrían el nombre con el que yo me había referido a él desde que me dijeron que mi madre tenía un hermanito dentro. Ese día, contaba mi madre, me acerqué a ella y poniendo mi mano en su tripa dije:

—Pobre Tomás, ahí dentro casi no tiene sitio. ¿Cuándo sale a jugar conmigo?

Desde aquel momento, siempre que me refería a él lo hacía con ese nombre: Tomás. Para mí nunca se ha llamado de otra forma.

«Mi madre ya no volverá a contar esta historia», pienso en el Coche Dinosaurio. ¿La recordará mi hermano? Es cierto que no tiene mucho mérito que me hicieran caso solo para deshacer el empate familiar, pero creo que Tomás no podría llamarse de otra forma: tiene cara de Tomás.

Marcos detiene el motor del Coche Dinosaurio en el aparcamiento de un edificio marrón con un cartel enorme: «Frutas & Verduras Camilo». Lo de los nombres no deja de tener su gracia.

Salimos del coche y solo Marcos me acompaña hasta las oficinas, donde una chica nos pide que esperemos hasta que termine de hablar a gritos por un aparatoso auricular-micrófono que tiene en la oreja derecha.

—De acuerdo, calculo que lo tendrá mañana antes de las dos. ¿Alguna cosa más? —pausa—. Gracias por confiar en Frutas y Verduras Camilo. Buenos días.

Tras cortar la comunicación, también a voz en grito, se dirige a nosotros para preguntarnos qué queremos.

—¿Trabaja aquí Roi? —pregunta Marcos.

Antes de que la chica pueda contestar, suena otra llamada, pero debemos parecerle lo suficientemente inofensivos como para, mientras habla por teléfono, señalarnos una gran puerta que hay detrás de ella y que da acceso a una nave, casi el triple de grande que nuestro comedor, donde hay muchísimos sacos ordenados contra una de las paredes, que son transportados en carretillas hasta unas aberturas que hay en la pared contraria, donde se cargan en camiones.

Además de los hombres que van y vienen con las carretillas, hay otros que inspeccionan y anotan

los sacos que llegan a los muelles de carga.

Señalo a Marcos un chico alto y delgado que está al lado del muelle Siete. Me sonrío; él también lo ha reconocido. Nos acercamos hasta él y, cuando estamos a unos tres pasos, nos saluda como si nos estuviera esperando.

Detrás de la parte posterior del edificio hay un descampado. Chico Isla nos lleva hasta allí y silba un par de veces. Desde la nada, aparece Osma dando saltos de alegría en nuestra dirección. Dejo que me lama las manos y le acaricio la cabeza. Chico Isla nos observa complacido.

—No te creas que se lo hace a cualquiera.

Osma se yergue al oír su voz y pega el lomo contra mi pierna. Con las orejas tiesas parece capaz de captar señales del mundo exterior. Chico Isla también le hace una caricia y pregunta por Tomás.

—Está muy bien, gracias —digo, enseñándole el colgante pulsera que me ha regalado.

—Es un buen chico. Los dos tenéis suerte.

—Hemos tenido suerte de encontrarte. Por eso quería volver a verte, para darte las gracias.

Marcos recoge un palo y se lo muestra a Osma, que enseguida entiende que aquello es lo más divertido que le va a suceder en toda la mañana. Marcos y Osma se alejan unos metros de nosotros.

—Pero también quería verte por otra cosa —continúo—. Quería que supieras que puedes contar con nosotros para lo que necesites. En tu *mail* decías que yo parecía triste y que debía animarme; de acuerdo, lo haré con una condición: que tú también dejes de estar triste. Esa es la impresión que tuve yo al conocerte: que eras el chico más solitario y triste que había conocido.

—Yo he decidido estar solo.

La gente no suele hablar con tanta franqueza, pero está claro que Chico Isla no pertenece a lo que llamamos «gente normal». Aunque su frase ha sido muy directa, no hay lástima en sus palabras.

—No entiendo. ¿Quién puede querer estar solo?

Chico Isla lanza una mirada hacia Marcos y Osma, que siguen jugando unos metros más allá, y comienza a narrarme su historia sin perderlos de vista.

—Yo tendría uno o dos años más que tu hermano y era la cuarta vez que me escapaba del Centro de Acogida, donde conocí a la Felicitas de la que te hablaba en el *mail*, para volver a casa con mis padres. Pero esa vez la paliza de bienvenida se les fue de las manos —Chico Isla hace una mueca que quiere ser una sonrisa—. Sí, se les fue, en plural, no te voy a mentir: en mi familia aquello era como si hubieran inventado un nuevo deporte. Y aquel día querían batir algún récord. Supongo que, cuando me quedé inconsciente, esperarían a que despertara y, como vieron que no reaccionaba, se debieron de asustar y decidieron deshacerse del problema. Mi padre tenía una pequeña lancha en la que a veces decía que se iba a pescar, aunque nunca comíamos pescado —dice con retranca—, y supongo que fue en ella donde me metieron y desde donde me tiraron al mar.

Por primera vez me atrevo a levantar la mirada hacia Chico Isla. Sigue hablando, con la mirada perdida en dirección a Marcos y Osma.

—Desperté en la playa de la Isla de Arena —continúa—. Tenía una herida en la cabeza y no podía mover este brazo. Las pocas fuerzas que me quedaban las utilicé para esconderme en el bosque. Estaba decidido a no volver a mi casa, pero tampoco quería volver al Centro de Acogida ni relacionarme con ningún ser vivo. Sin embargo, perdí de nuevo el conocimiento y tuve la suerte de que me encontrase Roi, el doctor del pueblo, y no cualquier otro que, al ver a un chico inconsciente, se hubiese dado media vuelta para no complicarse la vida.

Chico Isla cruza los brazos y me fijo en la cicatriz que tiene en el codo. Su expresión es triste y alegre a la vez. Le brillan los ojos como cuando estás a punto de llorar, pero no tienes lágrimas.

—¿Y no se lo has contado a nadie? ¿No tienes amigos?

—¿Quién los necesita? Me he acostumbrado a estar solo. Y está Roi.

—Parece buena persona.

—Habla raro —dice Chico Isla imitando la voz nasal del doctor—, pero lo es.

—¿Por eso te cambiaste el nombre?

—Eso nadie tiene por qué saberlo —responde, confirmando mis sospechas.

—¿Por qué no te fuiste antes de tu casa?

—Porque los quería, porque creía que ese era mi sitio. Y, de verdad, todavía hay días en los que pienso que yo tuve la culpa.

—¿Te arrepientes?

—Siempre pienso que podía haber hecho algo más.

—Creo que no te quedaba otra opción. Demasiado aguantaste.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

—Por lo que me contó tu hermano, vuestra historia es muy diferente. Tu padre...

—Mi padre no tiene nada que ver.

—Juana, tarde o temprano, tendrás que actuar...

—Sí, ya..., puedes ahorrarte el rollo...

—Puede que creas que no hay alternativa, pero siempre la hay. Lo único que no tiene solución es la muerte...

—Mi padre está muerto, ¿vale? —le interrumpo alejándome de él.

Grito a Marcos que deje de jugar con el perro, que ya nos vamos. Osma viene a despedirse, pero la ignoro; Marcos me pregunta qué ha pasado y me llevo el dedo índice a los labios para pedirle que se calle y, cuando intenta decir algo, vuelvo a pedirle que se calle. Osma lame mi mano y yo la retiro como si le tuviese alergia. Chico Isla, que no se ha movido ni un paso todavía, la llama y la perra desaparece. Marcos hace ademán de ir en su dirección, hasta que le pregunto si viene conmigo o no. Está tan desconcertado que sus pies se paran en seco. Chico Isla se acerca a nosotros a paso tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Yo siento las mejillas calientes y respiro fuerte por la nariz. Decido jugármela: reinicio la marcha hacia el coche. Y Marcos comete el error de seguirme.

**D**e nuevo en el coche, no consiguen que suelte una palabra. U y Guille le preguntan a Marcos qué ha pasado y él no sabe qué contestar. Paramos en el supermercado, compramos lo que tenemos que comprar y regresamos al campamento por la misma ruta que hicimos a primera hora de la mañana. Sin hamburguesas.

A la hora de comer, el enfado que ha empezado con Chico Isla en la parte de atrás del almacén de frutas se ha ampliado a las más de cien personas que hablan y comen y hablan a mi alrededor. Para colmo, MO se ha negado a compartir mesa con nosotros. Ni siquiera nos ha devuelto el saludo. Ha esperado a que nos sentáramos a su lado, a que dejásemos las bandejas sobre la mesa y, sin decir ni una palabra, se ha levantado y se ha marchado a otra mesa donde había un sitio libre.

Guille se huele el sobaco y dice:

—Yo me he duchado, ¿y vosotras?

Localizo a Marcos en el otro extremo del comedor, sentado con los monitores. Aparenta seguir su conversación, pero no deja de observarme. Lanza una mirada hacia MO y se encoge de hombros, como si me preguntara: «¿Qué mosca le ha picado a ese?». Y sin pensarlo, sin importarme quién me esté mirando, me llevo el dedo índice a la sien y me aflojo un tornillo.

—Quizá tenía razón al decir que no todo el mundo puede estar a tu nivel —dice U muy molesta. Me giro en su dirección y tardo un instante en responder:

—¿Perdona? Recuerda que se refería a las dos, bonita. Quizá deberías...

—¿Qué debería? ¿Enfadarme con el mundo?

—Chicas... —dice Guille mientras aparta las espinas de su pescado.

—Como hagas un chiste malo, te comes el plato —le corto sin pensar.

Hay un silencio. Guille se lleva el trozo de pescado a la boca y empieza a masticar.

—Pirata, tienes un problema —apunta U meneando la cabeza como un perro de esos que se ponen encima del salpicadero.

—Primero, no me llamo Pirata, y segundo, ¿sabes cuál es mi problema? Que en este campamento, la que no es una bruja —grito mientras me levanto y señalo a Jéssica— es gilipollas.

No he probado la comida. Me siento tan violenta, fuera de control, enfadada con todos los que me rodean, incluidos U y Guille, sobre todo con U y Guille y Marcos, que decido que lo mejor es marcharme.

Por la tarde, le pido a Óscar que me deje quedarme en mi habitación; pero Óscar se niega porque eso solo es posible si estoy enferma. Y yo no lo estoy, dice, convencido de que está descubriendo América. Así que le ruego, por favor, que no me obligue a volver con mi grupo. No podría soportar otra salida en el Vaurien a solas con U. Solo quiero quedarme en mi habitación y esperar a que pasen los tres días y medio que quedan.

—¿Qué te parece *windsurf* con los pequeños?

La oferta, que me habría parecido indignante en cualquier otra circunstancia, es lo más parecido a desaparecer, así que acepto sin haber escuchado la segunda parte:

—Es lo mejor que se me ocurre. Marcos necesita a alguien que le ayude con esos salvajes.

Así que yo solita acabo de meterme en una de las peores encerronas que se me ocurren: convertirme en la ayudante de Marcos con un grupo de niños que tienen la edad de mi hermano, entre los que está mi hermano, y que manejan la tabla de *windsurf* mejor que yo lo haré nunca.

Nuestro cometido es transportar a los participantes desde la orilla hasta la zona donde hemos colocado una par de balizas. Y vigilar que no se ahoguen. Es un trabajo demasiado sencillo para

que nadie, y menos Marcos, necesite refuerzos.

—¿Qué ha pasado en el comedor? —me pregunta.

«Maldita sea», pienso, «¿es que nadie me va a dejar en paz?». Calculo la distancia que habrá hasta la playa y me parece demasiada, incluso con el chaleco salvavidas, para recorrerla a nado.

—Ya has visto a MO; ha pasado de nosotras.

—No me refería a MO.

Hago como que la frase no va conmigo, pero es obvio que no hay nadie más sentado en la lancha. Estamos Marcos, yo y, un poco más allá, se acerca un niño de once años con una media melena que le hace parecer un príncipe o un ratero, todavía no lo he decidido, pero que no tiene ningún miedo y sí toda la confianza en su enclenque cuerpo. Marcos le recuerda que flexione un poco más las piernas y luego vuelve a mí.

—Juana —agradezco que no me llame Pirata, pero sigo mirando el horizonte como si no le escuchara—, no sé qué lío mental te estás montando, pero solo queremos ayudarte.

El agua está tan limpia que veo las rocas del fondo. Un grupo de peces desaparece en una mancha verdosa que supongo que serán algas. Meto las manos en el mar, está frío, pero me mojo los muslos. La tira azul del neopreno se vuelve azul oscuro.

—Lo de MO no sé cómo solucionarlo; supongo que tendremos que dejarle seguir su camino— continúa Marcos sin perder de vista al sucesor de nuestro príncipe ratero—. Pero sería una pena que tú y U os pelearais. Hacéis un buen equipo. Y tienes que reconocer que tu cabreo empezó con Roi, ¿por qué no me lo cuentas?

—Porque no. Porque tú eres un monitor y yo, una chica de dieciséis años a la que le faltan tres días y medio para volver a su vida.

—De acuerdo...

—¿Y si yo no estoy de acuerdo?

—Déjame terminar, por favor. Tampoco yo quiero que lo nuestro vaya en esa dirección. Los dos sentimos algo y dentro de tres días podremos estar juntos sin problema. Sé que para ti es demasiado pronto. Todos tenemos un pasado, pero no podemos quedarnos en él por muy malo que sea lo que hayamos hecho o nos haya sucedido. Tenemos que seguir adelante; en realidad, seguimos adelante, aunque te empeñes en vivir en el pasado o finjas que no sucedió, las consecuencias están ahí y te transforman. Lo quieras o no, tú ya no eres la misma que antes del accidente.

—Ya, lo sé: caminante, no hay camino —digo sin disimular mi retintín—, se hace camino al andar.

—No iban por ahí los tiros. Y no empieza así.

Y como si le diera igual mi enfado, se pone a recitar de memoria el poema completo:

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.  
Al andar se hace camino,  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante, no hay camino,  
sino estelas en la mar.



—Te flipa el Machado ese y de verdad que no lo entiendo.

—¿No entiendes el poema o que me flipe Machado? —intenta bromear, pero ya le he dejado claro que yo no quiero bromear.

—No, soy tontita y no entiendo un poema.

—Quizás es que no haya que entenderlo, Juana. El otro día te empeñaste en buscarle una explicación y eso está bien para el colegio o la universidad, pero aquí, en la vida real, ¿por qué no intentas sentirlo? Si no te dice nada, vamos a otra cosa. Pero pasa igual con todo. A tu hermano con los videojuegos o el baloncesto; lo siente, no está pensando cómo hacerlo. O como tú con la natación.

—Como yo con la natación —reconozco—. Y bien que te estás aprovechando de que no puedo escapar nadando. Seguro que estás compinchado con Óscar.

Ríe y, contra mi voluntad, esa expresión tan suya de cuando ríe me devuelve algo de ilusión, como si la ilusión fuese una energía renovable. Otro crío llega hasta la baliza donde estamos y, tras girar ciento ochenta grados, regresa por donde ha venido. El siguiente es mi hermano; realiza la maniobra con soltura y se aleja.

—Hay un recuerdo de mi madre —me escucho decirle a Marcos— que no se me va de la cabeza. Cuando bebía agua, tenía la manía de no tomarse el vaso completo y dejarlo sobre la encimera, pero no para terminárselo más tarde. Luego entrabas en la cocina y te encontrabas el vaso medio vacío. Mi padre y yo solíamos hacer bromas con aquello. La noche del accidente, también había dejado un vaso a medias sobre la encimera. Ninguno nos atrevimos a tocar aquel vaso en mucho tiempo.

Marcos pone una mano sobre la cubierta de la lancha, a medio camino de su cuerpo y el mío, como una invitación. Contra todas las normas, acaricio sus dedos.

—Es que todo es un asco —digo.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

—¡Todo!

Después de la actividad, coincido con U en las duchas y, como habría hecho cualquier otro día, me pongo a su lado, dejo mi bolsa de aseo junto a la suya y enchufo el móvil.

—Perdón —declaro a la U reflejada en el espejo que hay sobre los lavabos.

—Que te den, idiota —dice y, sin más protocolo, desaparece en la ducha que hay detrás de nosotros.

En la cena, Guille se une a nosotras y, como si nada hubiera pasado, igual que ha hecho U, empieza a soltar un rollo sobre algo que acaba de leer en un blog y que no nos interesa lo más mínimo. Todo parece indicar que volvemos a la normalidad hasta que MO pasa por nuestro lado sin mirarnos. U, con disimulo, mira dónde se ha sentado y, bastante cabreada, nos dice que con los Mastuerzos, lo que confirma nuestras sospechas: ahora MO es uno de ellos.

—Creo que les voy a cambiar el mote por «los Capullos» —reflexiona Guille en voz alta.

—No me suena igual de bien —digo.

—Es verdad que tiene muchas acepciones —Guille utiliza este tipo de palabras—, pero hay dos que les sirven.

Agarra el segundo móvil de U y nos lee: 5. [coloquial] Que es muy tonto, torpe o poco inteligente. «No seas capullo, ¿te vas a creer todo lo que te cuentan?». 6. Malsonante. [persona] Que actúa con mala intención y que trata de fastidiar a otros con sus faenas o malas pasadas. «El muy capullo no me dejó entrar en su casa».

—Las dos les valen —afirma U indiferente.

Nos miramos y volvemos a tener un instante de complicidad. Recuperarlos tan rápido me produce cierta euforia.

—Gracias, capullos —les digo, satisfecha de haber seguido el consejo de Marcos.

Después de la cena, nos dirigimos al Fuego de Campamento, que consiste en el juego de Las Sardinas. Como la mayoría de las actividades, creo que les hace más ilusión a los monitores que a nosotros, pero al final todos tenemos que jugar.

Las Sardinas consiste en que un miembro del grupo, la «sardina», busca un lugar, la «lata», y espera allí sin dar pistas. El resto tiene que buscarlo por separado y, cuando uno del grupo lo encuentra, se mete con él en la «lata» convirtiéndose en «sardina». Y esperan a que aparezca el resto del grupo. Gana el primer grupo que tenga todas «las sardinas en la lata».

No hace falta ser Guille, o cualquier otro superdotado, para fingir interés en el desarrollo del juego cuando la verdad es que hemos quedado en encontrarnos en la habitación y esperar a que algún otro grupo sea capaz de juntarse y quiera apuntarse el mérito de ganar.

Cada vez que escuchamos los gritos de victoria salimos, damos la enhorabuena a los ganadores y reiniciamos el simulacro que nos permitirá estar tranquilos otros diez minutos, la media aproximada por partida, en la habitación.

—¿Cuándo vamos a utilizar esto? —pregunta U sopesando uno de los huevos que hemos rellenado de pintura.

—¿Todavía queréis hacerlo? —interrogo.

Guille, que está tumbado en la litera de la Chica Emo haciendo un cubo de Rubik, propone que los tiremos esta misma noche contra una de las casas abandonadas que hay en el pueblo; pero U todavía no ha perdonado a Jéssica por la pintada en la pared. En lo de JYMO estaban mi inicial, la de Marcos y el nombre de MO, pero herir los sentimientos de MO ha sido como herir los de U. Y U tiene muy mala leche. A mí, con tantas idas y venidas, se me habían olvidado los huevos.

—Hagamos una cosa —digo—: si no vuelven a meterse con nosotros de aquí al final del campamento, hacemos lo que dice Guille.

Los tres asentimos, creo que convencidos de que no tendremos que utilizarlos.

El último jueves del campamento despierto más relajada, como si los pensamientos que me han venido bombardeando durante los últimos días estuviesen perdiendo fuerza. Espero a que suene el despertador para ponerme el pantalón del chándal y dirigirme a los aseos y, mientras me lavo los dientes, observo al resto de mis compañeras, tan ajenas, distantes, y me doy cuenta de que durante el campamento habré hablado, como máximo, con cuatro o cinco de ellas.

«Antes no era así», pienso. Mi madre siempre andaba jactándose con sus amigas de lo popular que yo era en el colegio, de mi facilidad para hacer amigos.

La Chica Emo, dos lavabos más allá, intenta exprimir el tubo de pasta de dientes sin mucho éxito. Le ofrezco el mío y me mira sorprendida.

—Gracias.

¿Por qué se sorprende tanto de un gesto tan corriente? ¿Tan borde hemos sido con ella?

—¿Se ha levantado U?

La chica se gira hacia mí, extrañada. Es cierto que nunca hemos tenido una conversación tan larga, pero yo no tengo la culpa de que parezca que ha consumido alguna droga que le ha provocado un daño irreversible en el cerebro.

—Nunca se ducha antes de desayunar.

—¡Imposible! —no he terminado de decirlo cuando me doy cuenta de que puede ser verdad—. Ahora entiendo muchas cosas... Oye, ¿cómo te llamabas?

—Cris.

—Yo soy Juana.

—Lo sé —sonríe y, como si la que hubiese sufrido daños irreversibles en el cerebro fuese yo, añade—: llevamos aquí casi dos semanas.

Tiene razón: es un poco tarde para presentaciones.

—Juana... —empieza a decir Cris, que hace demasiadas pausas en sus frases—. Juana, lo siento.

Mi cuerpo reacciona como si hubiera recibido una descarga eléctrica de tres mil voltios. Mi expresión se vuelve seria y mi mandíbula se cierra con fuerza. Miro a nuestro alrededor y compruebo que no somos el centro de atención, que cada una va a lo suyo, que todas siguen con su aseo matutino, indiferentes a nosotras. Quizás haya entendido mal o todo aquello sea un sueño. Eso es: me despertaré en mi cama y faltarán unos minutos para que suene el despertador.

—¿Qué sientes? —me oigo decir con brusquedad.

Cris cambia su actitud de nuevo. Pasa del modo distendido al miedo, ahora lo reconozco, el mismo miedo que nos producía mi padre en las discusiones con mi madre. Miedo en la cara de Cris, la misma expresión de Guille ayer al mediodía en el comedor, cuando discutí con U. Es como si de verdad estuviese despertando de un sueño, de una pesadilla, y empezara a ver las situaciones desde otro punto de vista. A verme a mí misma desde fuera.

—Nada... —dice, intimidada—. Perdona.

Quiero marcharme de allí, abandonar la conversación antes de que alguien salga herido, pero mis pies no se mueven; solo se mueve mi lengua.

—No, en serio, ¿qué sientes?

He subido la voz. Ahora sí, algunas de las chicas nos miran de reojo, pero nadie se atreve a decir nada. Cazo a una que nos mira en ese justo instante y le grito:

—¿Tengo monos en la cara?

Avanzo hacia ella y la chica sale de los aseos sin levantar la cabeza ni decir palabra.

Me vuelvo. Cris también se ha ido. Respiro hondo y me lavo la cara. Aún siento una tonelada de

ira dentro de mí.

Entro en el comedor todavía nerviosa. Elijo un zumo y un cruasán, y me siento al lado de U, que ya ha terminado el desayuno.

—Se te han pegado las sábanas, Pirata —dice Guille.

Intento sonreír. Por imposible que parezca, he vuelto a quedarme sin fuerzas. Apoyo mi frente en el hombro de U, que no hace nada, solo se queda ahí sentada, frente a una bandeja en un comedor lleno de chicos y chicas que participan en un campamento, chicos y chicas que, en su mayoría, no volverán a verse nunca más.

—Decidme que volveremos a vernos cuando esto acabe —les pido.

—Uy, esto es lo que pasa cuando no te tomas la pastilla de las nueve —bromea Guille y pone un ibuprofeno en mi bandeja.

Empiezo a reír y llorar al mismo tiempo.

—U, he descubierto que nunca te duchas antes del desayuno.

Por su sonrisa maléfica, para Guille también resulta un dato interesante.

—Tómate la pastilla, te va a hacer falta —dice.

Me limpio la cara con la servilleta, pero me escuecen tanto los ojos que pienso que nunca volveré a poder abrirlos. U me pasa un brazo por los hombros y me dice al oído:

—Mira con quién está MO.

Tardo en encontrarle porque no está solo. Y tampoco está en la mesa de los Mastuerzos. No solo está en la misma mesa que las Spoiler, sino que se ríe con ellas. Y cuando se dan cuenta de que los miramos, porque estoy segura de que se dan cuenta, y precisamente porque los estamos mirando, delante de todo el comedor, Jéssica besa a MO en los labios. Y no es un beso de amigos.

—Qué asco —digo, quitándole importancia.

Y estoy convencida de que, en ese mismo momento, Guille está pensando exactamente lo mismo que yo: tenemos que evitar un asesinato.

**D**urante toda la mañana, el mar está en calma y brilla el sol. Conseguimos que nuestro Vaurien no vuelque ni una sola vez, lo que sorprende tanto al monitor como a U, y como a mí. Es cierto que apenas hace viento y que hay tortugas que se mueven más rápido que nosotras, pero se trata de una importante mejora que me sube la moral. Además, el poco oleaje nos permite repasar todas las películas sobre asesinatos que conocemos y, como son difíciles de poner en práctica, volvemos a la idea de los huevos con pintura.

Es fácil olvidarte de tus problemas cuando ves la rabia en los ojos de una amiga. U ha pasado de cero a cien en lo que se tarda en tragar un desayuno y ver como el chico que te gusta, pero que ha confesado estar colado por tu mejor amiga del campamento, es decir yo, se da un beso de tornillo con una chica de muy mala fama, Jéssica, y que ha sido la responsable de una pintada que lo pone en ridículo: JYMO.

—No hay nada peor que ser un Spoiler —dice U.

—¿Recuerdas lo que nos reímos cuando Guille se inventó el mote? Incluido MO, el Besajéssicas.

—Solo hay una cosa peor que hacer *spoiler*; ser una Spoiler.

—Y ahora MO no tiene otra cosa mejor que hacer que enrollarse con esa. Algo no funciona bien en la cabeza de MO.

—¿En la cabeza? Ya te digo yo dónde no funciona bien...

—Puf, no me gustaría que te cabreases conmigo.

—Pues tú calla, que también me tienes contenta.

Reconozco eso de cabrearse con uno y pagarlo con todos, pero no me siento con autoridad para pedirle que se calme.

—En serio, creo que le están tomando el pelo. Esa es capaz de enrollarse con él solo por hacerte rabiar.

—Pues claro. ¿Lo dudas? A mí y de paso a ti. Es una p...

—Creo que ya sé lo que podemos hacer —interrumpo.

—¿Incluye huevos con pintura?

—Sí, pero va a ser difícil salir indemne.

—Genial. Eres la mejor inventando planes.

Le sonrío la ironía y le explico que mi plan tiene dos partes. De la primera nos encargaremos U y yo. Y será esta misma noche, después del Fuego de Campamento.

Después del Fuego de Campamento, cuando casi todo el mundo debería estar durmiendo, U y yo avanzamos, con media docena de huevos rellenos de pintura, por el camino de madera que bordea la playa hasta llegar a los bancos. Allí están, junto al resto de las parejas, Jéssica y MO. Manteniéndonos a su espalda, nos deslizamos tras la vegetación hasta una distancia lo suficientemente corta como para no fallar los lanzamientos.

—¿Estás segura? —le pregunto a U.

—¿Y tú?

Me asomo por encima del arbusto y, sin más, lanzo un huevo que explota azul en el respaldo del banco de MO y Jéssica. El ruido los hace volverse y, justo en ese momento, un huevo tirado por U se estrella contra la frente de MO, tiñéndole toda la cara. Lanzo otro y U hace lo mismo, aunque ya no sé si acertamos porque, al ver que Jéssica viene hacia nosotras en plan Velociraptor, nos hemos lanzado en retirada hacia el albergue.

—¿Esto formaba parte del plan? —me pregunta U mientras corre a mi lado.

—*Nop*.

Me doy la vuelta y amago con lanzar el huevo que me queda. Jéssica se desvía hacia un lado y ganamos unos instantes. Como el truco funciona, U y yo nos alternamos para repetirlo hasta que llegamos a la puerta del edificio donde casi chocamos con dos monitores. Asustados por nuestra carrera, desconcertados por nuestra cara de felicidad, sorprendidos por la llegada de Jéssica fuera de sí, con su vestidito salpicado de pintura azul, tienen que emplear todas sus fuerzas en impedir que la primera parte de mi plan termine en una pelea salvaje entre Jéssica y nosotras.

En la sala de reuniones, con solo una mesa por medio, los ojos de Jéssica siguen inyectados en rabia, una rabia azul como la pintura que mancha su vestido. Óscar, a quien no le ha hecho ninguna gracia tener que salir de la cama a las tantas de la madrugada, quiere dejar claro que esto no puede seguir así. Si no somos capaces de comportarnos, tendremos que aceptar que no podemos compartir con el resto del grupo lo que queda de campamento. Sin embargo, por más que intento permanecer seria, no puedo dejar de recordarlo con el disfraz de Síndrome, aquella malla que resaltaba tanto sus curvas.

—Juana, ¿te hace gracia?

Intento cambiar mi actitud y miro por el rabillo del ojo a U: ella sí que está seria de verdad.

—Pues me alegro de que os haga gracia —continúa Óscar—, porque mañana a primera hora llamaremos a vuestros padres.

Estoy a punto de levantarme de la silla, pero consigo reprimir el impulso agarrándome a la mesa. Trago saliva y pienso todo lo rápido que puedo antes de volverme loca.

—Pero solo quedan dos días... —digo en el tono más humilde que encuentro dentro de mí.

Una lágrima enorme recorre la cara de U, que sigue en silencio. Al otro lado de la mesa, Jéssica permanece con la misma mirada, fija en nosotras, como si solo estuviera esperando a salir al pasillo para arrancarnos la cabeza. Le devuelvo la mirada con la misma intensidad.

—Lo sé, Juana, pero esto ya es demasiado. Empiezo a dudar de que te importe lo que se diga de ti. ¿Pero y los demás? Estás arrastrando contigo a personas que nunca se habían metido en líos: Marcos, Guille, U, incluso Cris.

—¿Cris?

—Los hemos pillado fotocopiando los archivos. No sabemos para qué, pero estamos seguros de que no era idea suya. Guille tiene un coeficiente tan alto como su bondad.

Así que Guille ha implicado a Cris en lugar de a mi hermano. Al menos, Tomás se libra. ¿Les habrá dado tiempo a recopilar la información que necesitamos para la segunda parte del plan?

—Tienes razón —reconozco—. Todo ha sido idea mía. Lo siento.

—Me temo que ya no basta con sentirlo...

Miro fijamente un punto de la mesa y respiro hondo.

—Quiero decir que tienes razón en que ellos no lo habrían hecho. Yo los convencí y sería injusto que los castigases a ellos por mi culpa.

A Óscar no le sorprende mi confesión. Apoya los codos sobre la mesa, se lleva las manos a la cara como si quisiera aclararse las ideas y permanece pensativo un momento. Observo su rostro: las ojeras y la barba, incipiente en las zonas que se afeitó para caracterizarse de supervillano. Parece cansado.

De nuevo, siento que se me escapan las fuerzas. ¿Cuánto de razón hay en lo que ha dicho Óscar acerca de que yo los he arrastrado a esto? ¿Quiero ser ese tipo de chica? Al fin y al cabo, estoy haciendo lo mismo que Jéssica, pero desde el otro lado de la mesa. ¿Qué habría pensado mi madre si la hubiesen llamado a dos días de que terminase el campamento? Y por primera vez me

pasa por la cabeza: ¿qué pensaría ella?

Óscar suspira e inmediatamente sé que es una buena señal.

—Vale, supongamos que no llamamos a los padres de nadie.

Trago saliva y me preparo para lo que pueda venir.

—Primero, quiero que os mantengáis lejos del grupo de Jéssica y de cualquier otro problema en el tiempo que nos queda. Eso va también por ti, ¿OK?

—¿Y mi vestido? —dice Jéssica mostrando las partes manchadas de pintura azul.

—Tienes razón. Lo llevaremos a la tintorería y ellas la pagarán. Si no queda como nuevo, te comprarán otro.

Asentimos y Jéssica se muestra satisfecha, aunque sigue mirándonos de esa manera.

—Segundo, vosotras dos ayudaréis en cocina. Necesitamos refuerzos para la cena del sábado, así que, para irnos familiarizando, empezareis con los desayunos mañana a las siete y media.

Miro el reloj de pared y calculo las pocas horas de sueño que nos quedan.

—Cuando terminéis, preguntadles a las cocineras a qué hora tenéis que estar para ayudar con la comida y con la cena. ¿Entendido?

Uy yo decimos que sí a la vez.

—Recordad, chicas, ni un lío más.



A la mañana siguiente tenemos tanto sueño que las cocineras nos dan un bol lleno de café y nos dejan bebérselo antes de empezar a ayudarlas. La cocina está en la parte de atrás del comedor y es demasiado pequeña para las tres cocineras que hay, cuanto más para que nosotras estemos estorbando. Una de ellas, que tiene el pelo completamente blanco y unas manos más grandes que mi cabeza, se sienta con nosotras.

—A ver, ¿qué habéis hecho vosotras?

—Nada —digo casi bostezando.

—Eso ya lo sé. Así que aquí vais a hacer algo, ¿vale? Lo primero, no molestar y, lo segundo, obedecer. ¿Estamos?

U y yo decimos que sí. Emilia, que así se llama, recoge los cuencos y se marcha. No sé cómo actuar. ¿Seguirla? ¿Quedarnos sentadas? ¿Desaparecer? Miro a U para comprobar que está tan desorientada como yo.

Emilia vuelve con un saco lleno de manzanas, un barreño y una bolsa de plástico. Nos ofrece a cada una un cuchillo y deja el resto sobre la mesa.

—Las manzanas peladas van aquí —dice señalando el barreño—; aquí, las mondas —señala la bolsa de plástico—. Cuando terminéis, tengo fresas y *kibis*.

«Así se hace la macedonia que rechazamos todas las mañanas», pienso. Una pena tanto trabajo para nada. ¿No se darán cuenta de que nadie la toma?

Pelamos las manzanas y pelamos los kiwis.

—Pásame un *kibi* —bromea U cuando ya estamos más despiertas.

Troceamos toda la fruta. En el mismo barreño, añadimos zumo de naranja hasta que Emilia nos dice que es suficiente. Vierte medio paquete de azúcar y lo remueve con un cucharón soper, el mismo que me da a mí para que llene los cuencos que U va colocando en una bandeja que luego sacamos al comedor.

Faltan diez minutos para que sea la hora del desayuno y ya lo tenemos todo preparado. Siento una ligera satisfacción al mirar las bandejas llenas de macedonia, gelatina y bollos envasados que hemos colocado en el mostrador. Chocamos los cinco y entramos a la cocina para esperar con las cocineras. Desde el bol de café no hemos probado nada, así que alargo la mano hacia una ensaimada; pero, antes de romper el envoltorio, Emilia me dice que nosotras tenemos que comer antes o después que el resto, nunca al mismo tiempo.

No entiendo nada.

—Pero aquí dentro no pueden vernos.

—¿Y quién va a servir? ¿Nosotras?

Repaso mentalmente nuestras comidas en el campamento y solo recuerdo haber visto, en unas pocas ocasiones, a alguna de las otras dos cocineras; pero nunca a Emilia. Y siempre a otros chicos del campamento. Ahora entiendo que no eran voluntarios.

—Tenemos hambre —dice U—. ¡Podías avisar!

—Haber preguntado —le contesta Emilia y, tras guardarse dos ensaimadas y una napolitana en los bolsillos del delantal azul celeste, añade—: Para luego.

Cuando, por fin, el comedor queda vacío, nuestras tripas hacen más ruido que los motores de las cámaras frigoríficas. Emilia se acerca a nosotras y nos ofrece los bollos.

Ya hemos roto el plástico cuando Emilia dice:

—Para luego.

—¿Para cuándo? —pregunto sin entender.

—Para después de limpiar el comedor.

No nos lo podemos creer. Es como si hubiésemos sido trasplantadas a un campamento que es igual al nuestro, pero dentro del cuerpo de otra persona.

Todavía no son las diez de la mañana del último viernes y me parece que han pasado varios días desde que nos hemos levantado. U tiene una sonrisa extraña en la cara.

—¿Qué piensas? —le pregunto.

—Nada, que solo ha sido el desayuno. Nos faltan la comida y la cena.

—Esta es una de las cosas que me gustan de ti: tu optimismo.

Terminamos de limpiar las mesas y empezamos a barrer el comedor por el extremo más alejado de la cocina, como nos ha dicho Emilia Manos Diminutas.

—¿Te gusta la comida japonesa? —le pregunto a U.

—No es mi preferida.

Y entonces le cuento un recuerdo que no sabía que quería contarle.

—Una vez mis padres me llevaron a un japonés auténtico y es verdad que el *sushi* estaba riquísimo, pero cuando llegó la cuenta dijeron que ese restaurante tan caro no nos lo podíamos permitir.

—Mis amigos y yo solemos comprar *sushi* para llevar, ¿lo has probado? —me interrumpe U. Asiento y continúo con mi recuerdo.

—Pero como nos gustaba y queríamos comer *sushi* todas las semanas, pues los viernes solíamos ir a un restaurante medio japonés, medio chino barato, pero con un *sushi* aceptable. Aunque había de varios tipos...

—*Nigiri* es el que es una bola con el pescado encima; *maki*, el rollo con alga, y *sashimi*, el pescado crudo solo. Ese no me gusta nada —U entiende mi mirada y añade—: Vale, ya me callo.

—Me cuesta tanto distinguirlos como babor de estribor, así que le llamo *sushi* a todo, ¿OK?

U asiente y simula correr la cremallera de sus labios y tirar la llave.

—Gracias. ¿Por dónde iba? En aquel restaurante hacían un *sushi* aceptable, aunque había que tener cuidado de no elegir los rollitos de surimi, porque yo y cualquier persona con dos dedos de frente odia el surimi. El caso es que siempre había libre alguna mesa pegada a la cinta por la que circulaban sin descanso el *sushi*, en sus múltiples variantes, y las empanadillas y otras fritangas que daban vueltas y vueltas en la cinta sin que nadie las escogiera porque allí la gente iba a comer *sushi*. Además, en el precio del bufé estaban incluidos también varios platos calientes: pato, salmón o atún en salsa *teriyaki*, arroz tres delicias, gambas agridulces y brochetas de pollo. Y aunque el *sushi* no estaba tan bueno como en el japonés de verdad, podías comer todo lo que quisieras y a mi hermano y a mí nos hacía ilusión que llegase el viernes porque mis padres estaban felices: ninguno trabajaba el viernes por la tarde y solíamos hacer algo especial.

Emilia nos da dos fregonas y un cubo; volvemos al otro extremo del comedor y sigo con la historia.

—Toda la comida de la cinta venía en unos platos de plástico monísimos, solo de tres colores: blanco, verde y naranja. Mi madre y yo jugábamos a apilar los platos según el color y, como había muy pocos blancos, los intercalábamos con los platos verdes formando una columna naranja y otra verde y blanca. Mientras, mi hermano y mi padre intentaban sabotearnos. La mujer que vigilaba el restaurante siempre nos miraba mal. Era tan borde que mis padres pensaban que tenía que ser la jefa. Pues la sorpresa llegó cuando un día, al preguntar por los platos calientes, solo nos pregunto qué queríamos a mi padre, mi hermano y a mí. La supuesta jefa estaba a punto de irse y mi padre le preguntó a mi madre si ella quería algo, y la china o japonesa dijo: «Ella no caliente. Nunca toma». Nos quedamos alucinados. Era cierto: mi padre no lo había notado; sin embargo, mi madre

nunca pedía un plato caliente.

Permanecemos en silencio, hasta que U dice:

—¿La echas mucho de menos?

—Mucho.

**P**or la noche, después de recoger y limpiar el comedor por tercera vez en el mismo día, U y yo estamos tan cansadas que hasta nos cuesta teclear en nuestros móviles.

—Me muero por una ducha —digo.

—Voy a quemar esta camiseta y el pantalón; es la única forma de quitarles el olor a comida.

—Pues es tu camiseta preferida.

Me lo ha contado ella: la compró en un concierto de Imagine Dragons.

—¡Oh, no!, tienes razón. Pienso demandarlos.

Cuando salimos de los aseos, ya debe de haber empezado otra vez el Fuego de Campamento, pero como ayudantes de cocina tenemos permiso para llegar tarde y salir antes de todas las actividades. Nuestro plan es quedarnos en la habitación y compartir auriculares. U me cuenta que, una semana después del campamento, se irá de vacaciones con su familia a una isla del Mediterráneo que es como una especie de reserva natural. Sus padres son biólogos, se conocieron en la carrera, y son unos obsesos de los bichitos y las plantas, por lo que pasarán todas las vacaciones haciendo esas cosas que hacen los biólogos. Están muy contentos porque ella les ha dicho que seguramente estudiará Veterinaria, pero aún no se ha decidido.

—De animales grandes: caballos y eso. Lo que me da mal rollo es que se me muera un bicho — U dice mucho la palabra «bicho»—. Y tú, ¿qué piensas hacer?

Reflexiono un instante y me doy cuenta de que hace tiempo que no pienso en ello.

—No lo sé, la verdad.

—Bueno, todavía quedan dos años —U sube la música en los auriculares—. Esta canción es buenísima.

Bailamos y cantamos como si estuviésemos haciendo un vídeo musical. Todavía sin respiración, U saca el tema de MO.

—Que le den. Que les den a los dos.

—Así que... ¿abortamos la segunda parte del plan?

U sonríe con maldad. Es una expresión rara que no le había visto nunca, pero al final vuelve a su sonrisa cristalina y suelta una carcajada:

—¡Que os den! —grita.

Y yo hago lo mismo.

Seguimos escuchando música y me digo para mí que hemos tomado la decisión correcta: la segunda parte del plan era demasiado cruel incluso para las Spoilers y los Mastuerzos. Y tenía un defecto: no podríamos ver su cara cuando nadie fuese a recogerlos el domingo.

El plan era muy sencillo, bastaba con llamar a sus padres y decirles que el horario de recogida se había cambiado de las 11 a las 15 horas. A los padres les encantaría tener cuatro horas adicionales. Y los Mastuerzos y las Spoilers irían viendo como los otros chicos se marchaban con sus seres queridos mientras ellos esperaban a que sus padres aparecieran. Para eso necesitábamos los archivos.

Al repasar mentalmente el plan, me sorprende que todos hayan aceptado colaborar en algo tan cruel. Yo sé lo que duele pensar que se han olvidado de ti y no quiero que nadie pase por algo así por mi culpa.

Últimamente no dejo de tomar decisiones, pero no querer tomar una decisión también es decidir. U y Guille deberían darse cuenta de esto, pienso mientras recuerdo las palabras de Óscar en la sala de reuniones.

—Entonces, ¿quedamos en eso? Antes de que nos vayamos de vacaciones —dice, ajena completamente a mis pensamientos—, ¿vendréis tú y tu hermano a mi casa? Tenemos piscina y mi

padre suele hacer barbacoa casi todos los días. Te caerán bien mis primos.

Imaginar me en la casa de U con sus padres y todos sus primos haciendo una barbacoa junto a la piscina no me parece todo lo apetecible que debería, pero sonrío afirmativamente.

—Gracias. Aunque no sé si mi hermano querrá venir. Es un espíritu libre —bromeo—. No entiende nuestros chistes.

Le devuelvo a U el primer volumen de *Los juegos del hambre*.

—¿Te lo has terminado?

—Qué va, no he podido concentrarme mucho, pero ya veré la película. Dicen que no está mal.

—Quédate —dice mientras me lo vuelve a ofrecer—, ya me lo he leído y así tenéis que venir a mi casa. ¿No te está gustando?

—Bah, yo soy más de historias reales. Cosas que pueden pasar de verdad.

—Pero esto puede pasar...

—Claro. Es una *distopía* ambientada después de una guerra termonuclear *plutónica* cuando el Capitolio se instale en el poder.

—Vale, vale, tienes un profesor de literatura particular, de acuerdo.

Nos reímos. U contesta un mensaje en su móvil.

—Estos están en la playa, ¿vamos?

—Es que... —empiezo a decir— tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Sí, es una tontería.

U rompe el papel morado y sonrío al ver la segunda y la tercera parte de *Los juegos del hambre*.

—Los saqué de la biblioteca para que te los leyeras, pero con tanta movida no me he atrevido a dártelos.

—Serás idiota...

—Eh, sin insultar, que es un regalo. Me hubiese gustado comprártelos, pero...

—No importa, Pirata. Muchas gracias, aunque habrá que devolverlos a la biblioteca, ¿no?

—Ya. Pensé que te daría tiempo a leértelos en el campamento, pero ya ves. Total, ¿qué me van a hacer? No creo que vuelva nunca a este pueblo, así que quédate.

U niega con la cabeza.

—Creo que no. Tú haz lo que quieras —y deja los libros sobre mi cama—. En C también hay bibliotecas y cuando vengáis a casa podemos ver las tres películas.

—Son cuatro. El último libro...

—Las cuatro películas o solo las dos últimas —me explica—. Tenemos una sala de proyecciones que casi no usamos. A tu hermano le va a encantar: parece que los helicópteros vienen por todas partes.

Se acerca a mí para abrazarme.

—Gracias.

Es lo único que acierto a decir.

**E**l sábado amanece como lo que es: el último día del campamento, un día extrañamente amable, en el que todo el mundo sonríe y da las gracias por cualquier cosa, como queriendo dejar un bonito recuerdo. Por nuestra parte, a las cocineras parece que les hemos caído bien, pero no por ello dejan que nos escaqueemos de nuestras obligaciones. Emilia no se anda con chiquitas y, ya a la hora del desayuno, nos ha encargado que pelemos patatas para la cena en la playa.

El plan del día es el siguiente: desayuno – actividad – comida – actividad – cena en la playa – fiesta de despedida. Es decir, casi lo mismo que los días anteriores, pero con la certeza de que al día siguiente cada uno será recogido por sus familiares más cercanos y volverá a su vida. Algo en lo que he intentado no pensar durante todo el campamento.

Y es inevitable que suceda, porque yo no soy el Chico Isla.

Después de desayunar, Óscar se pasa por la cocina para ver qué tal nos portamos.

—Pues bien —le contesta Emilia—. Hacen lo que pueden.

—¿Necesitas a alguien más? —parece dudar Óscar.

—No, las chicas se apañan. Tú vete —y mueve una de sus manos, del tamaño de una gaviota, por encima de su cabeza.

Cuando volvemos a quedarnos solas, se sienta a nuestro lado, a la mesa que hemos ocupado desde el primer momento, que ha sido solo el día anterior aunque a nosotras nos parezca que han pasado semanas, y se pone a pelar patatas mientras nos cuenta algo de cuando ella tenía nuestra edad. No sigo muy de cerca su discurso, concentrada como estoy en sacar las mondas lo más finas posibles, al menos más finas que U, y agradecida por el voto de confianza que aquella mujer de la edad de mi abuela acaba de depositar en nosotras.

—¿Os gustan las hamburguesas?

—Claro —contestamos casi al unísono.

—Pues estas os van a encantar —dice sin disimular su orgullo—. No son como las del *burrikín* ese. Estas son de verdad. Mi hijo ha puesto un bar en el pueblo, al lado del supermercado, y si volvéis por aquí pasaos un día. Yo suelo estar allí. Y son las mismas que voy a hacer hoy.

—¿Al lado del supermercado? —pregunta U.

—Sí, si volvéis, pasaos por allí y preguntad por mí. Pero qué vais a volver vosotras a este pueblo con lo jóvenes que sois —Emilia tarda en empezar a hablar, pero cuando lo hace no espera que le contestes—; yo tampoco lo haría. Siempre guisando para otros y comiendo lo que los señoritos no querían... Pero alguna vez se comieron lo que no sabían. Eran más tacaños y agarrados que un puño.

Emilia cierra su mano derecha en el aire y la agita delante de su cara. Desde el principio nos ha llamado la atención su acento.

—Emilia, ¿no es usted de aquí?

—Qué voy a ser yo gallega, ¿lo parezco? Vine aquí de joven para casarme y ya me quedé, que no he sabido hacer otra cosa que tener hijos y trabajar. Por eso os envidio a vosotras, que tenéis toda la vida por delante y ningún pájaro en la cabeza. ¿Tenéis novio?

—Esta sí —se apresura a decir U.

—Eh, ¡que no es mi novio!

—Pues se lo dices a él, que son muy gallitos —nos aconseja Emilia, y nos reímos nosotras y las otras cocineras—. Yo me quedé viuda y con dos hijos, que son lo mejor que Dios me ha dado, pero si volviera a vuestra edad... ¿Cuántos tenéis?

—Dieciséis.

—Diecisiete.

—Pues eso, con los adelantos que hay ahora, me iban a pillar a mí. Estas son unas viejas —dice señalando hacia las otras dos cocineras—, como yo, pero todos los veranos venimos al campamento porque nos gusta estar con vosotros y porque lo hacemos bien, ¿o no? Que cocinar para ciento y pico no es como hacer la cena en casa.

—¿Eso de los señoritos...? —pregunto con curiosidad.

—Eso son cosas que no se cuentan.

—Anda, Emilia —insiste U.

La cocinera mira a los lados y, aunque no hay nadie, baja la voz.

—Algún pis se bebieron con la sopa, que no me dejaban ni chupar el hueso del jamón que se comían. Qué tacaños eran y qué hambre pasamos en Madrid en aquella época —Emilia mira su reloj, un reloj metálico que se le clava en su rolliza muñeca—. ¿Vosotras no tenéis que ir a los cursos?

Intentamos explicarle que preferimos quedarnos allí escuchándola, que no estamos obligadas a asistir a las actividades precisamente por ser sus ayudantes.

—Anda, id a lo que hayáis de hacer, que ya os hartaréis de estar en la cocina. Mucha igualdad, pero al final la mujeres siempre acabamos igual. Mi hija... —y cuando parece que se va a arrancar otra vez con uno de sus monólogos, se frena en seco y se pone en pie para quitarnos los delantales—. ¡Que os vayáis, leñe! Que aquí no pintáis *na* hasta la una, pero a la una aquí, que tenemos que preparar espaguetis de esos que os gustan, con tomate y chorizo.

Salimos del albergue todavía riéndonos. U está de acuerdo conmigo en que hay pocas Emilias en el mundo de nuestras abuelas. Imagino una reunión de ellas con las cocineras y no puedo dejar de reír hasta que llegamos a las pistas de baloncesto, donde está jugando mi hermano.

—Cómo te lo pasas —me dice, sin hacer amago de venir hacia nosotras.

—Dice U que podemos ir a su casa la semana que viene —improviso—. Tiene piscina y sala de proyecciones.

—Vale —es todo lo que dice; eso y un encogimiento de hombros.

—Te lo dije: todo le parece una aventura —ironizo para que U no crea que es algo personal.

Marcos se acerca para preguntarnos si no tendríamos que estar en alguna actividad.

—Pensábamos ir —dice U— a hacer la autopsia a un dinosaurio, pero acaban de decirnos que se han extinguido.

Marcos repliega velas y finge prestar atención al partido de baloncesto.

—¿Qué tal en la cocina?

—Emilia es la caña.

—Bueno, me alegro de que sea tan llevadero —me dice Marcos sonriendo—. No sabía que os fuera a...

—Lo peor es el olor en la ropa —lo interrumpe U—, pero por lo demás...

—Ya notaba algo raro —dice Marcos—. ¿Habéis probado a ducharos?

U carraspea.

—Marcos, puede que seas un buen poeta, no te he leído, pero como humorista tengo que decirte que no tienes ningún futuro. Lo siento por mi amiga, pero creo que lo tuyo es destripar los libros. Eso sí que lo haces bien, pero los chistes...

Estoy llorando de la risa.

—OK, me rindo —reconoce Marcos—. Supongo que esta noche nos veremos más calmados. Por

cierto, tengo el texto que me pasaste.

U se mete los dedos en la boca y hace el gesto de vomitar.

—¡No! ¿No me digas que eres de esos que escriben poemas a las chicas? —dice tras recuperarse de una especie de ataque al corazón.

Marcos, que sigue apoyado en la malla metálica que delimita el campo de baloncesto, empieza a reír y, sin que se dé cuenta U, me pasa un folio doblado. Luego, huye antes de que le digamos nada más.

—Cómo te pasas, U. Has estado al borde de lo más borde —digo por fin.

Y U, al más puro estilo Tomás, algo que tiende a contagiarse, se encoge de hombros todavía con lágrimas en los ojos.

—El método Emilia.

Empezamos a caminar hacia la playa, compartimos los auriculares de U y observo el cielo más azul. Guille se une a nosotras y nos hace una foto en la que U me lleva a caballito y luego otra en la que soy yo quien lleva a U. Hace un día soleado y el bosque que hay al otro lado de la carretera está lleno de verdes, y pienso que todo es posible.



Las hamburguesas son una cosa muy seria; sobre todo si tienes que hacerlas para más de cien personas. Para Emilia, la cena no es especial porque sea la última y se libre de nosotros; la cena es especial porque es la fiesta de fin de campamento y quiere que nos llevemos el mejor recuerdo.

Hemos preparado dos grandes parrillas en la playa y eso nos obliga a estar muy compenetradas para que la gente no tenga que esperar y para no hacer de más y que se queden frías. U dice que es como San Juan en su casa, pero con el triple de gente.

—En esas ocasiones cocina mi padre —dice—, aunque tienes que probar la ensaladilla de mi madre.

La verdad es que la fiesta de fin de campamento es como un mini San Juan en la playa de C. Faltan las hogueras, porque no nos dejan hacer fuego, y el alcohol: la sangría que nosotros servimos no lleva, aunque algunos se lo echan a escondidas. Como en San Juan, hay un montón de grupos dispersos por toda la playa y, dado que los días siguen siendo largos, veremos anochecer, nuestro último anochecer en el campamento.

—¿A quién buscas, niña? —me pregunta Emilia.

Me sorprende que me haya descubierto, ¿tanto se me nota?

—A nadie, a mi hermano —improviso.

—Será a nadie o a tu hermano, pero no a los dos. Anda, quitaos el delantal y marchaos por ahí, que esto ya lo acabamos nosotras.

—¿Seguro? —pregunta U, que le ha pillado el gusto a lo de la cocina.

—Podéis iros o convertiros en viejas como nosotras —le contesta Emilia antes de meterse un trozo de chorizo criollo en la boca.

U y yo les damos las gracias y nos vamos a explorar el resto de la fiesta.

Guille está en la parte de atrás del albergue, en el extremo del aparcamiento, observando a los Mastuerzos. MO está totalmente integrado, como si nunca hubiera sido nuestro MO, y las Spoilers parecen haberse convertido en las animadoras oficiales. Jéssica me mira de arriba abajo, pero esta vez no escondo la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntamos a Guille.

Subido al muro que cierra el aparcamiento, que no es más alto que mi cadera, Roberto, el Mastuerzo que se peleó con mi hermano, está de pie en actitud desafiante. Se dirige a chicos y chicas, los señala, dice alguna frase ingeniosa que intenta herir su orgullo, picarles lo suficiente para que compitan contra él.

Jéssica da un paso al frente y acepta el reto. Todo el grupo ruge y aplaude la candidatura mientras ella, con mucha agilidad, tengo que reconocerlo, se sube al muro en el extremo opuesto al de Roberto.

—Ahora viene lo divertido —dice Guille, y se une a los demás en la cuenta atrás.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Y al grito de cero, Roberto y Jéssica avanzan lo más deprisa posible el uno hacia el otro, recogiendo las monedas que han colocado previamente sobre el muro. No es fácil recoger una moneda; pero es todavía más difícil hacerlo mientras avanzas a paso rápido, y la cosa se complica cuando tu objetivo es frenar antes de chocarte con la persona que está haciendo exactamente lo mismo que tú, en sentido contrario.

Esto es lo que pasa: los dos contrincantes se acercan a grandes zancadas, complicadas porque tienen que agacharse para recoger las monedas, y consiguen frenar justo antes de que sus cabezas choquen una contra otra. Jéssica está a punto de perder el equilibrio, pero estira los brazos, con

los puños cerrados para que no se le caigan las monedas, y logra mantenerse sobre el muro.

El público gruñe, como si prefiriese la caída, y sin pausa empieza a cantar las monedas que, una a una, va mostrando nuestra imitación de *it-girl* particular. Una, dos, tres, cuatro... Jéssica abre las manos y se encoge de hombros como diciendo «esto es todo». Roberto la mira con una sonrisa victoriosa y agita en el aire una por una sus monedas. Hasta seis.

Roberto, 6. Jéssica, 4.

El público aplaude y envalentona al ganador mientras este rellena un chupito que hay sobre el muro, no me había fijado hasta este momento, de un líquido transparente que seguro que no es agua. Así que ese es el premio: el ganador bebe y reta a otra persona. En eso consiste el juego.

Jéssica se baja del muro y besa a MO.

—Ohhhhh, qué bonito —dice U, sarcástica—. Anda, vámonos de aquí.

Llevamos diez minutos sentados en la playa mirando el horizonte y sin sentirnos obligados a decir ni hacer nada, cuando llega Marcos.

—MO acaba de ganar a Roberto; parece que no se le da mal —dice y nos ofrece un sorbo de la botella que trae con él.

Huele a alcohol, así que se lo paso a U, que tampoco bebe. Guille se la devuelve a Marcos.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta U y, cuando Marcos vuelve a ofrecernos su botella, matiza—: Que no lleve alcohol...

—Un agua fría —digo.

—¿Vienes? —le pregunta U a Guille, que se levanta para acompañarla.

Se marchan hacia las neveras, las que hemos rellenado nosotras mismas un par de horas antes. Creo que en realidad no tienen sed y lo hacen para dejarnos solos a Marcos y a mí.

—¿Has leído lo que te pasé? —me dice Marcos.

—No me ha dado tiempo. ¿Es lo que te di de mi madre?

—Sí. He cambiado muy poco. Está muy bien escrito, enhorabuena. Se nota que lo has hecho con el corazón.

Toco la hoja en el bolsillo del pantalón, pero no me atrevo a sacarla. Me apetece besarle, un beso rápido en los labios, nada más, como el que nos dimos la noche que dormimos en la playa. Pero hemos acordado que eso no pasará hasta que acabe el campamento. El lunes ya podré quedar con él y pasear por C. Y el lunes es pasado mañana. No puedo creérmelo.

—¿Has pensado qué vas a hacer mañana? —me pregunta Marcos.

Intento volver al presente lo más rápido posible.

—¿Mañana?

—Cuando tu padre venga a recogeros.

Permanezco unos instantes en silencio.

—Lo que sé es lo que no voy a hacer —voy improvisando a medida que hablo—: no voy a hacer ninguna tontería.

—Es como no decir nada, pero me parece una buena idea. Creo que la primera que te oigo.

Le hago burla y vuelven las ganas de besarle.

—He encontrado otros versos para ti.

Marcos me lee en su móvil:

*Jamais vu*, de Rayden

Ama.

Ama a tu familia.

Ama a tus amigos.  
Ama a tu pareja.  
Ama tu trabajo, ama la vida, al arte.  
Ama como si no doliese,  
como si no fueras a lastimarte.  
Ama como si fuera  
la primera vez que lo haces...  
y a lo mejor es  
la primera vez que amas de verdad.

Me ruborizo.

No puedo creerme lo que estoy sintiendo, incluso me siento algo culpable por haberme enamorado de Marcos tan poco tiempo después de...

—Es bonito, gracias —tras una pausa, añadido—: Me hubiese gustado que la conocieras.

—¿Crees que le habría caído bien?

—¿A ella? Seguro, siempre andaba con un libro. Incluso en la tableta.

—La gente que lee me cae bien.

—A veces creo escucharla.

—¿Cómo escucharla? —Marcos se muestra sorprendido—. ¿Como un fantasma y eso?

—Gilipollas.

A veces Marcos se empeña en caerme mal, pero no lo consigue.

—No, solo oigo lo que me diría en una situación. Como si estuviera, pero sin estar.

—Ah, vale, ahora lo entiendo todo.

—Déjalo —reconozco entre risas—. Es demasiado para ti.

De repente, Tomás se tira a mi lado en la arena.

—Hola, parejita.

Lleva el flequillo pegado a la frente por el sudor, se lo aparto, pero no le gusta.

—Qué borde eres —le digo.

Tomás se encoge de hombros, y encogerse de hombros tumbado exige cierto grado de maestría.

—¿No os aburrís aquí solos?

—¿Por? —le vacila Marcos.

Tomás nos mira, primero a él y luego a mí, y cuando está a punto de decir algo ingenioso, escuchamos que U grita mi nombre. Nos giramos los tres a la vez.

—Juana, Marcos, tenéis que venir: están jugando a la moneda.

—¿Y? —pregunta Marcos.

—En la azotea. Y MO está borracho.

Seguimos a U hasta el edificio. Nos explica que los Mastuerzos han trasladado su juego a la azotea. Hasta ahí no deja de ser una trastada llevada a cabo por un grupo que, entre todos, no suma más de una neurona. Sin embargo, los Mastuerzos adoran el peligro y ¿qué hay más peligroso que mezclar alcohol con altura?

Llegamos a la azotea y me sorprende ver que ya está todo el mundo allí; monitores incluidos. Avanzo hasta primera línea esperando que MO haya recobrado la cordura, pero sigue subido al muro. Lo primero que pienso es en cuántos centímetros de ancho tiene. ¿Veinte? Parece todavía más estrecho que el del aparcamiento. Siento un nudo en la garganta cuando veo como MO coloca una nueva fila de monedas y reta a un nuevo adversario: Óscar, que está casi a su lado.

Por supuesto que Óscar no está allí para jugar a la moneda, pero tampoco puede abalanzarse sobre él, así que habla muy despacio.

—Yo no pienso jugar a eso —avanza un paso más y suspira—. Venga, bájate, no seas cabezón.

—Mirad quién ha venido —dice MO lanzando la mirada hacia mí—: Pirata. ¡Ay, no!, no la llaméis Pirata; ella se llama Juana. Y su escudero. ¿Por qué no te subes tú aquí conmigo, Marquitos?

Noto como todas las miradas se vuelven hacia nosotros, en especial las de las Spoilers y la de Jéssica, que se clava en mí como desafiándome. No sé qué hacer.

—¿Y si subo yo?

MO sonríe.

—Uhhhhh, qué miedo...

Camina al otro extremo del muro. Bebe directamente de una botella que tiene allí y arruga toda la cara después de tragar, como si le abrasara. Luego abre la boca, toma aire y finge que no pasa nada. Y lo peor es que se cree que no pasa nada y vuelve a alzar la botella y pregunta quién quiere un trago. Lo he visto muchas veces en los jardines: chicos o chicas que beben porque es divertido saltarse las normas y tu cerebro obtiene su dosis de euforia, aunque sepas que al día siguiente te va a doler la cabeza como si hubiera reducido su tamaño. He visto a gente bebida hacer muchas tonterías, pero nunca jugarse la vida a tres pisos de altura.

Marcos me aparta y avanza hacia el muro.

—Ven conmigo, Marquitos. Solo una vez, te va a gustar. Quien consiga más monedas bebe y se queda.

Estas son las reglas de este juego estúpido. Solo que tienen una caída de un metro hacia un lado y de más de diez por el otro.

U me dice que MO ha ganado dos partidas en la azotea, pero no sabe cuántas en el aparcamiento. Por su forma de hablar, deben de haber sido bastantes.

—Tú quieres quedarte, ¿verdad? —MO desafía a Marcos.

Óscar utiliza solo uno de sus brazos, que es como una de mis piernas, para detener a Marcos.

—Tengo que hacerlo —insiste.

—No, no tienes que jugarte la vida por un borracho —continúa Óscar con tono tranquilo—. Nadie está obligado a ayudar a quien no quiere ser ayudado.

Todos en la azotea permanecemos en silencio. Aquellas palabras son muy duras; puede que tenga razón, pero MO está subido a un muro a tres pisos de altura y aquella táctica no parece la más apropiada para hacer que desista.

—Quiero hacerlo —dice Marcos—. Está ahí por mi culpa.

—Ni hablar —debe de ser la frase más corta que le he escuchado a Óscar en todo el campamento—. Chicos, despejad la azotea ahora mismo —les ordena a los monitores.

Óscar habla en serio: quiere que desalojemos la azotea, quedarse a solas con MO. Algunos monitores dudan si obedecerle o no. Al final, todos le hacen caso y piden a los que todavía no habían empezado a marcharse que lo hagan. Marcos me toma del brazo y me acompaña hasta la puerta.

—¡No os vayáis, que la fiesta no ha terminado! —grita MO—. Marcos, Marquitos, pasa del supervillano y ven conmigo.

Caminamos en silencio hacia la puerta por la que salen todos mis compañeros.

—¡Aburridos! —vuelve a gritar—. Marchaos todos de aquí. Me da igual. Paso de vosotros. Marcos me deja salir primero.

Intento ordenar mis ideas. Siento mucha pena por lo que está sucediendo, por que MO tenga tan poco aprecio a su vida como para ponerla en juego de esta manera tan estúpida. Estoy triste por que no comprendo cómo puede haber llegado a esta situación. ¿Qué quiere demostrar? ¿A quién? ¿Qué sentido tiene? No comprendo a quien ha sido mi amigo hasta hace menos de una semana. ¿Ha sido? ¿Ha dejado de serlo? ¿Cuándo? ¿Cómo? Y como no puedo entender nada de esto ni ayudar a MO, siento una gran tristeza dentro de mí.

Salimos al exterior del edificio por la puerta principal. Los monitores insisten en que vayamos a la playa o permanezcamos dentro, pero que nadie puede quedarse allí, mirando. Y, como todos, lanzo una ojeada furtiva y compruebo que MO sigue subido en el muro, en el mismo sitio, junto a la botella, y habla con alguien; supongo que será Óscar porque no podemos verle. MO se gira hacia nosotros y nos saluda.

—Meteos dentro, por favor —dice Marcos.

Y, justo en ese momento, MO desaparece de nuestra vista como si alguien o algo hubiera tirado de él violentamente.

Marcos se lanza a toda velocidad escaleras arriba y yo le sigo y, cuando llegamos al rellano de la azotea, vemos a Óscar y otros dos monitores sacar a MO en volandas.

—¿Te gustaría ser la presidenta de mi club de fans? —me pregunta al pasar a mi lado.

—Venga, se acabó el juego —dice Óscar—. Ahora sí que la has liado. Puedo asegurarte que tus padres van a flipar mañana.

Me giro y digo en voz baja, solo para que Marcos pueda escucharme.

—Vámonos de aquí.

MO, que ya estaba a un par de metros de nosotros, nos escucha y todavía tiene humor para añadir:

—Eso, vamos a la playa. Los dos juntitos.

Ni Marcos ni yo hacemos ni decimos nada, solo nos quedamos contemplando cómo se lo llevan a la enfermería.

—Vaya final de fiesta. No voy a olvidar nunca mi primer campamento —me dice.

—Yo tampoco.

—¿Seguro? Juraría que esto es de lo más normal en la vida de un pirata.

Me da un beso de refilón y rápido. Miro en todas direcciones por si alguien ha podido vernos: estamos solos.

—Lo siento —dice—. No he podido contenerme.

Siento que si quiero empezar una relación con Marcos tengo que hacerlo bien y no de cualquier manera, allí, en el descansillo del primer piso de un albergue. Siento, porque no es algo que sepa ni razone, solo lo siento, igual que toda la impotencia, los ataques de ira y las ganas de venganza.

Siento que existen muchas formas de amor: desde el amor de una madre al de un hermano; la amistad y el que yo acabo de descubrir. Y me gusta que exista el amor en todas sus formas y variantes.

—Mejor esperamos —digo por fin—. Ya que va a ser difícil, hagámoslo fácil. Me gustan el chocolate y las flores. Me encantan los regalos sorpresa.

—Perfecto, entonces. ¿Qué sorpresa prefieres primero? ¿Chocolate o flores?

Y es cierto que me gustan las sorpresas, siempre me han gustado. Y el chocolate y las flores.

—Elige tú.

—Va a ser una cita perfecta. Va a ser la mejor cita de tu vida —empieza a envalentonarse—. No hace mucho una chica se empeñó en que tuviera mi mejor dieciocho cumpleaños. Y lo consiguió.

—La has fastidiado justo al final —sentencio.

—¿Por?

No me gusta decírselo así, pero tengo que hacerlo. Tenemos que empezar nuestra relación mostrando las cartas desde el principio y decido arriesgarme.

—No hables tanto de Lau.

Ahora es él quien está descolocado.

—Está bien —me responde.

Pero sé que no lo está.

—No te digo que no me cuentes nada de ella. La pones muchas veces como ejemplo, y no terminasteis muy bien que yo sepa. Entiendo que todavía te guste, pero si quieres que estemos juntos deberías hacerme sentir que soy, por lo menos, tan importante como Lau. Se te llena la boca con esas tres letras. Yo soy yo y puede que no sea tan maravillosa, pero es lo que hay. Lo tomas o lo dejas. Yo no quiero que te sientas obligado a estar conmigo porque soy la chica rara que no tiene madre y a la que ayudaste a rescatar a su hermano.

—Y que no se habla con su padre —añade.

—Y que no se habla con su padre —repito—. Esto es lo que siento. Has conseguido, y hacía mucho que nadie lo conseguía, que no piense solo en mi madre. Después de su muerte, volver a sentir algo en positivo por alguien me parecía imposible. Sus recuerdos me duelen menos contigo, pero te mentiría si te dijese que no tengo miedo de mañana y también de pasado mañana.

Termino mi discurso y siento un gran alivio.

—Acepto.

Y sonrío de esa manera que me enloquece, con su cara muy cerca de la mía.

—Perfecto —digo—. Y salgamos de aquí antes de que no pueda evitarlo.

Le tomo de la mano y bajamos el último tramo de escaleras. Nos soltamos justo antes de entrar al pasillo y marcharnos en sentidos opuestos.

La mañana del domingo, después del desayuno, nos dicen que tenemos que dejar la habitación recogida y limpia como si fuera cualquier otro día de campamento. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante idea? No es algo muy lógico limpiar una habitación que va a estar un año vacía. Sin embargo, a estas alturas, ya hemos entendido que nuestra lógica no sirve de mucho en este campamento.

El problema más grave a la hora de recoger la habitación es conseguir que toda mi ropa quepa en la maleta. ¿De verdad alguna vez ha cabido? Es imposible. Cuando estoy sentada sobre la maleta, intentando cerrar la cremallera, una pareja llama a la puerta y se asoma.

—¿Uxía?

U se lanza sobre sus padres y, con el mismo ímpetu, empieza a contarles cantidad de detalles que no tienen tiempo de asimilar, incluido que tienen que llevar a Cris, la Chica Emo, a C. Luego, como si yo me hubiese materializado de repente, nos presenta y les comunica que el próximo fin de semana iré con mi hermano a su casa. No me había imaginado así a sus padres: parecen dos ejecutivos en vez de dos biólogos. Dicen a todo que sí y la ayudan a terminar de hacer el equipaje. U sigue hablando sin parar.

—¿A qué hora llegará tu padre?

—A las once. Todo OK —digo mirando la maleta, de la que asoma una sudadera granate como si me estuviese sacando la lengua.

—Yo he metido alguna cosa en bolsas de plástico —dice Cris, la Chica Emo.

Le doy dos besos, le deseo buen viaje y ella se despiende con un «ya nos veremos» como si mañana siguiéramos compartiendo habitación. U y yo nos damos un largo abrazo, dos besos, tres, y nos volvemos a abrazar.

—Pirata, nos vemos el fin de semana, ¿vale? —su voz suena rota por la emoción—. Dile a tu hermano que venga o vienes tú sola, ¿vale? Te quiero mucho, ¿vale?

Tres «vale» en la misma frase son muchos «vale». Nos reímos llorando, que es una nueva modalidad que parece dárseme bien, y U se marcha dejándome a solas con mi maleta y la búsqueda desesperada de bolsas de plástico.

Para mi sorpresa, Tomás ha conseguido completar la Operación Recogida antes que yo, así que vamos juntos a darle las gracias a Óscar. Al final, el supervillano ha resultado ser de los buenos, aunque su forma de hablar sea como en los libros de Lope de Vega que estudiamos en el instituto.

—Bueno, Pirata —a estas alturas ya no voy a luchar para que me llame por mi nombre—, espero volver a verte el año que viene. Esto resultaría demasiado aburrido sin tu *dinamización* —esa es la palabra que usa—. Y tú, joven, obedece a tu hermana en todo lo que te diga, ¿eh?

Nos estrecha la mano y salimos de la sala de reuniones.

Los pasillos están llenos de chicos y chicas con maletas, adultos que los ayudan y despedidas lacrimógenas. Marcos, desde el umbral de su puerta, me mira fijamente.

Mientras nos acercamos, observo que tiene el pelo todavía húmedo y los ojos le brillan como el día de la escapada. Me lanza una sonrisa de esas que te hacen sentir única en el mundo. Que un chico te mire así te ayuda a enfrentarte a tus problemas, pero que lo haga el chico del que estás enamorada te hace creer que tienen solución. Si, además, lleva una camiseta blanca que le queda perfecta, ¿puedes pedir algo más?

—¿Te veo mañana? —me pregunta.

—Puede —le contesto sin detenerme.

Entre todo el barullo, paso a su lado convencida de que si me paro no podré resistirme a aquella

mirada.

—Tengo tu número...

—Úsalo —sonrío, volviéndome a varios pasos de distancia.

Mi padre llega al aparcamiento a las 10:57 en un todoterreno nuevo. Vinimos en el coche de mi abuela porque a él le acababan de quitar la escayola, y se sorprende de que le estemos esperando en el aparcamiento.

—¿Tan mal os han tratado?

Levanta a mi hermano a dos palmos del suelo y mantiene el abrazo mientras nos dice las ganas que tenía de vernos.

—¿Cómo estás, Juana?

Esbozo una sonrisa mientras abro el maletero del todoterreno. Mi padre se acerca para besarme, pone sus manos en mis hombros y me contempla unos segundos.

—Vaya. Yo te recordaba más pequeña y mucho más fea.

Me encojo de hombros.

—¿Y esta pulsera? —pregunta señalando el regalo de mi hermano.

—Juana tiene novio —suelta Tomás.

—Serás...

—Imagino que será futbolista.

—Se llama Marcos y es poeta —continúa mi hermano.

Dejo que haga su crónica particular mientras mi padre y yo metemos las maletas en el coche. Por supuesto, Tomás no dice nada de la pelea en la Playa de los Cristales ni de la Isla de Arena, y tampoco del juego de la moneda en la azotea. Mi padre le escucha con atención hasta que repara en las bolsas de plástico.

—¿Y esto? —dice, descolocado.

No digo nada. Aprieto los labios con fuerza y las meto yo misma en el todoterreno. Mi padre se limita a arrugar el entrecejo y la nariz como si le fuese difícil de comprender.

—Parece ropa sucia. Espero que por lo menos sea tuya —bromea.

Quiero decirle que le quiero, que le he echado de menos, pero no desde que estoy en el campamento sino desde antes. Y que necesito que me perdone por no haberle perdonado yo a él. Y que no dejo de recordar a mi madre, pero que hacerlo ahora duele un poco menos.

Sin embargo, no es eso lo que digo.

—Tengo que devolver unos libros en la biblioteca del pueblo.

Durante el trayecto, no puedo evitar mirar el asiento del copiloto vacío. Me fijo en que mi hermano también lo mira. Mi padre nos pregunta si nos gusta el coche nuevo. Ninguno contestamos. Intento disimular, pero ya es demasiado tarde.

—¿Tú crees que ella nos está viendo? —pregunta Tomás en un tono de lo más normal.

Opto por la sinceridad.

—No lo sé. Yo, a veces, la escucho como si estuviera aquí —ahora es más fácil hablar de ello—. Sé que no está, no es un rollo fantasma y eso, pero escucho su voz.

—¿Y qué te dice?

—Me aconseja.

—Yo no la escucho. Ni la veo —dice—. Pero me gustaría que estuviera aquí.

—Y lo está, Tomás. Está aquí —le contesto señalando su corazón—. ¿Recuerdas las comidas en el japonés? ¿O cuando le picó el escarapote el verano pasado?

Mi hermano sonrío un sí. Cazo la mirada de mi padre en el retrovisor mientras el todoterreno



avanza sereno por la misma carretera que hemos bajado y subido tantas veces en el Coche Dinosaurio. Sin embargo, hay algo distinto en este viaje. Y no me refiero a que el todoterreno sea más alto o infinitamente más cómodo; me refiero a que este paisaje ya no me asusta, a que ya no siento esa sensación de peligro de las otras veces.

Devuelvo los dos libros de *Los juegos del hambre* y Alicia, la bibliotecaria de sonrisa indeleble, se despide de mí con la misma sonrisa del primer día. Me alegro de verdad de haberla conocido, como me alegra también haber conocido a Roi, el médico más bondadoso y con menos capacidad pulmonar de este hemisferio. Y a Emilia, la cocinera. No sé si volveré a verlos, pero siento que me llevo parte de ellos conmigo y que los recuerdos que hemos construido me acompañarán toda la vida.

De nuevo en el coche, dejamos el pueblo atrás y, antes de entrar en la autovía con dirección a C, pasamos frente al almacén de Frutas y Verduras Camilo. Le envío un correo a Chico Isla diciéndole que hemos terminado el campamento, chateo con U sobre el próximo fin de semana y repaso las actualizaciones de mi muro, donde Marcos ha dejado un texto de Jaime Sabines:

Yo no le tengo miedo a nada,  
pero todavía no me explico  
por qué tiemblo cada vez que te veo.

Le estoy contando a U lo del poema en mi muro, cuando recibo un mensaje de un número desconocido:

Gracias por tu correo. Este es mi número, Roi.

Contesto:

Gracias a ti.

Y, cuando voy a guardarlo en *Contactos*, veo que ya había recibido un mensaje desde el número de Chico Isla: el aviso de que mi hermano estaba en la Isla de Arena.

Se lo cuento a U por mensaje y me recuerda que seguimos sin saber por qué Osma, la perra, se llama así.

Vuelvo a escribir a Chico Isla para preguntárselo y enseguida recibo la respuesta:

Por nada especial. Lo primero que se me ocurrió.

Otro secreto que al desvelarse pierde toda la gracia. Sin duda, eran mucho mejores las explicaciones que nos habíamos inventado nosotros.

Llegamos a C y ver las mismas calles de siempre, por las que no volveré a ir con mi madre, me pone rabiosa de nuevo. Respiro hondo y observo a mi hermano, dormido a mi lado, en la parte de atrás de un todoterreno conducido por mi padre.

Me llamo Juana. Mi madre murió en un accidente de coche. El coche lo conducía mi padre, que sobrevivió. Mi familia era una familia normal, y no creo que fuéramos mejores ni peores que otras familias. Mi madre lo sabía. Mi madre lo sabe. No me gusta hablar de ella en pasado, pero me han dicho que tengo que acostumbrarme. No me hablo con mi padre desde el accidente; para mí también está muerto, aunque vaya conduciendo ahora mismo.

Empiezo a llorar. Mi padre me mira por el espejo retrovisor y me pregunta si estoy bien. No, no lo estoy, pero sigo sin hablarle y voy a seguir sin hacerlo hasta que me explique por qué me ha tenido que pasar esto a mí. Por qué a mi hermano y no a cualquier otro.

Entramos en nuestra calle y luego al aparcamiento. Despertamos a mi hermano y subimos en el ascensor hasta casa. Cuando se abre la puerta, todo lo que veo me parece de una película antigua, de esas que has visto muchas veces, pero no recuerdas su argumento.

Me encierro en mi habitación sin decir ni «hola» a mi yayo ni a mis abuelos, concentrada en seguir odiando a mi padre por lo que nos ha hecho. Me gustaría que hubiera muerto en el accidente. ¿No era él quien conducía? Volvían de cenar en casa de unos amigos. Era sábado y yo no quería quedarme en casa para cuidar de mi hermano pequeño, quería salir con mis amigas. Y lo hice. Cuando se marcharon mis padres, acosté a Tomás y me fui con ellas a los jardines. Sabía que aquello estaba mal, pero lo hice. Y lo peor es que todo el rato me sentí mal, como si me fueran a descubrir en cualquier momento. Cuando volví a las doce, mi hermano estaba levantado con sus videojuegos. Le regañé y me dijo que, si yo podía saltarme las normas, él también. Le ordené que se acostase, que él todavía era un niño. Discutimos. Llegamos a pelearnos y le quité el cable que conecta la consola con la tele. Lo escondí y me fui a mi habitación. Cuando desperté, mi hermano estaba dormido en el sofá. Mis padres no habían vuelto a casa.

Los llamé a sus móviles y estaban apagados o fuera de cobertura.

Al día siguiente del accidente, mi abuela vino a casa con una mujer de los Servicios Sociales que dijo que trabajaba en nuestro colegio, aunque nunca la habíamos visto. Mi hermano y yo escuchamos lo que tenían que decirnos: un montón de palabras de las que no nos interesaba ninguna. Yo solo quería que mis padres volvieran a casa, pero nunca lo harían: mi madre había muerto y mi padre estaba muy grave, en cuidados intensivos. Esa era la realidad.

Mi abuela, la madre de mi padre, había ido al hospital, pero nosotros no podíamos. Nos contó que mi padre estaba dormido con muchos tubos y que a lo mejor no despertaba.

Su coche se había salido de la carretera, todavía no sabían por qué, pero había otros dos coches y una curva y un tramo donde había muchos accidentes. La policía lo estaba investigando y quizá viniesen a casa a hacernos unas preguntas. Me dijeron que mi madre y el conductor del otro coche, el que estaba adelantando, habían muerto en el acto. La mujer del otro coche se había salvado y había contado lo sucedido.

Las siguientes semanas mi padre estuvo muy grave. Mi abuela vivía con nosotros para que siguiéramos yendo al colegio, pero ni mi hermano ni yo teníamos ganas y aprobábamos los exámenes porque los profesores hablaron con nosotros y luego hablaron con mi abuela y luego volvieron a hablar con nosotros para decirnos que teníamos que ser fuertes y que ya éramos mayores, sobre todo yo, que tenía que cuidar de mi hermano y ayudarle a superar aquel momento.

Mi padre volvió a casa un mes y medio después del accidente. Mi abuela seguiría con nosotros; nos dijeron que aquello era provisional. Yo no quería ver a mi padre. Estar en la misma habitación que él me provocaba ganas de vomitar. Él me miraba, nos miraba y se ponía a llorar. Durante la comida del día de su regreso, decidí que yo no pensaba llorar. Me prometí que yo no iba a llorar.

Mi yayo, el padre de mi madre, se sentó a mi lado y ninguno comimos nada de lo que había cocinado mi abuela. Le pregunté si podía irme a vivir con él.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó.

—Porque no quiero vivir aquí —contesté.

—Pero Juana, aquí están tu hermano y tu padre...

—Por eso precisamente.

Mi padre seguía llorando. Mi abuela se levantó y se fue a la cocina; su marido, mi otro abuelo, levantó la copa llena de vino y la apuró de un trago.

Mi hermano apartaba las rodajas de zanahoria del resto de la comida: mi madre nunca se las habría puesto en el plato.

—¿Puedo irme contigo, Juana?

—Aún no sé si puedo irme yo. ¿Puedo, papá? —le pregunté, mirándole directamente.

En ese momento me hubiese gustado que todo hubiera explotado por los aires. Si todo hubiese acabado ahí, solo habría sentido alivio.

—Yo prefiero que te quedes con nosotros. Si quieres, cuando acabe el curso, puedes visitar al abuelo unos días. ¿Le parece bien, Manuel?

—Claro que sí, cuando acabe el curso, ¿vale, Juana?

Me levanté de la mesa con tanto ímpetu que me golpeé con ella y se movieron todos los platos, incluso se cayeron algunas copas y vasos, pero me daba igual. Mi padre solo me miró, ni siquiera hizo amago de levantarse; mi abuela volvió de la cocina asustada por el ruido.

—¡No soy una niña, no hace falta que me digáis lo que quiero oír! —grité al borde del llanto.

Mi abuela intentó abrazarme, pero me fui a mi habitación antes de romper mi promesa, la misma habitación donde estoy ahora, donde he pensado tantas veces en huir de todo, escaparme como hizo el Chico Isla, como hizo mi hermano en el campamento. Llegué incluso a imprimir la ruta que seguiría y guardé todos mis ahorros, que eran para un móvil nuevo, para empezar de cero. Todo está aquí, en esta mochila que rescato justo ahora.

Abro la mochila y cuento el dinero que ya he contado tantas veces. Repaso los mapas que he impreso de Internet. Mi plan es muy sencillo: emplear todo el dinero que había ahorrado para un móvil nuevo en llegar a un sitio donde nadie me conozca, buscar un trabajo y estudiar por mi cuenta; eso lo tengo claro. Pero, ¿de verdad quiero seguir adelante ahora?

Mi padre llama a la puerta y cierro la mochila y la dejo en la cama.

—Soy yo, ¿puedo entrar?

Se sienta a mi lado. Mueve con dificultad el brazo que hasta hace nada llevaba escayolado; tiene una cicatriz en la cara que va desde su frente hasta la mejilla. «Eso es todo. Mi madre está muerta», pienso.

Empieza a hablar sin que nos miremos. No puedo seguir sentada. Me levanto y me pongo a caminar por la habitación. Me sudan las manos y la cabeza me va a explotar. Tengo miedo de que se fije en mi mochila y descubra mi plan.

—Quería darte las gracias por cuidar de tu hermano —dice.

Yo continúo, como un león enjaulado, de un lado a otro de la habitación.

—¿Puedes sentarte a mi lado, por favor?

Lo hago. Aprieto la mandíbula muy fuerte para aguantar el grito que está a punto de escapárseme. Mis pies tamborilean sin parar.

—A veces no podemos cumplir con nuestra parte del trato, Juana. Todos cometemos errores y yo quería pedirte perdón —mi padre intenta que le mire a los ojos—. No recuerdo cómo fue el accidente, no te voy a engañar, pero parece que el otro coche estaba adelantando donde no se podía y chocó con nosotros, que casi conseguí esquivarlo, pero no pude. Me hubiese gustado hacerlo mejor; esquivar ese coche, morir yo en lugar de tu madre. No sé lo que daría por tener otra oportunidad. En el hospital tuve mucho tiempo para pensarlo y ahora, en casa, cualquier sitio tiene un recuerdo, un olor, la cama donde duermo... Y tú eres igual de cabezona que ella.

Tengo los codos sobre las rodillas y los puños en la boca, y he empezado a morderme las uñas.

—Solo quería darte las gracias por cuidar de Tomás y pedirte perdón por lo que estás sufriendo. También me gustaría que fueses más comprensiva con el dolor de los demás.

Me muerdo los nudillos. Mi padre, muy despacio, me quita la mano de la boca.

—Juana —vuelve a decir, y me marchó a la otra punta de la habitación—, piensa que ellos, tus abuelos, yo, podríamos hacerte a ti lo mismo que tú nos estás haciendo. Y piensa en tu hermano. No porque sea tu hermano, míralo como el niño de once años que es. Tenemos que encontrar la forma de seguir todos juntos adelante.

Estoy agotada. Cada vez que me imagino a mi padre conduciendo aquella noche me vuelve toda la rabia. Y aunque la orientadora, los psicólogos, mis amigos... insistan en que le puede pasar a cualquiera, que fue un accidente que le puede pasar a cualquiera en cualquier momento, le pasó a mi madre. ¿Por qué?

Mi padre me mira e intenta sonreír y llora al mismo tiempo, por lo que se pone horrible.

—Para —le pido—. Me vas a hacer llorar a mí también.

—¿Y qué? —dice—. Llorar no es malo, Juana.

—Tengo que ser fuerte para ayudar a mi hermano, ¿no es así?

—No eres más débil porque llores.

Tiene razón. No lo soy. A pesar de mi promesa de aquel día, he llorado muchas veces y he seguido siendo la hermana mayor, unas veces mejor que otras, porque no sabía que hay un período en el que los recuerdos duelen y luego dejan de doler. Y así tiene que ser. Al principio es impensable, pero, pasado el duelo, aprendes a recordar sin sufrir, hasta con placer. El duelo es como una especie de ajuste de cuentas. Despedirnos de esa persona sirve para no sentirnos traicionados, certificar que se marcha, pero con las cuentas saldadas. El adiós más doloroso es el que no se dice. Y, hasta que no lo hagas, no puedes mirar al futuro.

Mi padre se pone en pie con dificultad y camina hasta la puerta.

—Por favor —dice antes de salir—, ayúdame. Solo hay una forma de hacerlo y es remar todos en la misma dirección.

Tengo tantas emociones distintas, contradictorias, que se agolpan en mi cabeza y en mi estómago y en mi corazón y en mi espalda, que me duele todo el cuerpo y el cerebro me va a estallar. Alcanzo la mochila y miro los mapas, el dinero y vuelvo a guardarlos en su escondite mientras recuerdo todas las noches sin dormir en esta misma habitación, repasando una y otra vez la última semana; noches enteras recordando lo que hacíamos y con quién: los deberes, las clases de inglés y natación, mi hermano que había empezado un curso de ajedrez y el viernes antes del accidente que, como todos los viernes, habíamos ido a comer al restaurante japonés y luego a ver una película y habíamos cenado pizza y a la mañana siguiente, sábado, mi hermano tenía partido de

baloncesto y fuimos a verle, aunque volvieron a perder, y después comimos en casa y por la tarde discutimos porque yo quería salir con mis amigas, pero me tenía que quedar cuidando de Tomás.

Enciendo mi portátil y solo U está conectada. Intercambiamos mensajes sobre lo mucho que nos echamos de menos (no se puede imaginar lo mucho que me gustaría que siguiéramos en el campamento), mientras entro en el muro de mi madre.

Allí siguen las fotos de atardeceres y los tópicos sobre la muerte de un ser querido. Mi madre estaría horrorizada ante la falta de buen gusto. Algunas caras que sí me suenan, y muchas que no sé quiénes son, han dejado escritas sus despedidas o mensajes de ánimo para la familia. La última entrada es de unos días después del funeral. Me pregunto si unos pocos meses son tiempo suficiente para que todas aquellas personas se hayan olvidado de mi madre.

En casi todas las fotografías del muro aparecemos mi hermano o yo, o los dos, y un poco menos, mi padre. Allí están las últimas navidades y la cena familiar, que todos los años decían que era la última porque los abuelos estaban mayores. Retrocedo hasta noviembre, cuando celebramos el cumpleaños de mi hermano en un circuito de karts, y allí estamos, en una foto horrible que nos hizo un mecánico, los cuatro, con nuestros cascos reglamentarios, junto a la pista donde Tomás se había empeñado en que fuéramos. Y allí está también mi padre haciendo el tonto con un perrito caliente, y mi madre y él posando como si fuera para la portada de una revista del corazón.

Y vuelvo a mirar las fotografías del último verano. Casi todas tienen que ver con la picadura del escarapote a mi madre; el pie se le inflamó tanto que la llamábamos «mamá paquidermo». Pero en la foto que se hizo ella misma se la ve sonriente, en la terraza del apartamento donde se quedaba mientras nosotros bajábamos a la playa. Al publicarla en su muro, escribió:

Mamá paquidermo os vigila, os quiere, os echa de menos.

Y en las fotos siguientes, que debió de hacer desde la misma terraza, se ven varios puntos que, supongo, seremos mi hermano y yo jugando con mi padre en la playa. La última foto de ese álbum es un *selfie* en el que estamos todos en la playa viendo la puesta de sol y comiendo unos bocadillos.

Vuelvo al principio del muro de mi madre. Allí están las puestas de sol y esa sucesión de textos estándar acompañados por el gatito triste que muestra la falta de personalidad de quien lo ha publicado. Ningún mensaje nuevo. U se ha debido de ir a comer con su familia y me he quedado sola. Marcos no ha contestado al que le envié y decido no ser pesada. Desde el otro lado de la puerta, mi abuela me pide que vaya a poner la mesa.

En la cocina, mi hermano está colocando los cubiertos. Mi abuela lo ha repeinado y vestido convirtiéndolo en la versión repipi que a ella le gustaría que fuésemos. Le despeino y, mientras busco un zumo de la nevera, critico su último botón de la camisa abrochado.

—¿Te has lavado las manos? —pregunta mi abuela.

Bebo un poco de zumo y dejo mi vaso medio lleno sobre la encimera.

—¿Me da tiempo a ducharme? —suelto.

Mi abuela dice: «por favor».

Pongo el altavoz portátil en el mueble del lavabo, subo al máximo el volumen y canto muy alto todas las canciones, las que me sé y las que no, y también hago los coros incluso a los cantantes que odio mientras se lo cuento a U, que vuelve a estar conectada, y empiezo a escribir en el muro de mi madre el texto que le pedí a Marcos que me corrigiese.

El sábado te fuiste sin que pudiera decirte tantas cosas... Algunas las he ido descubriendo después, pero otras ya las sabía. Creo que las más importantes ya estaban dentro de mí cuando me diste aquel último beso

que no sabíamos que sería el último. Estas son solo unas pocas...

Echo de menos cuando nos llevabas por la mañana al instituto. Echo de menos cuando venías a recogernos. Echo de menos cuando descubrías que no había nada en el frigorífico y encargábamos comida china; y tus charlas sobre comida sana y cuando decías lo mala madre que eras por dejarnos comer aquellas guarradas. Echo de menos que nadie nos obligue a comer fruta después de comer y entre horas. Echo de menos que fueras tan escandalosa al reírte y tan silenciosa cuando estabas enfadada. Y lo que más echo de menos es ir de compras contigo al centro comercial. Tú y yo solas. «Cosas de chicas», le decías a papá cuando te preguntaba qué habíamos hecho todo el tiempo.

Papá me dijo que, cuando alguien muere, empieza a vivir en el recuerdo. Tiene razón porque ahora todos estos «echo de menos» son tan nítidos como ver una película, pero a veces me da por pensar que quizá, con el paso del tiempo, la película; envejezca y se vea peor. Espero que inventen una máquina que grabe nuestros recuerdos para poderlos ver siempre como ahora puedo verte abrazada con papá en el sillón viendo una serie.

Papá es quien más te echa de menos. Está triste y llora, y eso al principio me enfadaba más porque se supone que él tenía que darnos la solución, pero él había creado el problema porque era él quien conducía y él se salvó y tú no. Y eso me cabreó tanto que cuando volvió a casa pensé que ojalá no lo hubiera hecho. Y ahora me hace sentir mal porque la vida es lo mejor que tenemos. Puede ser fácil o difícil, pero merece la pena porque siempre hay una sorpresa esperándote. Aunque no todas las sorpresas sean buenas, hay algunas, por ejemplo las que se llaman Marcos, que son estupendas. Creo que te gustaría. Me refiero a Marcos.

Hay un poeta que le gusta mucho, Antonio Machado, que dice algo como que el futuro no está escrito, y que podemos hacer lo que queramos, y eso me gusta. Cuando se refiere al pasado, habla de «estelas en el mar» y que uno puede volverse y verlas. Me gusta esa imagen porque lo siento como que todo lo que hacemos deja huella, como la que tú has dejado en mí, y al mismo tiempo todo está por hacer. Y eso es algo que tú, sin decírmelo, me enseñaste. Ahora lo entiendo y por eso

Dejo de escribir. No estoy segura de si quiero compartir estos pensamientos con todo el mundo o que quede solo entre nosotras. Elimino todo el texto y publico en el muro de mi madre el enlace a *Demons*, de Imagine Dragons, un vídeo musical que U me ha hecho ver cientos de veces en el campamento. Sé que a mi madre le habría encantado: por lo que dice, cómo suena y porque sale un chico guapo.

Escribo:

Dedicado a mamá paquidermo. Te echamos de menos.

## Agradecimientos

Empecé a escribir esta novela hace mucho mucho tiempo en la Biblioteca Infantil y Juvenil de A Coruña. Yo todavía no sabía que aquel grupo de adolescentes me acompañaría hasta hoy. Todos están, de algún modo, en este libro. Gracias. Gracias también a las maravillosas bibliotecarias que hicieron posible uno de los mejores talleres que he coordinado hasta hoy. Os quiero.

También quiero dar las gracias a una familia muy especial: Habi, Alfonso y Uxía. Habéis aportado tanto a este libro (y a su autor) que no existiría sin vosotros. Solo espero no decepcionaros.

Gracias a Ana y sus dos criaturas, a Ana y su Antonio, a Javier y a Adolfo Aranda, el único que lleva apellido porque no tengo la confianza suficiente. Gracias por aceptar que tomásemos aquel café hace ahora casi dos años y más de mil kilómetros de distancia. Ya ves en lo que ha quedado todo.

Gracias, Reina, por recibirme un siete de enero y creer en este proyecto. Gracias, Alba, por la pasión que le pones a tu trabajo. Gracias, Clara y Julián, por acogernos. Gracias Anne-Marie y Eduardo.

No me puedo olvidar de dar las gracias también a Alicia y su año recién cumplido en el Palmar, a los Chochis; el nombre de Osma se me ocurrió el fin de semana en aquella cabaña. Trece, Osma eres tú, aunque no puedas leerlo.

Y gracias a mis hermanos pequeños, los dos, que nunca dejarían que yo me convirtiese en el Chico de la Isla de Arena. Mamá, mira, sigo contando historias.

Y a mi compañera de viaje, Lau. Nunca imaginé que una historia de amor pudiera ser tan divertida.

A todos, siempre, gracias.

## LA PLAYA DE LOS CRISTALES

*La Playa de los Cristales* cuenta la historia de Juana, una chica de 16 años que se escapa de un campamento de verano para buscar a su hermano de 11. Gracias a la ayuda de Marcos, un monitor que se siente culpable de la desaparición, y de su pequeño grupo, Juana descubrirá que la amistad es la mejor ayuda para superar los problemas, por muy graves y secretos que nos parezcan. Amor, amistad, aventuras y la reconciliación de Juana con su padre hacen de *La Playa de los Cristales* una novela emocionante, con suspense y un ritmo que crea adicción. Este viaje acaba de empezar y me gustaría que lo hiciéramos juntos. ¡Feliz lectura!

Pedro Ramos

  
edebé

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

periscopio